

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

35.4

5
4



Lafón
8711 (Ovidio)

DECRETIVO

DE LA.

Excmo. Sra. Doña Regla Manjón

Viuda de Sánchez Esdras.

6/11
4/05





BIBLIOTECA CLASICA.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros corresponsales.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos y tapas doradas y letras en mosaico, *cuatro pesetas y cincuenta céntimos* cada uno, comprándolos en las librerías, y *cuatro pesetas* haciendo el pedido al editor y remitiendo el importe al hacerlo.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos dorados y tapas grabadas en negro, cuestan á *cuatro pesetas* en las librerías, y *tres pesetas cincuenta céntimos* haciendo el pedido al editor y remitiendo al hacerlo el importe.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Los suscritores de provincias recibirán los tomos por el correo y con las garantías necesarias para evitar extravíos.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

Tomos.

HOMERO.— <i>La Niada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS <i>Tederito, Bión y Moscol</i> . Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
ODAS DE PINDARO.—Traducción en verso del mismo....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> traducción directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
XENÓFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción directa del griego por D. Diego Gracián, corregida por Flórez Canseco.....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> , traducción del mismo.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción directa del griego de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción directa del griego de D. Federico Baráibar.....	1
POETAS LIRICOS GRIEGOS.— Traducción directa del griego por los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Arguelles y Ayensa.....	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosie Rui Bamba.....	3

	Tomos.
Clásicos latinos.	
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción del mismo.....	3
TACITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragments de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción directa del latín por D. José Goya y Munizán.....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción directa del latín de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA.— <i>Epístolas morales</i> ; traducción directa del latín por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> ; traducción directa del latín por el licenciado D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo, Canónigo de Granada.....	2
OVIDIO.— <i>Las Heroidas</i> ; traducción de D. Diego Mexía.....	1
Clásicos españoles.	
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ÁLCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1
Clásicos ingleses.	
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .— <i>Estudios históricos</i> .— <i>Estudios políticos</i> .— <i>Estudios biográficos</i> .— <i>Estudios críticos</i> . Traducción directa del inglés de M. Juderías Béndér.....	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Béndér y Daniel López.....	4
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i> , traducción directa del inglés en verso castellano por D. Juan Escoiquiz.....	2
Clásicos italianos.	
MANZONI.— <i>Los Novias</i> , traducción directa del italiano por D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción directa del italiano por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
Clásicos alemanes.	
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso castellano por D. José J. Herrero.....	1
Clásicos franceses.	
LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , versión española de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Béndér.....	2

LAS HEROIDAS.

IMPRESA CENTRAL Y ESTEREOTIPIA Á CARGO DE V. SAIZ
Colegiata, 6, Madrid.

REGI
ALUMNI
19

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXXVI

AS HEROIDAS

POR

PUBLIO OVIDIO NASÓN

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

DIEGO DE MEXÍA



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1884

18
17
16
15
14
13

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Navegando el año pasado de noventa y seis desde las riquísimas provincias del Perú á los reinos de la Nueva España (más por curiosidad de verlos que por el interés que por mis empleos pretendía), mi navío padeció tan grave tormenta en el golfo llamado comúnmente del Papagayo, que á mí y á mis compañeros nos fué representada la verdadera hora de la muerte; pues demás de se nos rendir todos los árboles (víspera del gran Patrón de las Españas á las doce horas de la noche) con espantoso ruido, sin que vela ni astilla de árbol quedase en el navío, con muerte arrebatada de un hombre, el combatido bajel daba tan temerarios balances, con más de dos mil quintales de azogue que (por carga infernal) llevaba, y sin mucho vino y plata, y otras mercaderías de que estaba suficientemente cargado, que cada momento nos hallábamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso

padre), milagrosamente y fuera de toda esperanza humana (habiéndonos desahuciado el piloto), con las bombas en las manos y dos bandolas, nos arrojó, día de la Transfiguración, en Acaju, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona y plata; y no queriendo tentar á Dios en desaparejado navío, determiné ir por tierra á la gran ciudad de Méjico, cabeza (y con razón) de la Nueva España. Fuéme dificultosísimo el camino, por ser de trescientas leguas: las aguas eran grandes por ser tiempo de invierno; el camino áspero, los lodos y pantanos muchos; los ríos peligrosos, y los pueblos mal proveídos por el cocoliste y pestilencia general que en los Indios había. Demás de esto y del fastidio y molimiento que el prolijo caminar trae consigo, me martirizó una continua melancolía por la infelicitísima nueva de Cádiz y quema de la flota mejicana, de que fuí sabedor en el principio de este mi largo viaje. Estas razones y caminar á paso fastidioso de recua (que no es la menor en semejantes calamidades), me obligaron (por engañar á mis propios trabajos) á leer algunos ratos en un libro de las Epístolas del verdaderamente poeta Ovidio Nasón, el cual para matalotaje de espíritu (por no hallar otro libro) compré á un estudiante en Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme á él; la afición me obligó á repasarlo, y lo uno y lo otro, y la ociosidad, me dieron ánimo á traducir con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje algunas epístolas de las que más me deleitaron. Tanto duró el camino, y tanta fué mi constancia, que cuando llegué á la gran ciudad de Méjico Te-

nustlitlan hallé traducidas, en tres meses, de veintuna epístolas las catorce. Y aunque entiendo muy bien que se me podrá responder aquí lo que el excelente Apeles al otro pintor, que en este espacio de tiempo se podrían traducir (según están de mal traducidas y peor entendidas) otras tres tantas epístolas que estas; como yo no pretendo la fama (no digo de poeta, que este es nombre célebre y grandioso, sino de metrificador) que el otro pretendía de pintor, no reparo en ello, ni entonces reparé. Antes considerando que mi estada en la Nueva España (respecto de la grande falta de ropa y mercaderías que en ella había) se dilataba por un año, me pareció que no era justo desistir de esta empresa, y más animado de los pareceres de algunos hombres doctos: y así mediante la perseverancia, le dí el fin que pretendía. Quise traducirlas en tercetos, por parecerme que corresponden estas rimas con el verso elegiaco latino: limélas lo mejor que á mi pobre talento fué concedido, adornándolas con argumentos en prosa, y moralidades que para inteligencia y utilidad del lector me parecieron convenir: pues es cierto que la poesía que deleita sin aprovechar con su doctrina, no consigue su fin, como lo afirma Horacio en su *Arte*, y mejor que él Aristóteles en su *Poética*. Seguí en la explicación de los conceptos más dificultosos á sus comentadores Hubertino y Asensio, y á Juan Baptista Egnacio, Veneciano; y en algunas cosas imité á Remigio Florentino, que en verso suelto las tradujo en su lengua toscana con la elegancia y estudio que todos los milagrosos ingenios

de Italia han siempre escrito. Demás de lo bueno que en estos autores he hallado, añadí conceptos y sentencias más (si tal nombre merecen), así para más declaración de las de Ovidio, como para rematar con dulzura algunos tercetos. Finalmente, he puesto la diligencia posible porque esta admirable obra saliese con el mejor atavío y ornato que á mi entendimiento fuese posible. Y aunque he usurpado algunas licencias, de suerte que puedo ser mejor llamado imitador que traductor, siempre he procurado arrimarme á la frasis latina en cuanto en la nuestra es permitido. También he visto después acá en otras impresiones unos dísticos antepuestos y pospuestos á aquella por quien yo hice esta traducción, y algunos menos y algunos más: y así el curioso que quisiere conferir los tercetos por los dísticos, si hallare alguna variación, entienda que en los diferentes ejemplares está la falta, fuera de que cada vez que las repaso hallo más que enmendar; lo cual si hiciese sería proceder en infinito: porque, como afirma el filósofo, á lo hecho es fácil de añadir; y el mismo Ovidio en el primer libro de *Ponto*, dice de sí mismo estos versos:

*Cum relego scripsisse pudet, quia plurima cerno
 Me quoque; qui feci iudice digna lini
 Nec tamen emendo, labor hic quam scribere maior
 Mensque pati durum sustinent ægra nihil.*

Después de haber puesto fin á esta traducción, no faltó quien dijo que no había traducido la in-

vectiva intitulada *In Ibin*, que del mismo Ovidio anda impresa con estas sus *Heroidas ó Heroicas Epístolas*, por la gran dificultad que tenía; y así por los desengañar como para servir á los curiosos, la traducí con la curiosidad y mayor inteligencia que me fué concedida, poniéndole al margen las historias, sin las cuales tuviera alguna dificultad, por ser muchas y algunas muy peregrinas.

He querido con alguna prolijidad escribir la ocasión que tuve en estas mis traducciones, porque se entienda que fué más entretenimiento de tiempo y recreación de espíritu que presunción de ingenio, pues sólo sé que sé que no tengo por qué tenerla. El ingenio y talento que Dios fué servido de darme (si es alguno) es bien poco, y ese, ocupado y distraído en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios á la vida; la inquietud del espíritu es tan grande como la del cuerpo, pues ha veinte años que navego mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado, pues muchas veces me acontece lo que á Ovidio estando desterrado entre los rústicos del Ponto, lo cual significa él en el quinto libro de *Triste*, en la décima séptima, cuando dice que queriendo hablar romano habla sarmático, cuyos versos son estos:

*Iipse ego Romanus vates, ignoscite Musæ
Sarmatico cogor plurima more loqui
Et pudet, et fateor: iam desuetudine longa
Vix subeunt ipsi verba latina mihi.*

La comunicación con hombres doctos (aunque en estas partes hay muchos) es tan poca, cuan poco es el tiempo que donde ellos están habito; demás que en estas partes se platica poco de esta materia, digo de la verdadera poesía y artificioso metrificar, que de hacer coplas á bulto, antes no hay quien no lo profese, porque los sabios que de esto podrían tratar sólo tratan de interés y ganancia, que es á lo que acá los trajo su voluntad; y es de tal modo, que el que más docto viene se vuelve más perulero, como Ovidio á este propósito lo afirma de los que iban á los Getas en el cuarto de *Ponto*, escribiendo á Severo.

*Si quis in hac ipsum terra posuisset Homerum
Esset crede mihi, factus et ille Getes.*

Pues para leer y meditar, ¿cómo habrá tiempo si para descansar no se alcanza? ¡Oh, dichosos (y otra vez dichosos) los que gozan de la quietud en España, pues con tanta facilidad y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en ejercicios virtuosos y darse á los estudios de las letras! y ¡oh mil veces dignos de ser alabados los que á cualquier género de virtud se aplican en las Indias, pues demás de no haber premio para ella, rompen por tantos montes de dificultad para conseguirla! Y así, los que leyeren estas epístolas é invectiva no se admiren de sus imperfecciones y faltas, sino de que no lleven muchas más, si ya no es que todos mis versos son un continuado defecto; y si se hallare alguna cosa acertadamente dicha, agradézcase á la

fuelle de donde todo lo bueno procede, que es Dios, y su parte á Ovidio, el cual se esmeró en estas sus epístolas tanto, que en ellas se excedió á sí. Y todo el resto que no fuere tan puro, tan medido y con tanto espíritu (como ellos quisieran), asiéntenlo á mi cuenta ó perdónenmelo, pues no me queda caudal para enmendarlo ni pagarlo. Y si las publico sólo es para animar á los buenos ingenios, de que tanto florece nuestro siglo, que doliéndose de ver al excelente poeta Ovidio en tan humilde engaste, lo guarnezcan y pongan en el oro acrisolado de sus entendimientos, traduciéndolo con la perfección que le es debida.

Y porque sería temeridad querer yo con mi rusticidad celebrar al príncipe de la poesía, Ovidio, siendo él por sí tan celebrado y admirado de todos los que han sabido después de él en el mundo, sólo diré que, aunque á Virgilio se le concede en la majestad el lauro, nuestro poeta, en imitación, invención, copia, facilidad y conceptos, con muchas ventajas la hace á todos los poetas latinos. Y pues hemos propuesto al lector el sumo deleite que esta obra en sí contiene, será bien que descubramos el fruto y doctrina que con ella se puede granjear. Quiso, pues, dibujar (y artificiosamente dibujó) Ovidio en estas sus Epístolas la fuerza del amor casto y el desenfrenamiento del deshonesto, indigno de nombre de amor, sino de apetito furioso; en unas pinta con soberano pincel la fuerza y firmeza del amor matrimonial, como en Penélope y Laodamia; en otras manifiesta los ardentísimos ímpetus de la deshonestidad, como en Fedra y en

Safo, para que imitando y amando la castidad y continencia de las unas, huyamos y detestemos la abominación y liviandad de las otras; por lo cual esta obra muy justamente tiene parte en la moral filosofía que los Griegos llaman Ética, pues las virtudes y los vicios con tan eficaces ejemplos nos enseña. Y aunque Ovidio en ninguna de sus obras expresó tanto los afectos y ternezas del amor como en estas cartas, ninguna obra amatoria compuso tan honesta y digna de ser leída; y con estar en esto tan moderado, he quitado todo lo que en algún modo podía ofender á las piadosas y castas orejas, dejando de traducir algunos dísticos no tan honestos como es razón que anden en lengua vulgar, y así irán en el margen apuntados para que el censor entienda se dejarón de industria; por lo cual no tienen de qué escandalizarse los escrupulosos si vieren aquí una Fedra incestuosa de deseo, una Ero no muy honesta, una Elena adúltera y una Safo en todo extremo liviana, pues en ellas, si con atención las considera el lector, hallará que por sus mismas razones se condenan y muestran deberse huir su imitación, y por este fin las compuso Ovidio. Y esta es la misma intención de la Sagrada Escritura cuando nos propone los horrendos y nefarios pecados de Sodoma, el abominable incesto de Absalón, la desvergüenza de Can y otros delitos semejantes: esto es para que los huyamos y escarmentemos en cabeza ajena. Con este santo propósito pueden entrar todos á coger las flores de este ameno jardín, que demás de las historias y dulzuras que tiene, encierra más de doscientas senten-

cias dignas de escribirse en la memoria. Confieso que no habré entendido muchos lugares según su verdadero sentido, y de los que alcancé no irán algunos significativamente explicados, y en los explicados faltará la elegancia del metro; y así dejo abierto el campo para que quien más supiere y más espacio tuviere tome la pluma y supla con ella mi ignorancia.

VIDA DE OVIDIO.

Publio Ovidio Nasón fué de noble sangre, y caballero romano, natural de la ciudad famosa de Sulmo, y que hoy lo es en Italia. Nasón, su padre, fué muy rico, y él asimismo gozó de próspero patrimonio, según él lo afirma en el libro de *Ponto*; tuvo un hermano mayor un año, y lo que es de notar que nacieron en un día, á los 14 de marzo, siendo cónsules en Roma Hircio y Pansa, los cuales murieron en la guerra Antoniana; y como los dos hermanos estudiasen en Roma, resplandeció Ovidio en retórica y poesía sobre todos los de su edad; pero juzgando el padre ser este estudio de tan poco fruto y utilidad (como lo es en nuestros tiempos), persuadióle, y aun le forzó á que estudiase leyes: estudiólas, y mediante su divino ingenio alcanzó en ellas amplíficos honores. Mas como tuviese por pesadísima carga la toga, y los estrados y audiencias lo enfadasen, dándoles de mano, se volvió al estudio de las suaves Musas. Reveren-

ció á los poetas sus antecesores, y trató benévola-mente con sus compañeros. Fué tan suave y apacible en cuanto escribió, que según veremos en su invectiva jamás hizo sátira, ni ofendió á persona con sus versos: virtud tan admirable y tan digna de imitación de los cristianos poetas, que cuando en este ilustre varón no se hallara otra, merecía ser muy estimado. Fué de virtuosas costumbres, bebía poco vino y muy aguado, y con sumo estudio y pureza de ánimo huyó el pecado abominable, por cuya razón leo sus obras con aficionados ojos, pues no entiendo que otro poeta en aquellos tiempos se pudiese alabar de esta excelente virtud. Tres veces fué casado: repudió las dos mujeres, y con la tercera vivió amantísimamente por las virtudes que él canta de ella en los libros de su destierro: demás de algunos hijos, tuvo dos hijas, y según algunos autores una sola, de la cual fué hecho abuelo. Sucedió, pues, que ofendiendo gravemente al emperador Augusto César (sin quererlo Ovidio ofender) fué desterrado á unas islas del Ponto Euxino, siendo de cincuenta años: las causas diremos en el argumento del *In Ibin*. Escribió antes de su destierro las epístolas que llamó *Heroídas*, que son las traducidas. Derivó la etimología de este nombre (según el glorioso San Agustín en el décimo de la *Ciudad de Dios*) de un hijo de la diosa Juno, la cual, en lengua griega, es dicha Hera, que es lo mismo que aeria ó celeste en latín, y de aquí su hijo fué llamado Hero; y como la ciega gentilidad tuviese á Juno ó Hera por suprema diosa del cielo, seguíase que estimasen á su hijo Hero por el más

célebre y famoso de la tierra. De aquí á todos los hombres ilustres por sangre ó por hazañas célebres llamaron heroicos, y á los versos con que los celebraban los poetas dieron el mismo nombre, el cual ha llegado á nuestros tiempos; y asimismo las mujeres ilustres se intitularon heroídas, de donde estas epístolas tienen el título por ser escritas de mujeres principales. Compuso asimismo cinco libros de obras amatorias, que reduciéndolos á tres, los dirigió á su Corina; y demás de los cinco de *Arte amandi* y *Remedio amoris*, escribió los quince de sus *Transformaciones*; y como antes de los limar fuese desterrado, consagrólos al fuego, siendo dignos de eternizarse; pero como hubiese dado en Roma un traslado, no permitió el cielo que quedásemos huérfanos de tan grande tesoro, en el cual resplandecen y hallamos todas las partes que en un excelente y consumado poema épico se desean; porque la imitación es única, la disposición admirable, los tropos y figuras muchas y excelentes, los metros puros, el lenguaje casto, artificioso y lleno de majestad; la encadenación de las cosas la más rara que hasta hoy se ha visto en poema. Escribió también la tragedia de *Medea*, donde afirman graves autores que mostró el resplandor de su ingenio. Compuso en su destierro los de *Tristes*; los de *Ponto*, el *In Ibin*, el *Triunfo del César*, y otras muchas obras, parte de las cuales gozamos, y parte (y no pequeña) ha consumido el avaro tiempo. Vivió en el destierro ocho años, cantando en ellos como el cisne que su fin barrunta, y murió siendo de poco más de cincuenta y ocho; pero su nombre

y gloriosa fama vivirá en sus escritos en tanto que durare la memoria de los hombres, como él mismo lo predijo de sí en el tercero de *Tristes*, y Propercio en el tercero de sus *Elegías*, cuyos versos (para los curiosos) son estos:

OVIDIO.

*Singula quid referam? nihil non mortale tenemus
Pectoris exceptis ingenique bonis.
En ego cum patria caream, vobisque demoque
Raptaque sint adimi, quæ potuere mihi.
Ingenio tamen ipse meo comtiorque, favorque
Cæsar in hoc iuris potuit habere nihil.
Quilibet hanc sævo vitam mihi finiat ense
Me tamen extincto fama superstes erit.*

PROPERCIO.

*At non ingenio quæsitum nomen ab ævo
Excidit ingenio, stat sine morte decus.*

L A S H E R O I D A S .

ARGUMENTO

Á LA PRIMERA EPÍSTOLA.

Dando principio los Griegos á su numerable guerra contra la ciudad de Troya para vengar la injuria y afrenta hecha á Menelao por Paris, robando á Elena su mujer, fué llevado á ella Ulises, hijo de Laertes, rey de Itaca, contra su voluntad, para valerse de su mucha prudencia en aquel prolijo cerco; y no fué vana la elección de los Griegos, pues se atribuye á Ulises la mayor parte de aquella victoria. Conseguida, pues, la venganza, y Troya totalmente destruída, volviendo los Griegos vencedores á sus patrias, por la indignación de Minerva muchos de ellos fueron hundidos en la mar, otros muertos con miserables fines, y algunos anduvieron peregrinando mucho tiempo por diversas

regiones. Entre los cuales Ulises, vagando diez años por el mundo, á su mujer Penélope dió ocasión á que le escribiese (entre otras muchas) esta carta. Muéstrale por ella su firmeza y casto propósito; acúsale la tardanza, señal de cierto olvido, y escríbele los muchos trabajos y agravios que con los que la pretendían por mujer (creyendo que Ulises fuese muerto) padecía. Píntase en esta epístola muy al vivo la fortaleza y valor, y lo mucho que merece la mujer que es verdaderamente honrada en presencia y en ausencia de su marido.

EPÍSTOLA PRIMERA.

PENÉLOPE Á ULISES.

Tu desdichada esposa, aunque constante,
Penélope, que espera y ha esperado
La vuelta de su esposo y dulce amante,

A tí, mi Ulises, lento y descuidado,
Esta te envía; no te sea molesta
Por ser de quien en Frigia has olvidado.

Si del antiguo amor algo te resta,
No me respondas, ven tú mismo luégo;
A tí, mi señor, quiero por respuesta.

Ya cayó Troya, cierto; ya es hoy fuego
Quien á las damas griegas era odiosa,
Porque era impedimento á su sosiego.

Érales tan horrible y espantosa,
Que apenas fué su rey Príamo dino
De tal rencor, ni de ira tan rabiosa

¡Oh! ojalá pluguiera á algún divino
Poder, cuando al Egeo con la armada
Veloz cortaba Paris el malino,

En Cila diera, ó en Caribdi airada,
De suerte que el adúltero y su gente
Fueran hundidos en la mar salada.

No abrazaría el aire vanamente
En el desierto lecho, ni sintiera
El frío de la noche y del ausente.

No me quejara que mil siglos era
Un día en esta ausencia, imaginando
Que el sol se detenía en su carrera:

Ni las manos viudas macerando
Tejiera esta mi tela, con que peno,
Por ir las noches y horas engañando.

Cuando no temí yo en el tiempo bueno
Mayores riesgos de los que has pasado,
Pues siempre está el amor de temor lleno.

Fingía contra tí de Troya armado
Un escuadrón, y solo en acordarme
De Héctor, quedaba en un sudor helado.

O si alguno venía por contarme
Que Antíloco por Héctor fué vencido,
Antíloco era causa de turbarme.

O viendo que á Patroclo no han valido
Las falsas armas para de los daños
De la parca cruel ser redimido,

Lloraba (¡ay triste!), que de los extraños
Sucesos infería mi tormento,
Y ser en vano todos tus engaños.

Renovó mi dolor ver que el cruento
Sarpedón en el fuerte Tlepolemo
Ensangrentó la lanza hasta el cuento.

En fin, cualquiera Griego que el extremo
Espíritu enviaba al siglo oscuro
Turbaba al fuego en que por tí me quemó.

Mas proveyó algún Dios á mi amor puro,
Pues siendo salvo mi consorte amado,
Abrasó á Troya y allanó su muro.

Ya muchos Capitanes han tornado
A sus queridas patrias y lugares,
Y alivian el cansancio que han pasado.

Ya humean con incienso los altares,
Ya en los templos se cuelgan los famosos
Trofeos y despojos militares.

Las damas, viendo libres sus esposos,
Traen dones á los Dioses soberanos,
Y ellos les cuentan casos espantosos:

Cuentan cómo vencieron con sus manos
A Troya, y cómo á Janto y su corriente
Ocuparon los cuerpos de Troyanos.

Enarca el viejo la arrugada frente
De espanto, y la doncella sin rüido
Se maravilla, y oye atentamente.

La mujer de la boca del marido
Está colgada atenta, contemplando
Los trances y naufragios que ha sufrido.

Alguno con el dedo señalando
En la mesa las guerras demostraba
A Troya en breve círculo pintando.

Por aquí el Simoente caminaba
Con curso arrebatado; aquí el Sigeo
Monte al supremo cielo amenazaba:

Aquí el alcázar es donde el trofeo
De sus pasados Príamo el anciano
Guardaba; aquí hería el mar Egeo.

Allí tenía á la derecha mano
Su tienda ó pabellón Aquiles hecho,
Y Ulises á esta parte en aquel llano.

Héctor aquí arrastrado á su despecho,
Espantó los caballos desbocados,
Y de Hécuba afligió el materno pecho.

Estos sucesos, y otros olvidados,
Los supe de Telémaco mi hijo,
Que en parte dan alivio á mis cuidados.

El sabio Néstor, dice, se los dijo,
Cuando te fué á buscar, á mí volviendo
Sin tí, y con nuevas con que más me aflijo.

Mas me contó que á Reso muerto habiendo
Y á Dolone, triunfaste en darles muerte,
Por ser á aquél con fraude, á éste durmiendo.

Y que tu ardid y audacia fué de suerte
(Oh padre del descuido y del olvido),
Que bien se echó de ver tu pecho fuerte.

Pues en el Tracio campo entremetido
De noche, y con un solo compañero,
Lo dejaste (cual rayo) destruído.

En un tiempo eras cauto, y no ligero
En los peligros, y era que me amabas;
Mas ya de amante te has mudado en fiero.

Mientras yo oía tus empresas bravas,
Los miembros un temor me iba ocupando,
Temiendo el grande riesgo con que andabas.

Hasta que en torno del amigo bando
Entendí que triunfaste de la guerra,
Los caballos Ismarios conquistando.

Pero ¿qué me aprovecha que por tierra
Hayan echado al Ilión vuestros brazos,
Donde el valor de Marte está y se encierra?

¿Qué me aprovecha ver los embarazos
De Troya concluídos, y su gente
Muerta, y sus muros hechos ya pedazos,

Si quedo yo tan sola, tan ausente,
Como durando Troya, y sin marido
Viuda he de vivir eternamente?

Para las otras ella ha perecido,
Mas vive para mí, pues no he gozado
El parabién de mi recién venido.

Ya donde Troya fué se ve el sembrado,
Y la tierra de sangre frigia llena
Produce á tiempo el fruto deseado.

El medio sepultado hueso suena
Cuando el arado con su diente fiero
Lo hiere y desmenuza como arena.

Y allí donde el alcázar fué primero,
Y el templo de magnífica opulencia,
Se ve de espesa yerba un bosque entero.

Tú, vencedor, estás en triste ausencia,
Y saber á mí sola se me niega
La provincia que goza tu presencia.

Si acaso nave peregrina llega
A este mi puerto, luego á sus patronos
Por tí pregunto, y déjanme más ciega.

Agora escribo en breve estos renglones,
Con nuestro amado Meso, el cual se aparta
De mí por te buscar en mil naciones.

Otras veces ha ido á Pilo, á Esparta
En busca tuya, y no ha sabido cosa
Por relación, por nuevas ó por carta.

Mejor me fuera que la licenciosa
Llama no hubiera en humo convertido
De Febo la muralla milagrosa.

Y pésame de cuanto he prometido
A los eternos Dioses, porque oyera
Ser el Dardano pueblo destruído.

Porque Troya viviendo, yo tuviera
Nuevas de tí, y aun cartas cada día,
Y solo el riesgo de tu osar temiera.

La pena, el sobresalto, la agonía,
Igual nos fuera á todos de este modo;
Que es dulce, en bien ó en mal, la compañía.

Qué tema no lo sé, y lo temo todo;
Porque un temor allá en el alma crece,
Con que á temer mi daño me acomodo.

Lo que en sí tiene el mar, lo que se ofrece
De peligro en la tierra, ó todo junto,
Ser causa de tu ausencia me parece.

Con este pensamiento, luego al punto
(Según los hombres sois libidinosos)
Que preso estás de nuevo amor, barrunto.

Y pienso que en los trances amorosos
Dirás á tu querida (que de gana
Escuchará tus dichos engañosos):

—Yo tengo en Grecia á mi mujer, que lana
Y lino, como rústica, adereza:—
Rústica sí seré, mas no liviana.

Al sumo Jove y á su eterna alteza
Ruego sea falso lo que yo imagino,
Porque iguale tu fe con mi firmeza.

Que estando libre del adulterino
Amor, yo espero que estos mis tormentos
Abrirán á tu vuelta algún camino.

Mi viejo padre riñe por momentos,
Y manda desampare el viudo lecho,
Tu tardanza increpando y mis lamentos.

Ríñame, mande, increpe, á su despecho
He de ser tuya, y tuya he de nombrarme;
De solo Ulises ha de ser mi pecho.

Él, viendo es imposible desviarme
De tí, se rinde á mi valor constante,
Y templa su importuno aconsejarme.

Gran copia de mancebos desde el Zante,
Desde Samo y Dulcigno aquí han venido
Con aparato y término arrogante.

Pretende cada cual ser mi marido,
Y todos, sin que nadie lo defienda,
Tienen por casa tu paterno nido.

Disipan y destruyen tu hacienda
Y tu riqueza, que es nuestras entrañas,
Y nadie de ellos hay que no te ofenda.

¿Qué te podré contar de las extrañas
Maldades de Pisandro y de Polibo,
Y de Medonte las infames mañas?

¿Qué del soberbio Antino, y del altivo
Erimaco, de mal seguras manos?
¿Qué de otra mucha gente que no escribo?

A los cuales, y á muchos más tiranos
Que éstos, mantienes por estar ausente,
Sufriendo yo sus términos villanos.

Iro el mendigo, pobre y maldiciente,
Y Melanto el glotón son los autores
De nuestro daño y libertad presente.

Tres somos de tu parte defensores,
Y todos tres sin fuerza y sin potencia,
Contra tantos y tales amadores:

Tu padre el uno, ya sin suficiencia,
El otro yo, que siento nuestros daños,
Y Telémaco falto de experiencia.

Laertes viejo, flaco, lleno de años,
Yo mujer, y Telémaco pequeño,
A quien tengo perdido por engaños.

Perdílo agora, que en un barco isleño
(A pesar de éstos) ir tuvo ordenado
A Pilo, por buscar al que es su dueño.

Ruego á los Dioses que permita el hado
Que nos alcance en días, y él te vea
Antes del fin á todos señalado.

Esto el boyero pide, esto desea
El porquerizo, y esto al cielo santo
Demanda el alma que en te amar se emplea.

Mas ni Laertes puede valer tanto
(Los justos Dioses de esto son testigos),
Según su edad lo aflige, y más mi llanto,

Que en medio de tan fuertes enemigos,
El pueda solo defender, viviendo,
Tu reino, sin tener fuerza ni amigos.

Pero crece Telémaco, y creciendo
Su vigor y sus fuerzas con los días,
Para este hecho irán convaleciendo.

Agora está en la edad, cuando podías
Con tu favor y ciencias ampararlo,
Si no eres otro ya del que solías.

Ni yo tan grave mal puedo estorbarlo,
Que echar de casa á tantos amadores,
Siendo mujer no puedo efectuarlo.

Ven tú presto, y castiga estos traidores,
Tú que eres puerto y viento deseado
De quien gozar espera tus favores.

Un hijo tienes, justo es que industriado
Quede en la juventud tierna y florida
En las artes que al mundo has enseñado.

Tu padre está en lo extremo de su vida,
Y quiere que en su hora postrimera
Sus ojos cierres por la despedida.

Yo, que gozaba fresca primavera
Cuando partiste, y la madeja de oro
En mis cabellos se mostraba entera,

Perdido hallarás aquel decoro
De mi belleza antigua, y vuelto en plata,
Que ya acabó tu ausencia este tesoro,
Y el veloz tiempo todo lo maltrata.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA SEGUNDA.

Demofonte, hijo de Teseo y de Fedra, volviendo de la guerra memorable de Troya á su patria, ensoberbeciéndose el mar, fué arrojado de la tormenta en Tracia, donde reinaba Filis, hija de Licurgo y Crustumena; la cual, recibiendo benignamente á Demofonte, agradada de su presencia y satisfecha de su valor, se le dió por esposa, para que con su prudencia y ánimo el reino Tracio gobernado y defendido fuese. Siendo, pues, Demofonte sabedor de la muerte de Menesteo, que á su padre Teseo tenía tiranizado el Imperio de Atenas, incitado con el amor del reino, pidió licencia á Filis para ir á tomar en él la posesión, prometiéndola de volver dentro de un mes. Fuéle concedida, y así con aparato de gente y flota, poseyendo á Atenas, ó por no poder componer sus negocios con brevedad, ó no gustando de volver á Tracia, olvidado del juramento á su Filis hecho, se detuvo mucho más tiempo del que fué para su vuelta constituído.

Filis, viendo pasar cuatro meses, creyendo ser engañada, escribió á Demofonte esta carta, proponiéndole los muchos beneficios que de ella ha recibido: hácele cargo de la fe del matrimonio y juramento hecho en su partida, y afirmando que se dará violenta muerte si se ve de él menospreciada. Tanto ofende la ausencia á los que de veras aman.

EPÍSTOLA SEGUNDA.

FILIS Á DEMOFONTE.

Aquella, oh Demofonte, tu querida
Filis, aquella que en su reino y casa
Te dió hospedaje un tiempo y acogida:

Al cielo, á tí y al viento, doy sin tasa
Mis quejas, porque el plazo señalado
De tu venida vuela, y huye y pasa.

Tú me juraste que en habiendo dado
El triforme planeta un giro entero
Por el superno curso acostumbrado,

La ancla vería con su diente fiero
De tu nave fijarse en el arena
De este mi Tracio puerto, do te espero.

Cuatro veces la he visto entera y llena,
Y cuatro sin su lumbre; mas no veo
Que tu tornada Ródope se ordena.

Si el tiempo cuentas como yo deseo
(Cuyos relojes somos los amantes),
No dirás que sin tiempo devaneo.

Ha sido mi esperanza, como de antes,
Tibia y dudosa: mas creí (¡qué tarde!)
Lo que daña creyendo á semejantes.

Creo lo que me daña, porque guarde
Las leyes de amadora, y la rabiosa
Llama se muestre que en mis venas arde.

He sido muchas veces mentirosa
Contra mí mesma, en vano imaginando
Que te es contrario el viento y mar furiosa.

También estoy la muerte deseando
A tu padre, en pensar que te detiene,
Y aunque esto es falso, voyme así engañando.

Otro temor con esto al alma viene:
Que cuando das la vela al Hebro ondoso,
Que al mar Egeo feudo le mantiene,

Recelo el viento airado y riguroso
En la agua cana no haya trastornado
La nave tu designio y mi reposo.

Y muchas veces, porque tú (oh malvado
Salud tuvieras, holocausto he hecho
A los Dioses del reino consagrado.

Muchas veces mirando en mi provecho
Favorables los vientos, y en bonanza
El mar inmenso, se alentó mi pecho.

Y á mí me dije: si salud alcanza
Demofonte, verná; si vive, espero
Que en su palabra y fe no habrá mudanza.

En fin mi amor constante y verdadero
Excusas finge, y yo, por haber sido
Ingeniosa en excusarte, muero.

Ausente estás despacio, y no han querido
Las deidades volverte á quien juraste,
Ni vuelves tú de nuestro amor movido.

¡Ay Demofonte! cuando te ausentaste,
Las velas y palabras diste al viento,
Y en ambas á dos cosas me engañaste.

Las velas no dan vuelta; el juramento
Y te salieron falsos, porque hubiese
Causa de me quejar al firmamento.

Díme: ¿qué hice en que pesar te diese
(Sino es como imprudente y necia amarte),
Por cuya causa yo desmereciese?

Maldad hice, y muy grande, en hospedarte
Mas esta mi maldad para las gentes
De mérito y virtud alcanza parte.

¿Adónde están agora las urgentes
Promesas, juramentos, lealtades,
Y otras mil ceremonias con que mientes?

¿Dónde el darme tu diestra, y las deidades
Infinitas de Dioses que traías
Para dar apariencia á tus maldades?

¿Adónde el Himeneo que decías
Que había de gozar por tiempo largo?
¿Por firme esposo á quién me prometías?

Tú lo juraste por el mar amargo,
De tu partida y vuelta fiel testigo;
Mas en la vuelta entiendo que me alargo.

Juraste por tu abuelo (aunque yo digo
Que debe ser fingido, é imaginado
Por te mostrar en todo mi enemigo);

El cual dices que estando el Ponto airado
Por la fuerza del viento, lo sujeta
Con sumo imperio, y vuelve sosegado:

Por Venus, por el arco y la saeta
De Amor, y por la llama rigurosa
Que me consume con virtud secreta:

Por la alma Juno, á Júpiter celosa,
Que á justos desposorios, y propicios
A los Dioses preside como Diosa:

Por los santos y ocultos sacrificios
A Ceres dedicados, y ofrecidos
Con alta pompa y místicos oficios.

Si estos Dioses quisiesen ofendidos
Tomar venganza en tí, no eres bastante
A pagar tantos yerros cometidos.

¡Ay qué furiosa, y en tu amor constante,
Las naves rotas renové en que fueses,
Y burlases de mí, cual de ignorante!

Dite los remos con que más huyeses;
Mas ¡ay! que las heridas siento dadas
Con las armas que dí con que las dieses.

Creí tus dulces, blandas regaladas
Palabras, que en tu falsa lengua tienes,
Y á las deidades ínclitas juradas.

Creí la clara estirpe de á dó vienes,
Y el fingido llorar con que se ofende
Mi firmeza, y la fe que no mantienes.

¿Este llorar fingido á dó se aprende?
¿Enseñase esta ciencia, ó va por arte
Llorar cuando uno defraudar pretende?

¿De qué sirvió en mil trazas desvelarte
Para engañarme? que muy bien podías
Verme engañada sin afán costarte.

No me fuerza á mostrar las quejas mías
En esta carta, ver que te dí puerto,
Reparando las naves que traías:

No el hospedarte con el pecho abierto
De caridad, pues mi valor en esto
Al mundo todo ha sido descubierto.

Lo que lastima al alma es, que supuesto
El matrimonio, que conmigo uniste
Tú como torpe, bruto y deshonesto:

El amor en deleite convertiste,
Y dándome tu fe por verdadera,
De mi pureza el fruto y flor cogiste.

La noche antes de aquella yo quisiera
Que tuese el fin dichoso de mi vida,
Porque Filis honesta así muriera.

Yo esperé lo mejor mal advertida,
Porque entendí que por mi dulce hospicio
Te mereciese, y fuera agradecida.

Pero toda merced y beneficio
Del mérito procede, y procediendo
Justa paga me das, pues purgo el vicio.

No es gloria, no es hazaña irte riendo
De una doncella que olvidó su daño,
Tus palabras y término creyendo.

Porque de esta creencia el modo extraño
(Por mi simplicidad) más era dino
De favor y de premio, que de engaño.

Engaño fué de quien te amaba ¡indino!
Y si de tus palabras fuí engañada,
Como á niña y amante el mal me vino.

Los Dioses hagan esta empresa honrada,
El remate, la suma, el sello, el resto
De cuanta gloria tienes alcanzada.

Y como victorioso en medio puesto
De tu ciudad, te halles ilustrado,
Siendo este caso á todos manifiesto.

Permita el santo cielo, y quiera el hado,
Que entre los altos títulos y honrosos
De tu padre, este hecho esté fijado.

Porque cuando se miren sus famosos
Hechos, cómo dió muerte al cruel Procusto,
A Sino y á Scirón facinerosos;

Y al toro concebido en acto injusto,
Y el vencer los Tebanos, y las fieras
De formas dos y de valor robusto;

Y cómo entró por fuerza en las severas
Moradas de Plutón, y amedrentadas
Dejó las tres disformes compañeras;

Después de estas hazañas celebradas,
Tu estatua esté de bronce ó mármol puro,
Y al pie de ella estas letras esmaltadas:

«Este es aquel traidor, este el perjuro,
»Que engañó á Filis, porque advenedizo
»Le dió hospedaje amplífico y seguro.»

De todos cuantos hechos obró é hizo
Tu padre, solamente el del engaño
De Ariadna á tu ingenio satisfizo.

Lo que solo te excusa es, que en el daño
Imitas á tu padre y en traiciones;
Siendo su hijo al mal y al bien extraño.

Ella (mas no la envidio) en las regiones
Celestes goza de mejor marido,
Sentada sobre tigres ó leones.

A mí los Tracios han aborrecido,
Y mi consorcio huyen, alegando
Que á ellos un extraño he preferido.

Otros dicen, que Atenas navegando,
Dejé mis reinos en dominio ajeno,
Mis hechos por el fin abominando.

Mas de suceso próspero y ameno
Al gusto, aquel carezca que juzgare
Las obras por el fin ó malo ó bueno.

Cuando este mar de espuma se poblare
De tus remos herido, y mi bahía
Tus naves y galeras sustentare;

Entonces se dirá que la fe mía
Miró por sí, por mí, y aun por los míos,
Haciendo en me casar lo que debía.

Pero ni yo advertí mis desvaríos,
Ni más verán mis reinos tu tornada,
Ni recrearás tus miembros en mis ríos.

Ante los ojos traigo retratada
La bella vista de aquel punto, cuando
De este puerto salir quiso tu armada:

Y acuérdome que entonces apretando
Mi cuello en torno, diste mil abrazos
A la que (oh falso) estabas engañando.

Y por prenderme en más sutiles lazos,
Suave y dulcemente me besabas,
Teniéndome ceñida con tus brazos.

Las lágrimas fingidas que llorabas
Al caer se mezclaban con las mías,
Mientras al viento próspero increpabas.

También dijiste, ya que te partías:
«Espera, espera (oh Filis) á tu esposo,
Pues no ha de tardar más de treinta días.»

¿Esperaré, cuitada, al que gozoso
Para no verme más de aquí partiste?
¿Esperaré á un ingrato, á un alevoso?

¿Esperaré las naves en que fuiste?
Digo las naves, á quien es negado
Sulcar este mi mar, por do huiste.

Mas aunque tardes más de lo tardado,
Al fin espero, porque tu fe ha sido
Violada sólo por el viento airado.

Pero ¿qué digo? ¡ay triste! detenido
Con otra esposa estás; ya la engañaste
Con amor que tan mal me ha socorrido.

Después que no te miro y te ausentaste,
Otra Filis bien sé que no has hallado,
Ni por Filis ni Tracia preguntaste.

Pues Filis soy que á Demofonte he dado
Puerto, hospedaje y bienes con largueza,
Viniendo por el mar desbaratado.

Prosperé con tesoros tu pobreza,
Y viniendo mendigo, te di dones
Con pecho generoso y con franqueza.

Soy quien del gran Licurgo las regiones
Te dí, que por ser sola y mujer, temo
No poder gobernar tantos varones.

Corren mis reinos hasta do lo extremo
Del empinado Ródope pluvioso
Se descubre, y demuestra al fértil Emo.

Y adonde el Hebro sacro presuroso
Se arroja al mar con curso tan ligero,
Que con él es el Bóreas perezoso.

Aquella soy de quien quitó primero
La cinta virginal tu falaz mano
Con infelice y desastroso agüero.

Al derredor del tálamo inhumano
Aulló la Tisifone, miserable
Presagio al mal que estaba ya cercano.

Y la ave errante con su vuelo instable,
Enemiga de luz, en mi morada
Turbó el aire con canto detestable.

Aleto estuvo allí la mal peinada,
De víboras poblada y de fiereza,
Con lumbre de sepulcros usurpada.

Yo agora algunas veces la maleza
De mi ribera herbosa huello, y piso
También los riscos de mayor alteza.

Y cuando por las ondas hace viso
El sol, y se levantan los vapores
Que convierten la tierra en paraíso;

Ó cuando son las sombras ya mayores,
Y las estrellas y astros resplandecen,
Miro cuál viento mueva el mar, las flores.

Y viendo que de lejos aparecen
Velas, que son las tuyas imagino,
Que al cielo y á mis ruegos obedecen.

Con esto al mar estrecho me avecino,
Que apenas aquellas aguas me detienen
Que arroja la resaca en el camino.

Y cuanto más en breve al puerto vienen
Las naves, mas en breve desfallezco,
Viendo que á tí en sus tablas no sostienen.

Hay un seno de mar en arco hecho,
Y en sus extremos dos peñascos altos,
Altos para mi daño y tu provecho.

De aquí mis miembros de paciencia faltos
Han propuesto mil veces libertarse
Con un salto de tantos sobresaltos.

Han querido en el mar precipitarse,
Y según mi esperanza desespera,
Al fin han de venir á despeñarse.

Las ondas me echarán á tu ribera,
Desnuda me verás y no enterrada,
Y muerta como amante verdadera.

Y si es tu alma más que nieve helada,
Y aunque en tu obstinación estés más firme
Que bronce, que diamante, ó fiera airada,

Dirás al tiempo y punto de cubrirme
Con tierra en el sepulcro:—Oh Filis mía,
No estabas obligada así á seguirme.—

Muchas veces apruebo que sería
Justo librar al alma de embarazos
Con veneno, con hierro y osadía.

Otras propongo de apretar los lazos
A mi infelice y temeroso cuello,
Que tú ceñiste con alevés brazos.

En fin, ya estoy determinada en ello,
Y porque te conozcan por aleve,
Esto se escriba en mi sepulcro bello:

«El huésped Demofonte, amante leve,
»A Filis, que lo amó siendo él tirano,
»Dió con larga esperanza muerte breve:
»El dió la causa, y ella dió la mano.»

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA TERCERA.

Viniendo los Griegos á la destrucción de Frigia, luego que llegaron á ella (según costumbre de guerra) comenzaron á destruir las ciudades que á Troya eran más cercanas, principalmente aquellas que correspondían y estaban enfrente de la isla de Lesbos. De los que en esta jornada más se señalaron y se hicieron famosos, uno fué Aquiles, hijo de Peleo y de la diosa Tetis, el cual á la una y otra Cilicia, á Tebas y á Lirneso con su valeroso esfuerzo dejó totalmente destruídas. Y entre los ricos despojos que ganó, fueron los de más preciosos hermosísimas doncellas: la una Astinoma, hija de Criso, sacerdote de Apolo, que habitaba en Tebas; y la otra Hippodamia, hija de Brisa (de donde se llamó Briseida), natural de Lirneso. Al dividir los despojos, cupo á Agamenón Astinoma, y la bella Hippodamia al valeroso Aquiles. Sucedió que sobreviniendo en el ejército y real de los Griegos una grandísima pestilencia, su emperador

Agamenón supo de Calcante su agorero que no cesaría el mal si no restituía á Astinoma á su padre, porque Apolo estaba muy enojado con los Griegos por el agravio de su sacerdote. Restituyó Agamenón luego su dama, en cuyo cambio le quitó á Aquiles su Hippodamia, porque siendo el despojo indivisible, era del Emperador. Enojado de esto Aquiles, se la envió, ultrajando al Rey de palabras, y jurando de le quitar la vida, no quiso dar más su favor á los Griegos, lo cual era la total ruina de los ejércitos. Visto de Agamenón el daño, se determinó devolverle á Hippodamia, y con ella muchos dones y riqueza. Mas Aquiles, con la cólera y enojo que tenía, no la queriendo recibir por entender la había gozado el Rey, dió ocasión á que ella le escribiese esta carta aplacándole la ira, y mostrando no haber sido violada; porque enternecido Aquiles con sus ruegos la recibiese por suya.

EPÍSTOLA TERCERA.

HIPPODAMIA A AQUILES.

Esta carta que lees va de aquella
Hippodamia la sierva desdichada,
Que envía á tí, oh Aquiles, su querella.

Va ruda, indocta, tosca y mal limada,
Que como es mano bárbara la mía,
No es bien en griega letra ejercitada.

Si vieres manchas mientras te escribía,
Mis lágrimas hicieron los borrones,
Después de haber borrado mi alegría.

Y estas lágrimas que orlan mis renglones,
Como se engendran en amor sincero,
Hablan, y explican más que mil razones.

Si de tí, mi señor y esposo fiero,
Me es lícito quejar con voz turbada,
De mi esposo y señor quejarme quiero.

El ser al Rey que me pidió entregada,
No es culpa tuya, Dioses lo ordenaron;
Mas será tuya, si no soy tornada.

Euribate y Taltibio me llamaron,
Y á los dos en custodia el primer día
El Rey y mis desdichas me entregaron.

Y el uno al otro quedo se decía,
Viendo tu remisión y mi esperanza:
«¿Dó está el amor que en estos dos ardía?»

Pude ser detenida, y la tardanza
Fuera á la pena dulce y deleitosa;
Pero siendo en mi bien, nada se alcanza.

¡Ay de mí triste y poco venturosa,
Que al partirme perdí tanto los bríos,
Que un beso no te dí de vergonzosa!

Pero vertí de lágrimas dos ríos,
Arranqué los cabellos, que ya fueron
Red á tus brazos, lazos á los míos.

Cuando al Rey de tu casa me trajeron,
Me pareció de nuevo ser robada
Y que á nueva prisión me redujeron.

Muchas veces estoy determinada
De, engañando á mi guarda, á tí volverme,
Mas temo el enemigo esté en celada.

Temo, si salgo, que podrá cogerme
Algún Troyano, y como á prisionera
Querrá ofenderte á tí con ofenderme.

O verné á ser esclava de hija ó nuera
De Príamo el anciano, que se alaba
Que Héctor en Grecia puede alzar bandera.

Mas dirás que fué dada y que me daba
A Troya Grecia, pues por su sosiego
Al fin he de ser dada por su esclava.

Séalo yo, pues se acabó tu fuego,
Y estando tu Briseida de tí ausente
Tantas noches, no te es desasosiego.

No te es desasosiego, ni tu frente
Airada es parte para ser yo vuelta,
Y cesas de feroz vuelto en paciente.

Tu ira es flaca, en burlas desenvuelta,
Matas á los que nunca te agraviaron,
Y á quien te agravia das perdón y suelta.

El gran Patroclo cuando me llevaron.
Al oído me dijo: ¿Por qué lloras?
Poco estarás aquí do te encerraron.»

Siento pasar las horas voladoras
Sin volver, y esto es poco; que más siento
Dejes pasar sin verme tantas horas.

Tú procuras, oh Aquiles, mi tormento;
Estorbas no sea vuelta al que es mi esposo;
Pues véte agora y busca tu contento.

Ten el nombre de amante codicioso,
El nombre y no los hechos: que decente
Título es este á un hombre tan famoso.

A tí vinieron Ajax el valiente,
Y de Amítor el hijo celebrado,
Este tu amigo, el otro tu pariente.

Y Ulises el discreto, procreado
Del gran Laertes, y estos tres varones,
Volverme á tí con pompa han procurado.

Y sé que procuraron con razones
Moverte, y á los ruegos añadieron,
Por complacerte más, preciosos dones.

Veinte Lebetas ricos te ofrecieron
De metal (que son vasos entallados)
Y siete escaños trípodas te dieron.

Escaños de tres pies también labrados,
Con tanta traza y tan sutil decoro,
Que eran en peso y arte nivelados.

A éstos añadió de su tesoro
El más amado Rey de sus vasallos
Con larga mano diez talentos de oro.

También te presentó doce caballos,
Vencedores en valle, en llano, en sierra,
Sin serles necesario gobernallos.

Muchas bellas cautivas de la tierra
De Lesbos, don y dádiva hermosa,
Aunque excusada en tiempo de la guerra.

Demás de esta su ofrenda milagrosa
El Rey te da, si quieres recibirme,
De sus tres hijas, una por esposa.

Mas ¡ay, oh crudo amante, poco firme!
De tí no ha sido aquello recibido
Que habías tú de dar por redimirme.

Aquiles, ¿por qué culpa he merecido
Serte vil, y por tal menospreciada?
Tu antiguo amor ¿adónde se ha huído?

¿Por ventura fortuna siempre airada
Muestra su frente á un pecho miserable?
¿No la he de ver alguna vez mudada?

¿No ha de haber algún viento favorable
A mis principios tristes y violentos?
¿No será el mal, como es el bien, instable?

Los filos de tu espada ví sangrientos,
Y á Lirneso mi patria, como á Marte,
Rendirsete y mostrarte los cimientos.

De su rüina fuí la mayor parte,
Pues ví á mi padre y tres hermanos míos
Rendidos á la muerte, á tu estandarte.

Ví á mi marido que en sangrientos ríos
(Tal cual él era) revolcando el pecho,
Perdió riqueza, esposa, vida y bríos.

Y aunque me viese en tan horrendo estrecho,
Y con golpe tan duro y riguroso
Fuese en un punto tanto bien deshecho,

Con solo Aquiles me era muy copioso
Reparo á tanto mal, pues te tenía
Por hermano, señor, padre y esposo.

Por Tetis me juraste que me había
Sido muy útil ser de ti robada;
Dijo Tetis tu madre y suegra mía.

Muy útil me es, pues soy menospreciada,
Y la riqueza que te dan conmigo,
Por ser conmigo la estimaste en nada:

Es fama (y siempre fama es buen testigo)
Que mañana te vas por mar huyendo,
Por te alejar de mí, cual de enemigo.

Y á mis oídos tal maldad viniendo,
El flaco pecho de ánimo vacío
Fué sangre, fuerza y ánimo perdiendo.

¿Vaste? ¿y á quién le das el señorío
Sobre esta esclava que en tu amor se funda?
¿Quién será alivio al daño grave mío?

Antes la tierra en sí me sorba y hunda;
Antes me abraze y en mi cuerpo empezca
Del rayo la violencia furibunda,

Que el mar sin mí con remos se encanezca,
Ni que ver pueda aquella nave amarga
Que delante de mí te desaparezca.

Si la tardanza se te hace larga,
Y el volver á tu patria te contenta,
A tu navío no seré gran carga.

Llévame, y no me dejes en afrenta,
Y seguiréte, no como á marido,
Mas como vencedor de un alma exenta.

No seré esclava inútil, que ya han sido
Buenas mis manos, y seránlo agora
Para curar las lanas que han tejido.

Al tálamo tu esposa y mi señora
Irá, pues vence y sobra en hermosura
A las damas de Acaya como Aurora.

La cual por su beldad tuvo ventura
De ser tu amada esposa, y nuera dina
De tu padre, varón de edad madura.

Es nieto del gran Júpiter y Egina,
Y Nereo se precia de pariente,
Por ser su sangre y calidad divina.

Nosotras, tus esclavas, pobre gente,
Le trairemos el lino todo hilado,
Volviéndolo por peso cabalmente.

Solo un don me ha de ser por tí otorgado,
Y es, que me trate bien tu cara esposa,
Siquiera por lo mucho que te he amado.

No consientas se muestre rigurosa
Ni me dé golpes con sus brazos bellos,
Pues fuí cual ella tu mujer y hermosa.

No permitas maltrate mis cabellos;
Mas dile con blandura: «No la aquejes,
Que también he gozado de ella y de ellos.»

Y aunque esta afrenta ruego de mí alejes,
Yo sufriré esta y otra y otra afrenta,
Con tal que no te vayas y me dejes.

Esto mis huesos quiebra y atormenta,
Esto me fuerza ¡ay triste! á importunarte,
Esto me trae turbada y descontenta.

¿Qué esperas, pues? ya al Rey por agradarte
Le pesa de tu ira, y toda Grecia
Se humilla á tí y procura de aplacarte.

Y pues sabes vencer cuanto se precia
De suerte, vence á tí, vence tu ira,
Que la victoria propia es la más recia.

Mira que Héctor el bravo está á la mira,
Y sale del Troyano y patrio nido
Y con vuestras riquezas se retira.

Las armas toma, habiendo recibido
A mí primero; cíñete tu espada;
Quita de Grecia el miedo concebido.

Por mí tu ira ha sido comenzada,
Por mí tu ira y tu rencor fenezca;
Sea tu tristeza en júbilo tornada.

No te afrentes, ni torpe te parezca
Ser por mis ruegos vuelto y humillado,
Aunque por mi valor no lo merezca.

Pues Meleagro, viéndose injuriado,
A las armas tornó, que había depuesto,
Por solo que su esposa lo ha mandado.

De oídas solamente sé yo aquesto;
Mejor lo sabrás tú de tus Grecianos,
Si no es que en serte ejemplo te es molesto.

Mató este Meleagro dos hermanos
De Altea su madre, y ella lo maldijo:
Costumbre mala en padres inhumanos.

Era feroz y muy valiente el hijo,
Y no dió más á madre y patria ayuda;
Que el odio estaba allá en el alma fijo.

Sola su esposa lo mitiga y muda
(Que ellas lo pueden todo), y del marido
La cólera aplacó soberbia y cruda.

Fué ella dichosa, lo que yo no he sido,
Porque mis ruegos como inútil cosa
Sin fruto ni provecho se han caído.

Ni me indigno, pues nunca como esposa
Tuya yo me traté, siendo llamada
De mi señor, mas como sierva astrosa.

Llamándome señora una criada,
Le dije: «A mi servicio y mis cuidados
Añades carga honrosa, aunque pesada.»

Júrote por los huesos no enterrados
De mi marido, á quien las bestias pacen,
Aunque de mí serán reverenciados:

Por las tres almas de los tres que nacen
En fama, gloria y prez, y en tierra fría,
Por la patria, en la patria muertos yacen:

Por tu cabeza juro, y por la mía,
Que juntamos en tiempo de bonanza,
Cuando el cielo y tu amor lo permitía:

Por tu espada, tus flechas y tu lanza,
Que echaron á la Estigia y reino oscuro
Cuanto me dió Fortuna en su pujanza:

Por esto y más, si más me queda, juro
Que el grande Atrida ni otro me ha gozado;
De esto te certifico y aseguro.

Por lo cual, si sospechas te han forzado
A quererte partir, no te remuevas:
Da crédito á lo mucho que he jurado.

Si agora de tu fe quiero hacer pruebas
Y que jures que dama no has tenido,
A fe que nunca tú á jurar te atrevas.

Los Griegos piensan te has entristecido
Porque me trajo el Rey á su aposento,
Y que mi amor te tiene embravecido:

Y tú te estás alegre y muy contento
En el tierno regazo de tu dama,
Movido de algún músico instrumento.

Si alguno preguntare por qué infama
Aquiles su opinión y no pelea,
Olvidando la guerra por la cama,

Dirán que la vihuela lo recrea,
Y la noche le agrada con su oficio,
Y en Venus y en amor y amar se emplea.

Más seguro es dormir y estar en vicio,
Mejor tener la moza poco casta,
Y el tañer y cantar por ejercicio,

Que asir escudo y empuñar el asta,
Y cubrir con el yelmo la cabeza,
Y el pecho de virtud, que es lo que basta.

Mas á tí ya fué un tiempo que una pieza
De arnés, é ilustres hechos te agradaba,
Más que cuanto á deleites se endereza.

La gloria que con armas se alcanzaba
Te era dulce; mas presto te cansaste,
Que nunca dura el bien, ni el mal se acaba.

Dí, ¿por ventura, oh Aquiles, aprobaste
El uso de las armas y la guerra,
Sólo mientras mi patria conquistaste?

Y es prueba cierta y que verdad encierra,
Pues tu alabanza y hechos más que humanos
Están postrados, cual lo está mi tierra.

No lo quieran los Dioses soberanos,
Antes el lado Hectóreo abierto sea
Por la lanza arrojada de tus manos.

¡Oh Griegos! enviadme á do me vea
Mi Aquiles, que aunque he sido su enemiga,
Yo acabaré que vuelva á la pelea.

Diré lo que quisiéredes que diga,
Daréle besos con que el pecho crudo,
Aunque diga que no, se me desdiga.

Creed que más podré que Fénix pudo,
Más que Ulises el sabio, y que el hermano
De Teucro, tan famoso por su escudo.

Que tiene un no sé qué tocar la mano,
Ceñir el cuello y demostrar el pecho,
Y más en tí que no eres inhumano.

Y aunque más sordo estés á mi despecho
Que las ondas de Tetis, madre tuya,
Y más airado que Aquilón deshecho,

Harás que tu crueldad se disminuya,
(Dado que calle), y con mi llanto ansioso
Que esa tu pertinacia se concluya.

Agora, así sus años cumpla honroso
Peleo, y libre de traiciones viles
Tu Pirro viva en armas victorioso.

Mira con ojos de piedad, oh Aquiles,
A tu Hippodamia, y no cual hierro fuerte
Me abrases, me consumas y aniquiles.

Si ya te enfado y tengo de perderte,
Como me obligas á que sin tí viva,
Oblígame á gustar por tí la muerte.

Y sí me obligaras, que ya se priva
El cuerpo y rostro de color y aliento,
Aunque mi alma en la esperanza estriba.

La cual si me faltare, en el momento
Seguiré á mis hermanos y marido,
Dándote con mi fin contentamiento.

Y muerta yo no te ha de ser tenido
Por magnífico hecho y soberano
Haberlo tú ordenado y consentido.

Mas ¿para qué lo ordenas? echa mano,
Hiere este pecho porque luego muera,
Que sangre habrá que harte un pecho Hircano.

Máteme aquella espada que pudiera
Matar en mi venganza al grande Atrida,
Si Palas por su amor no lo impidiera.

Mas yo te ruego que me des la vida,
Que ya me diste cuando victorioso
Fuiste de mi linaje el homicida.

Que para hartar tu pecho sanguinoso
De Neptuno los muros eminentes
Te darán pasto de hombres abundoso.

Del enemigo busca convenientes
Ocasiones de muerte, que en tu amada
Han de ser tus efectos diferentes.

Y agora quieras irte con la armada,
Agora el esperar más te convenga,
Siendo ante tí mi carta presentada,
Manda como señor que á tí me venga.



ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA CUARTA.

Es tan notoria y vulgar la historia del Minotauro y su laberinto, y hemos de tratar de ella tantas veces en estas epístolas, que bastará decir agora que, como por las leyes impuestas del rey Minos á los Atenienses, fuesen obligados á enviar á Creta siete hijos é hijas cada un año para ser pasto del Minotauro, cayó la suerte en el tercer año de esta terrible imposición á Teseo, hijo de Egeo, rey de los Atenienses; el cual con la industria y favor de Ariadna, hija del rey Minos, librándose del intrincado laberinto, dió la muerte al espantoso Minotauro. Conseguida la victoria, como por este beneficio hubiese prometido Teseo de se casar con Ariadna, partió con ella y con su hermana Fedra de Creta huyendo á su floreciente reino de Atenas. Sucedió que en el navío, enamorándose Teseo de su cuñada, propuso dejar (como en efecto la dejó) á Ariadna en la isla de Naxos ó Chío, casándose con Fedra alevemente. Pasados algunos días, ha-

ciendo Teseo ausencia de Atenas, como tuviese por hijo á Hipólito de Hipólita noble Amazona, Fedra enamorada de su entenado, y rendida á su apetito, como de palabra no se atreviese por la gravedad del pecado á descubrirle su pena, le escribe esta carta, donde le persuade á su bruta y totalmente ilícita voluntad. Por la cual se verá la libertad y desenvoltura que tiene la mujer que pierde el temor á Dios y la vergüenza al mundo. Es una de las artificiosas y elegantes epístolas de este libro; porque no ha habido gente tan bárbara que aunque apetezca el mal, no lo procure dorar y afeitar por hacerlo menos feo y menos culpable.

EPÍSTOLA CUARTA.

FEDRA Á HIPÓLITO.

La dama Cresa, á tí el gallardo fruto
De la Amazona Hipólita, te envía
Salud (después del alma) por tributo.

Y aunque salud te envío, oh gloria mía,
Si de tus manos yo no la recibo,
Me faltará, pues falta la alegría.

Lee todo cuanto en esta carta escribo,
Que poco daño te verná en leella,
Ni en un papel ¿qué puede haber nocivo?

Nunca la carta ofende; antes en ella
Podrás hallar (que en fin eres discreto)
Alguna cosa que te agrade el vella.

En las cartas se escribe lo secreto
Del pecho, y por la tierra y mar caminan,
Llevando á los ausentes su conceto.

Los que son enemigos no se indinan
De que le escriba cartas su enemigo,
Porque ellas siempre alumbran y encaminan.

Tres veces procuré hablar contigo,
Y tres veces mi lengua se me anuda,
Y asida al paladar calla conmigo.

Y otras tres á mi boca y lengua ruda
Los acentos y voces han faltado,
Que tú me has hecho balbuciente y muda.

Demás que es bien que amor esté mezclado
Con la vergüenza, freno omnipotente
Que enfrena el apetito desbocado.

Mas lo que la vergüenza no consiente
Que diga de palabra, el dios Cupido
Manda que te lo escriba de presente.

¿Y quién será tan loco y atrevido
Que lo que manda amor, con dichos vanos,
Sustente no ha de ser obedecido?

Es rey amor no sólo en los humanos,
Pero su ley también fué poderosa
Sobre todos los Dioses soberanos.

Él, lo primero, estando yo dudosa
De escribirte, me dijo: «Acaba, escribe,
Que no me sirvo yo de alma medrosa.

»Que aunque de hierro te parece, y vive
Allá en los montes, rendirá su frente
Al mesmo ardor que tu furor concibe.»

Así suceda: y como el fuego ardiente
De amor me abrasa, así el muchacho ciego
Rinda á mi gusto tu cerviz valiente.

Yo con maldad ni deshonesto fuego
No pretendo romper el nudo honroso
De nuestra fe, do estriba mi sosiego.

Porque mi nombre y esplendor glorioso
(Quisiera te informaras de mi fama)
Carece de pecado ignominioso.

Mientras más tarde amor rinde á una dama,
Con mucha menos fuerza y resistencia
Puede sufrir la exorbitante llama.

Abrásome acá dentro, y la violencia
Del fuego es tal, que el pecho está llagado,
Y cancerada el alma por tu ausencia.

Y como el primer yugo es más pesado
Al novillejo, y causa más tormento
El duro freno al potro no domado,

Así mi pecho, que ha vivido exento
De amor, ni se acomoda á su esperanza,
Ni tiene en mí su carga buen asiento.

Cuando en la juventud y en su terneza
Se aprende á amar, su carga es menos dura,
Que es la costumbre en nos naturaleza.

Pero la dama que en edad madura
Comienza á obedecer de amor los fueros,
Le es carga el gusto, acíbar la dulzura.

Tú cogerás primero los primeros
Frutos de mi jardín, guardado en vano
A fuerza de arrogancias y de fieros.

Y de nosotras cada cual ufano
Gozará de los premios amorosos
Que otorga amor con dadivosa mano.

Que es gusto de los ramos fructuosos
Coger la dulce fruta sazónada,
Sin nota ni calumnia de envidiosos.

Y es bien particular la aljofarada
Rosa, que está entre púrpura y rocío,
Cortar con uña tierna y delicada.

Y ya que aquel honor primero mío
(En el cual me mostré sin mancha y culpa),
Propuse de perder con desvarío,

En perderlo contigo no me culpa,
O á lo menos me excusa; que el que yerra
Forzado del amor, tiene disculpa.

Téngote en tanto, que si acá en la tierra
La diosa Juno á Jove me entregara
Con cuanta alteza y majestad encierra,

A Hipólito eligiera, y desechara
A Júpiter; porque eres mis trofeos,
Y no quiero otro cielo que tu cara.

Y ya (no lo creerás) me dan deseos
De ser por esos bosques cazadora,
Tus pasos imitando y devaneos.

Incítame el amor con voladora
Planta seguir la tíguere inhumana,
Y la veloz corcilla trepadora.

Ya la Diosa que adoro es tu Dïana,
Insigne en el aljaba y la saeta,
Que en imitarte á tí me hallo ufana.

La maleza del bosque más secreta
Gusto correr, y ver á los venados
En la engañosa red que los sujeta.

Huélgome por los riscos empinados
Animar á los perros, que siguiendo
Van á los fuertes osos fatigados.

O el femenino brazo sacudiendo,
Arrojar el venablo por el cielo,
Que va en el aire con furor crujiendo.

O encima de la grama y verde suelo,
La cabeza arrimada á algún guijarro,
Poner el cuerpo y recibir consuelo.

Muchas veces quisiera al leve carro
Correr y revolver en el arena,
Con gran destreza y con primor bizarro.

Y al caballo veloz que no se enfrena
Holgara reprimir. Aunque sería
Más justo reprimir mi grave pena.

Agora con la gran melancolía
Me arebata un furor muy semejante
Al que en la turba Eleida Baco envía.

O como aquel que en Ida el abundante
Ocupa las que en honra de sus Diosas
Hacen un son confuso y resonante.

O tal como el que rige las furiosas
Mujeres del divino ardor tocadas,
De Faunos y de Dríadas hermosas.

Y así cuando en mí vuelvo, mis criadas
Dicen que digo en este desvarío
Que tengo las entrañas abrasadas.

Puede ser que un oculto poderío
O fuerza de mi hado inevitable
Me hace amar al que es pariente mío.

Y que la Diosa en Chipre venerable
Quiéra de mí el tributo que ha llevado
De todo mi linaje miserable.

Júpiter amó á Europa en sumo grado
(Que él fué el primer origen de mi gente),
Siendo en hermoso toro transformado.

Y mi madre Pasife torpemente,
Sujeta á un toro en acto bruto y feo,
Parió aquel monstruo horrífico, inclemente.

Después, siguiendo el pérfido Teseo
El hilo que le dió mi cara hermana,
Huyó del laberinto y su rodeo.

Y porque nadie con simpleza vana
Dudase yo ser hija verdadera
De Minos y su sangre soberana,

Vesme agora seré la que postrera
Cumpla de mi linaje la sentencia:
Quiera el amor que salga verdadera.

Esto es fatal y viéneme de herencia,
Pues agradó á tu padre y le dió gusto
De dos simples hermanas la tenencia.

Y así es razón que si gozó él injusto
De mi querida hermana sin contrastes,
Te goce yo sin el menor disgusto.

Y pues los dos la libertad robastes
De dos hermanas, publicad victoria,
Preciaos de los despojos que ganastes.

En aquel día, origen de esta historia,
Quisiera estar en Creta: digo el día
Que fué sagrado á Ceres y á su gloria.

Que si en Creta estuviera, el alma mía
En el templo de Eleusis no gozara
De tu presencia, garbo y gallardía.

Entonces hincó amor su ardiente jara
(Bien que tú me agradabas antes desto)
En mis médulas con potencia rara.

Vite de blanco, y de jazmín compuesto
Ese cabello de oro, en cuya alteza
Echó natura su potencia y resto.

Ví el rosicler divino y su fineza
En ese rostro honesto cuanto grave,
Que encierra en sí la suma de belleza.

Y el rostro que por fiero y no süave
Juzgaron otras, fué de mí juzgado
Ser de valor y de virtud la llave.

Huya de mí el Adonis enrizado,
Váyase el mozo que color se pone
Y anda en almizcle y ámbar sepultado.

Que al hombre poco adorno le compone,
Y bástale al varón la vestidura
Según su estado y la razón dispone.

Y no te aumenta poco la hermosura
Ese descuido tuyo en el cabello,
Y el polvo que te sirve de blancura.

Si haces mal como jinete bello
Al caballo feroz, y lo revuelves
En breve espacio, admírome de vello.

Y si el valiente brazo desenvuelves,
Sacudiendo con fuerza el dardo crudo,
Donde vuelves el brazo allí me vuelves.

Y cuando hieres con venablo agudo
Al bravo jabalí, de enamorada
Quisiera allí ponerme por tu escudo.

En fin, cualquiera cosa que es obrada
De tu gallardo cuerpo me arrebatada
La vista, de la tuya aficionada.

Tú agora olvida y deja el alma ingrata,
Y la escabrosidad del pecho duro
Allá en los montes entre alguna mata.

Que amando Fedra con amor tan puro,
No merezco morir por tu aspereza,
Ni que me arrojes en el reino oscuro.

¿Qué te incita, me dí, con tal firmeza
(De Venus evitando la dulzura)
Seguir de tu Diana la rudeza?

Todo lo que carece de holgura,
De deleite, y descanso en esta vida,
No es permanente ni de grande dura.

Este repara y vuelve la perdida
Fuerza, y alienta la flaqueza humana,
Que si le apuran queda consumida.

Y ya que imitar quieres á Diana,
Sus flechas y arco imita; pues la escoges
Por ejemplar y muestra soberana.

Procura que la cuerda al arco aflojes,
Que no terná el resor menesteroso
(Si no la aflojas) cuando el tiro arrojes.

Fué Céfalo en las selvas tan famoso,
Que siguiendo la fuerza de su estrella,
Mataba el jabalí, la tigre, el oso.

Mas no era esquivo, ni á la Aurora bella
Negaba que le amase tiernamente,
Antes gozaba de su amor y de ella.

Y ya nuncia del Sol, como prudente
Del anciano Titón dejaba el techo
Para gozar del cazador valiente.

Muchas veces sirvió de blando lecho
La grama á Venus y á su Adonis: tanta
Es la fuerza de amor si abrasa un pecho.

Meleagro también por Atalanta
Se ardía, y ella guarda de la fiera
La cabeza y la piel por prenda santa.

Amémonos los dos de esta manera,
Seamos de este número dichoso,
Y habrá en el bosque eterna primavera.

Que si el fruto de Venus amoroso
Del bosque quitas, toda su frescura
Se ha de volver en páramo enfadoso.

Yo te acompañaré por la espesura,
Sin que recele algún impedimento
De blanda arena ni de peña dura.

Ni me dará pavor el turbulento
Y fiero jabalí, que si barrunta
La muerte, es de temer su movimiento.

Dos mares con sus ondas á una punta
De tierra baten, y si aquél resuena,
Este rebrama y con aquél se junta.

Aquí contigo la ciudad Trezena
Habitaré, la cual por tí me ha sido
Mas que mi Creta ubérrima y amena.

Ausente está y ha estado mi marido,
Y lo estará entretanto que vivieres,
Porque es de su Piritoo detenido.

No estima por Piritoo (si no quieres
Negar lo que es tan cierto) al que es su hijo,
Ni estima de su esposa los placeres.

Y no por esto sólo yo me aflijo,
Que otros muchos agravios nos ha hecho,
Cuyo discurso te será prolijo.

Él con su fuerte clava y feroz pecho,
Los huesos esparciendo de mi hermano,
Dejó su cuerpo mísero deshecho.

Él á mi hermana (en fin como tirano)
Por pasto y por manjar dejó á las fieras,
Contra las leyes del linaje humano.

Aquella que en virtud, valor y veras
El primero lugar tuvo contino
Entre las damas ínclitas guerreras,

Fué madre tuya; y esto así convino,
Porque ella sola pudo merecerte,
Y tú de sus virtudes fuiste dino.

Si dónde está preguntas, dióle muerte
Tu padre con espada y brazo airado,
Que aun no estuvo segura con tenerte.

Matóla sin haberse desposado
Con ella, porque fueses mal nacido
Y no heredases todo su reinado.

De mí te ha dado hermanos, y no he sido
La causa yo, ni Fedra los criara
Si no lo obedeciera por marido.

Pluguiera al cielo que antes reventara
(Oh el más hermoso de lo que es hermoso)
Que Juno en daño tuyo me alumbrara.

Ve agora, y reverencia codicioso
La cama de este padre que te daña,
La cama de este padre incestuoso.

Mejor será la tengas por extraña:
Mejor será que vengas á mi ruego,
Y no que estés cual bestia en la montaña.

No mires en escrúpulos, ven luego;
Así tu ingratitud y rebeldía
Perdone el Dios que es causa de mi fuego.

Y aunque mi majestad no permitía
Rogar, sino mandar, ruego y suplico,
Que mal puedo mandar si no soy mía.

¿Dónde está, ay triste, mi facundia...?
¿Dónde mi gravedad? ya está por tierra,
Ya por esclava y presa me publico.

Creí, si en el amor verdad se encierra,
Poderme resistir y no entregarme
A la culpa y furor que me da guerra.

Pero venció el amor hasta humillarme,
Y así á tus pies me postro, y con abrazos
Vencida ruego quieras ampararme.

Que estando un alma en amorosos lazos,
Como ciega no ve lo que es honesto,
Y así atropella estorbos y embarazos.

Venció al amor honesto el deshonesto,
La vergüenza he perdido y la firmeza;
Perdona, pues, mi error tan manifiesto.

Doma tu corazón y su aspereza,
Siquiera porque Minos me ha engendrado,
Que muchas islas tiene y gran riqueza,

Y porque el rayo ardiente y denodado
Es de mi omnipotente bisabuelo
Al mundo con estrépito enviado,

Y porque el rubio Dios (que allá en su cielo
Cifre la frente con los rayos de oro,
Y fabrica los años) es mi abuelo.

La majestad, la sangre y el decoro,
La nobleza, la pompa y los honores
Yacen ante el amor á quien adoro.

Ten reverencia á mis progenitores,
Y cuando perdonarme no quisieres,
Perdónalos á ellos por mayores.

Daréte en dote, si mi gusto hicieres,
A Creta, que es de Júpiter querida,
Y el alma te daré, si el alma quieres.

La isla, el alma, el corazón, la vida
Sirva á mi bello Hipólito, y el mundo
La obediencia le dé que le es debida.

Sujeta y vence el ánimo iracundo,
Que pues venció mi madre á un toro horrible,
¿Serás tú más que un toro furibundo?

Si fuere en mis demandas insufrible,
Perdóname por Venus, que en mi pecho
Lo que es posible puede y lo imposible.

Así nunca te halles en estrecho
Tal, que en la redondez de este horizonte
Ames alguna dama, y sin provecho.

Y así la Diosa que preside al monte
Propicia se te muestre en los jarales,
Y no te aflija el padre de Faetonte.

Y así te dé gran copia de animales
La selva por sus sendas y caminos,
Y sombra el bosque, y fruta sus frutales.

Y así el dios Pan y Sátiros divinos
Te ayuden siempre con feliz agüero
Con los más semidioses campesinos.

Y así se rinda el jabalí severo
(Por más que muestre sus ebúrneos dientes)
A la violencia de tu dardo fiero.

Y así las sacras Ninfas de las fuentes
Te den el agua fresca en abundancia,
Para templar tu sed con sus corrientes.

Aunque ya saben en aquella estancia
Que con las damas siempre eres esquivo
De amor, de la virtud ó de arrogancia.

En fin, á cuantos ruegos aquí escribo,
Mil lágrimas añado y mil querellas;
Si las querellas vieres, finge al vivo
Que ves también mis lágrimas en ellas.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA QUINTA.

Paris, por otro nombre llamado Alejandro, fué hijo de Príamo y de Hécuba, reyes de Troya; y estando su madre preñada, soñó parir una encendida hacha que abrasaba y convertía en ceniza á toda Frigia. Su padre, lleno de temor (habiendo consultado sobre ello á Apolo), mandó á Hécuba que matase la criatura que pariese. Mas pariendo la madre, viendo la hermosura del niño con maternal compasión, mandó á un criado que le diese á criar á unos pastores del Rey en el monte Ida. Llegando Paris á edad (por las muchas partes de virtud que en él respladecían), fué amado de muchas pastoras; y la que más le amó fué Enone, ninfa hija del río Janto, ó hablando á nuestro modo, pastora criada en su ribera, con la cual fué casado. Después, siendo el zagal conocido por hijo del rey Príamo, fué enviado á Grecia con veinte navíos, como por embajador, sobre la libertad de su tía Hesiona; y siendo en Grecia, fué honoríficamente recibido y

tratado de Menelao; en pago de lo cual, enamorándose de su mujer la hermosa Elena, se la robó (consintiéndolo ella) con todo el tesoro Real. Volviendo, pues, á Troya Paris con su robo, donde le esperaba su mujer Enone, viéndose burlada y que se había casado Paris con Elena en menosprecio suyo, finge el poeta que le escribe esta carta, donde le representa su mucho amor y fe, y de ella mucha deslealtad: aféale mucho á Elena, diciendo (y con mucha razón) que la que no tuvo fe con su primer marido, menos la tenía con un forastero.

EPISTOLA QUINTA.

ENONE Á PARIS.

¿Lees? ¿ó la esposa nueva lo prohíbe?
Lee, que no es de Micenas enviada,
Ni es carta que enemigo te la escribe.

Yo Enone, hermosa ninfa celebrada
En las selvas de Frigia, me lamento
De tí, que fuiste mío y soy burlada.

¿Qué Dios se opuso á nuestro casamiento?
¿Qué culpa hice porque desmerezca
De ser tuya y tener tu ayuntamiento?

Bien es que con paciencia se padezca
El mal que por la culpa propia viene,
Mas do no hay culpa duele que acaezca.

El valor no tenía que ahora tiene
Tu persona, en el tiempo que por mío
Te escogí; y vales más porque más pene.

Yo era de Janto, caudaloso río,
Ninfa, y mi rostro con deidad cubierto
De grave majestad y señorío.

Y aunque hayas sido agora descubierto
Por hijo del Rey Frigio, entonces eras
Siervo y no Infante, y cuando Infante, incierto.

Y siendo siervo quise tan de veras,
Que te hice mi esposo y nos gozamos
Como si por tu igual me conocieras.

Muchas veces los hatos repastamos,
Y entre ellos con los árboles hojosos
Cubiertos, del cansancio descansamos.

Y estando allí á la sombra calurosos,
La tierra, grama, flores y mi pecho
Te eran cama en tus gustos amorosos.

Muchas veces durmiendo en nuestro lecho,
El heno por colchón, cayó la helada
Y oprimió de la choza el débil techo.

¿Quién te mostraba el puesto, la parada
(Aunque la selva más espesa fuera)
Para esperar la caza deseada?

¿Quién te era guía y dulce compañera,
Mostrándote las grutas do escondía
Sus hijuelos pequeños cualquier fiera?

Muchas veces, ay mísera, tendía
Las redes, y á los perros con mi grito
Incitaba, animaba y persuadía.

Guardan mi nombre en todo este distrito
Las hayas con las letras, que parecen
Decir Enone, y léome en tu escrito.

Y cuanto más aquellos troncos crecen,
Mis nombres tanto más crecen en ellos,
Y siempre en sus cortezas permanecen.

Creced, hayas; subid, árboles bellos,
En honor de mi nombre y de mi estado,
Títulos que me ilustra el poseellos.

Acuérdome de un álamo plantado
En la orilla del Janto caudaloso,
Do están estas memorias de mi bien pasado.

Alamo, vive tú que estás frondoso
Junto á las aguas, tú que en tu corteza
Contienes este verso mentiroso:

«Cuando olvidada Enone y su belleza,
Paris vivir pudiere, a questo río
Atrás volverá el curso con presteza.»

Janto, vuélvete atrás; volved con brío
Vosotras, aguas, pues que Paris vive,
A su Enone olvidando como impío.

Aquel infausto día, aquel que escribe
Mi desventura en mí por tiempo eterno,
Le trajo al alma el mal que ahora recibe.

Desde aquel día comenzó el invierno
De tu mudado amor, y fué perdida
Mi dulce gloria, y se ordenó mi infierno.

Digo aquel día, cuando allá en el Ida
Llegó Venus y Juno á tu presencia,
Aquella y esta de beldad vestida.

También Minerva allí por más decencia
Con armas vino, aunque desnuda, ¡ay triste!
De su beldad pidiéndote sentencia.

Cobró miedo (según que me dijiste)
Tu pecho en aquel punto, y un helado
Temor dentro en tus huesos concebiste.

Y yo, que ya un pavor me había ocupado,
Consulté hechiceras y hechiceros,
De la sentencia que á las tres has dado.

Salieron tristes todos los agujeros;
Sangre anunciaron, muerte arrebatada,
Maldad nefaria, fines lastimeros.

Cortóse la madera, fué la armada
En astillero puesta, y sin contraste
Fué en el inmenso mar depositada.

Lloraste Paris (digo que lloraste)
Al partirte de mí; no niegues esto,
O á lo menos concede que me amaste.

No te avergüences del amor honesto
Que me tuviste, que harto más te afrenta
Tu nuevo amor lascivo y deshonesto.

Lloraste, y viste no quedar exenta
Mi vista del aljófar que manaba,
Temiendo de tu ausencia la tormenta.

Con la tristeza cada cual mostraba
De nosotros sus lágrimas piadosas,
Viendo que un cuerpo de otro se apartaba.

Y no así al olmo se asen las hermosas
Vides, como á mi cuello así se asieron
Tus brazos y tus manos poderosas.

¡Ay! ¡cómo y cuántas veces se rieron
Los tuyos cuando echabas culpa al viento
De la tardanza con que al mar se dieron!

¡Cuántas veces, dejándome en tormento,
Volviste á darme besos reiterados,
Según que estabas de mi amor sediento!

¡Con qué dificultad, con qué turbados
Espíritus me dió tu lengua el *Vale*
Y el *queda con los Dioses consagrados!*

Embarcástete al fin, y luégo sale
Un viento fresco que en las velas dando
Fuerza á tu armada por el mar resbale.

Las claras ondas se encanecen cuando
De los remeros la copiosa lista
Las iban con los remos azotando.

Yo, siguiendo, cuitada, con la vista
Lo más que pude el fugitivo paño,
Dejé la arena con el llanto mixta.

Por tí he rogado, oh padre del engaño,
A las Ninfas del mar embravecido,
Porque vinieses presto, y en mi daño.

Ya por mis ruegos, Paris, has venido,
No para Enón, veniste para Elena;
Para tu dama yo piadosa he sido.

Hay un monte, una cumbre inmensa, llena
De fragosa aspereza, cuya altura
Mira al profundo, donde el mar resuena.

En cuya falda impenetrable y dura
Neptuno hierve, y ella resistiendo
Convierte en blanda espuma la agua pura.

Aquí yo, pues, ¡ay mísera! subiendo,
Fuí quien primero descubrí tu nave,
Sus velas como amante conociendo.

Dióme deseo de volar como ave,
Ímpetus de ir á tí nadando tuve;
Que quien bien ama, cuanto quiere sabe.

Mientras perpleja en esto me detuve,
En la alta prora vi resplandecía
Púrpura: entonces más atenta estuve.

Gran recelo me dió, porque bien vía
Que no te era decente estar cubierto
De lo que solo á damas convenía.

Llegó la nave á tierra, tomó puerto,
Vi dentro de mujer la faz hermosa,
Quedó á miedo y dolor mi pecho abierto.

Y no solo vide esto, mas (furiosa,
¿Por qué me puse á verlo?) que abrazada
Contigo vi á tu amiga ignominiosa.

Aquí lloré mi muerte desdichada;
Di mil suspiros, aunque en vano, al viento,
Y mi madeja de oro fué arrancada.

Rasgué mi rostro con furor violento,
Que las uñas abrieron con fiereza
Un sulco y otro, y cada cual sangriento.

Al sacro monte de Ida y su aspereza
Henchí de aullidos hórridos, feroces,
Contando á los peñascos tu dureza.

Permita el justo cielo no la goces,
Y que ella brame ausente de su esposo,
Y cual me fuerza á dar, dé al aire voces.

Agora que estás rico y poderoso,
Mil damas tienes, y éstas son aquellas
Que á ti te siguen por el mar ondoso.

Contigo vienen estas damas bellas,
Dejando sus legítimos maridos;
¡Oh aleve amante, y más alevés ellas!

Cuando eras pobre y por el verde ejido
Pastoreabas con pobreza tanta,
Ninguna sino Enón tu esposa ha sido.

No me admira tu oro, ni levanta
Verte en pompa real ni en Monarquía,
Ni ser nuera de Príamo me espanta.

Que muy bien sé que no rehusaría
De ser mi suegro Príamo, ni afrenta
De ser su nuera á Hécuba vernía.

Que digna soy, y el mérito me alienta
De ser mujer de un príncipe y matrona,
Y hasta lo ser no me veré contenta.

Cabeza y manos tiene mi persona
Dignas (pues ser yo Ninfa me bastaba)
De empuñar cetro y sustentar corona.

No me desprecies porque me acostaba
Contigo en suelo agreste, pues soy dina
De regia cama, y no de la que usaba.

Mi amor seguro en fin no te encamina
Guerra, ni trae por mar copiosa armada
Para vengar tu fuerza adúlterina.

Aquesa fugitiva es demandada
Con armas; y ella ufana y desenvuelta,
Con esta dote viene á tu morada.

La cual si á gente griega ha de ser vuelta,
A Héctor, á Deifobo y Polidamas
Lo dí, y pregunta el fin de esta revuelta.

Consulta el parecer, pues que los amas,
De Antenor y de Príamo tu padre,
Que por su larga edad sabrán de tramas.

Torpeza es grande, indigna que te cuadre,
Que una esclava antepongas impaciente
Al amor de la patria nuestra madre.

Tu causa es vergonzosa; y justamente
Su agraviado marido, por habella,
Te mueve guerra, junta y llama gente.

No te prometas, no, lealtad de aquella
Que en tus brazos se entregó en un hora
Y que te fué tan fácil gozar de ella.

Que si el menor Atrida grita agora
Las leyes rotas del violado lecho,
Y de amor forastero opreso llora;

Tú también gritarás y sin provecho,
Que si una vez se pierde la vergüenza,
Todo bien, todo honor queda deshecho.

En tu amor arde, y á te amar comienza;
También á Menelao amó esta dama;
Mas es frágil su amor más que una trenza.

Agora el triste arrepentirse brama,
Que á Elena dando y á su amor creencia,
Viudo yace en la desierta cama.

¡Oh Andrómaca felice! tu advertencia
Alabo, pues te diste por esposa
De un constante varón de gran prudencia.

¡Ay Paris! que yo fuera venturosa
Si casara con otro cual tu hermano;
Mas vedólo mi estrella rigurosa.

Eres más inconstante, más liviano
Que secas hojas que arrebatada el viento
Y van volando por el aire vano.

Hay menos peso en ti, menos cimienta
Que en leve espiga insólida y vacía,
Seca del sol y de su ardor violento.

Esto es lo que tu hermana me decía,
Digo que dijo (agora se me acuerda),
Suelto el cabello, a questa profecía:

«Dí ¿qué haces, Enone? si estás cuerda,
¿Cómo en la arena siembras? ten mancilla
De ti, no siembres donde se te pierda.

»Aras del mar horrífico la orilla
Con bueyes sin provecho: no conviene
Que pierdas el trabajo y la semilla.

»¡Hola! una griega ternerilla viene,
Destrucción tuya, de tu casa y tierra:
¡Hola! estórbalo tú; ¿qué te detiene?

»La griega ternerilla viene: ¡guerra,
Guerra agora que hay tiempo, y al navío
Hundid, que abominable carga encierra!

Frigios, no imaginéis viene vacío,
De sangre frigia y de minante fuego
Viene relleno aquel vajel impío.»

Dijera más, si sus sirvientas luego
No la llevaran por estar furiosa,
Dejándome en mortal desasosiego.

Erizóse el cabello ¡oh grave cosa!
(Que es en ser largo y rubio incomparable);
Quedé admirada y aun quedé medrosa.

¡Ay, Casandra fatídica, admirable!
¡Cómo tu adivinar me satisface!
¡Cuán cierto ha sido á esta miserable!

Mira la vaca griega cómo paze
Mi dehesa, usurpando mi ventura,
Y de mis pastos á su gusto hace.

Insigne puede ser su hermosura;
Pero adúltera es, pues desampara
Su esposo y Dioses con desenvoltura.

Ella robada ha sido, cosa es clara,
Otra vez de un Teseo, si en el nombre
No me ha engañado la memoria avara.

No sé yo quién él sea, en fin un hombre
Dicho Teseo, por su astucia bella
Robándola ganó fama y renombre.

¿Creeremos, pues, agora, oh Paris, de ella,
Que de poder de un mozo amante suyo
Se quedó virgen, y volvió doncella?

¿Preguntarás que todo cuanto arguyo
De quien lo deprendí? De amor, que esfuerza
Mi lengua ruda con que te concluyo.

Y aunque su robo se atribuya á fuerza
Y lo disfraces con tal nombre, es cierto
No haber habido quien su gusto tuerza.

Quien tantas veces tan al descubierto
Robar se deja y al ladrón se ofrece,
Ella da el orden, ella da el concierto.

Mas la constante Enone permanece
Casta, siendo alevoso su marido,
Viviendo ella más casta que él merece.

De Sátiros la turba con rüido
Y veloz planta en Ida me buscaba;
Mas yo me entraba al bosque más tejido.

El cornígero Fauno me acosaba,
De agudo pino ornada su cabeza,
Por los altos collados donde andaba.

Bien que el que á Troya puso pieza á pieza
Su fuerte muro (y siendo ardiente y rojo,
Desde el Oriente su camino empieza),

De mi virginidad llevó el despojo:
Mas llevólo por fuerza, y mi cabello
Y mi rostro rasgué de puro enojo.

Oro ni joyas no perdí por ello,
Ni puse en precio aquella afrenta indina,
Que el cuerpo es cosa infame el revendolo.

Viendo esto Febo, me juzgó por dina
De grande premio, y dióme infusa ciencia
Del arte santa de la medicina.

Dió á mis manos su don y suficiencia,
Y así cualquier raíz, cualquiera planta
Conozco, y me es notoria su potencia.

Mas ¡ay triste de Enone! que con tanta
Fuerza y virtud de yerbas, no hay ninguna
Que me aproveche, cosa que me espanta.

Al mal de amor no cura yerba alguna;
Mi mesma ciencia, mi arte me ha dejado:
La que me sigue siempre es mi fortuna.

El mismo Apolo vacas ha guardado
De Admeto, según fama; dióle guerra
Amor, y con mi fuego fué abrasado.

Aquel remedio que la fértil tierra
Con sus yerbas, ni Apolo darme puede,
Tú me lo puedes dar y en tí se encierra.

Puedes y lo merezco. No se vede
A mi fe lo que pido; ten mancilla
De esta que en un punto de tu amor no excede.

No vengo yo con Griegos en cuadrilla;
Con armas de paz vengo á mi marido;
Tu esposa abraza, pues á tí se humilla.

Toda soy tuya, tuya sola he sido
Desde mi tierna edad, y en ti se emplea
Todo mi amor: y agora también pido
Que el resto de mi vida tuyo sea.



ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA SEXTA.

Para mejor declaración así de esta epístola como de la duodécima, me pareció ser necesario poner en este argumento (aunque con alguna curiosa prolijidad) la fábula del Vello de oro, como la escribe Ovidio en el IV de sus Fastos. Atamantes, hijo de Eolo, tuvo un hijo y una hija llamados Frixo y Heles en Nefelea su primera mujer, que trasformada en nube fué vuelta en diosa. Casó Atamantes segunda vez con Ino, hija de Cadmo, la cual aborreciendo á sus entenados (según costumbre de madrastras), como diese á los labradores trigo y otras semillas que sembrasen, sucedió que en aquel año (por ser estéril) no se cogiesen frutos, padeciéndose en aquellas regiones grandísima necesidad y hambre. Fué enviado en razón de esto un Sacerdote al Oráculo para que consultase el remedio de tanta esterilidad, el cual, inducido y sobornado de Ino, dijo al pueblo ser la voluntad de los Dioses que Frixo y Heles fuesen sacrificados, para aplacar la

ira soberana; lo cual, aunque su padre Atamantes llevase por pesadumbre, así por el común consentimiento del pueblo como por la necesidad que padecía, los vino á ofrecer al sacrificio. Estando, pues, vendados para la inmolación, su madre la diosa Nefelea, descendiendo á ellos de su nube, los libró y mandó que huyesen; y dióles un carnero cuyo vellón era de oro, el cual los pasase por un estrecho de mar á diferente reino. Yendo navegando la moza Heles, desfalleciendo, ó con el femenino temor, cayó del carnero y ahogóse en el mar, dándole su nombre, el cual conserva hasta hoy. Frixo llegando en el Ponto á la isla de Colcos, sacrificó el carnero en hacimiento de gracias, y su piel de oro colgó en el templo de Marte con voluntad, según se escribe, y expreso mandamiento de los Dioses. Reinando después en el Ponto Eta, tuvo aviso del Oráculo que moriría cuando viniendo un navío de longinquas partes llevase este vellocino: por cuya causa el Rey dió en una horrenda crueldad, que fué sacrificar todos los huéspedes y forasteros que venían á su reino, que era el fruto que el demonio, padre de la maldad, pretendía y pretende de los idólatras miserables. La intención de Eta fué que, divulgándose su crueldad por el mundo, huyese de venir á su tierra gente forastera, y así estuviese el vellocino guardado. Y para mayor guarda de él, dice Dionisio en el II de su historia, que rodeó el templo de inexpugnable fuerza y cerca, y le puso gente de guarda de la provincia Taurica, de donde emanaron las fábulas de los Griegos, diciendo que guardaban el templo

toros que respiraban fuego, y que el Vellochino guardaba un vigilante dragón, y otras cosas que en el discurso de la epístola se declaran; todo lo cual tiene alegoría que no es de mi intento el tratala. Reinaba por este tiempo en Tesalia Pelias, hermano de Esón, padre de Jasón, el cual Pelias no tenía hijos varones. Pero su sobrino Jasón, como en valor de ánimo y en corporales fuerzas excediese á todos los de su tiempo, descando hacer alguna famosa hazaña á imitación de Perseo y de otros valerosos varones, cuyos nombres eran claros en aquellos siglos, comunicó este deseo con Pelias su tío, el cual, no porque Jasón ganase fama, mas con esperanza que puesto en alguna peligrosa jornada moriría, quiso animarle á conseguir su honroso intento. Tenía el tío con Jasón una depravada voluntad y odio, así porque viéndose sin hijo varón temía al hermano que con favor de tan esforzado hijo le podía quitar el reino, como porque había sabido del Oráculo que estando él sacrificando á Neptuno, el que entrase al sacrificio desnudo un pie le había de dar la muerte, y sucedió que entró Jasón descalzo por haberse mojado el pie en el río Anauro. Teniendo, pues, Pelias esta sospecha, prometió á Jasón que le daría ayuda si hiciese jornada para ganar el Vellochino de oro que tan famoso era en el orbe; aceptólo Jasón, el cual, considerando la dificultad de la empresa, así por el mucho mar como por las muchas gentes de ánimos feroces que en el Ponto había, comenzó á disponer el aparato que le pareció ser necesario. Lo primero hizo una nave junto al monte Pelias,

la mayor que hasta aquellos tiempos se había visto, cuya grandeza fué tan admirable á toda Grecia, que muchos mancebos ilustres se le ofrecieron á Jasón por compañeros; de los cuales escogió cincuenta y cuatro, y de éstos fueron los principales Cástor, Pólux, Hércules, Telamón y Orfeo; y el principal caudillo de la nave fué el mismo Jasón: llamóse la nave Argos, del nombre del arquitecto que la hizo, ó según otros de su mucha ligereza en el navegar: llevaron por piloto á Tifis, y todos se llamaron Argonautas. Dando las velas del puerto Pagaseo de Tesalia, llegaron á la isla de Lemnos, donde Isipile, hija del rey Toante, en este tiempo tenía el gobierno por haber todas las mujeres de Lemnos muerto á todos los varones, y eran gobernadas con femenino imperio. Fueron aquí Jasón y sus Argonautas regalados en tanto grado, que obligado Jasón del amoroso hospedaje, se casó con Isipile; y siendo preñada, se llegó el tiempo de la forzosa partida; y prometiéndola volver, conquistado el Vellochino, partió de Lemnos y vino á Colcos, último designio de su viaje. Aquí fué informado Jasón de Medea, hija del rey Eta, de la crueldad de su padre y de la dificultad y riesgo de la empresa. Pero enamorada de Jasón, y rogada de él que bajo de juramento de esposa le favoreciese, vino Jasón por industria de Medea á conseguir la victoria y Vellochino, perpetuando su nombre en el templo de la Inmortalidad; y llevándose á Medea á pesar de su padre, volvió á Tesalia su patria con admiración y espanto del universo, y con sumo olvido de su mujer Isipile; la cual esperaba su vuelta

por momentos. Siendo, pues, sabedora de ella, le escribe esta carta, dándole el parabién de su venida y victoria, y quejándose de su poca lealtad, expresa sus agravios, y aféale á Medea, para que aborreciéndola Jasón, guarde la fe al primer matrimonio.

EPÍSTOLA SEXTA.

ISIPILE Á JASÓN.

Por el mundo ha la fama pregonado
Que con el Vellochino rico de oro
Has á Tesalia próspero llegado.

Cuanto es tu voluntad suspendo el lloro,
Y doy el parabién de tu venida,
Falta de fe, colmada de tesoro.

No debiera por fama ser sabida
De mí tu vuelta, mas por carta tuya,
Si no es que lo estorbó la fraticida.

Bien pudo ser que el viento (á quien destruya
Su Dios) á tu navío compeliase
A no ver mi ribera, que ya es suya.

Pero aunque el viento más adverso fuese,
Pudieras escribir con mensajero,
Pues era digna yo que así se hiciese.

Dí, ¿por qué había de saber primero
De otro que de tí, cómo domados
Fueron los toros del dios Marte fiero?

¿Y cómo al corvo yugo sujetos,
Araron, y esparcida la semilla,
Nació una grande escuadra de soldados?

¿Y que para matar esta cuadrilla
No fué tu brazo ni ánimo arrogante
Necesario, que es rara maravilla?

¿Por qué no me escribiste, falso amante,
Cómo hubiste el dorado Vellochino,
Al dragón adurmiendo vigilante?

¡Oh cuánto gusto al corazón mezquino
Fuera, si cuando el caso recontara
Tu esfuerzo exagerando por divino,

Si alguno como incrédulo dudara
Tus hechos, que dijera yo al momento:
El me escribió, y tu carta demostrara!

Mas ¿para qué me quejo y me lamento
De que mi esposo no cumplió su oficio
De darme con su epístola contento?

Grande premio terné por mi servicio,
Si quedo por tu esposa, y si no tiene
Tanto descuido oculto maleficio.

Y así terná, pues que contigo viene
(Según afirman) una encantadora
Bárbara, que de engaños se mantiene.

Y que ha de suceder esta traidora
En la fe conyugal que sin recelo
Me prometiste como tu señora.

Todo lo cree el amor: ¡ojalá el cielo
Quisiese que merezca yo el renombre
De temeraria, y que esto fuese celo!

Mas ¡ay! que agora á Lemnos vino un hombre
Tesalo, y en mi casa fué hospedado,
Que en fin sustento de piadosa el nombre.

Y habiendo apenas al umbral llegado,
Así le dije: Huésped venturoso,
¿Cómo está mi Jasón? ¿está trocado?—

Quedó suspenso y algo vergonzoso,
Y mirando á la tierra (á mi despecho)
Callaba de cortés ó de medroso.

Alborotéme, y desde el casto pecho
Rasgué el vestido, y esto repetía:
—¿Vive? ¿ó también los hados mal me han hecho?

—Vivo es, responde: y yo le persuadía
Que lo jurase; hizo un juramento,
Y aun con jurar apenas lo creía.

Después que el pecho recobró su aliento,
Le obligué que contase tus proezas,
Y él las contó por darme algún contento.

Dijo cómo, domadas sus bravezas,
Los toros del dios Marte el campo araron,
Y esta no es la mayor de tus grandezas.

Contó cómo en la tierra se sembraron
Los dientes de la bestia por simiente,
Y hombres naciendo, luego se mataron.

Y muerta en civil guerra aquella gente,
El tiempo de su edad fué solo un día:
Contó también el fin de la serpiente.

Yo (mientras él contaba) repetía,
—¿Vive Jasón?—que el miedo y la esperanza
Doblaban á mi alma la agonía.

Él, mientras va contando con pujanza
De facundia los hechos de más gloria,
Y todo cuanto de tu vida alcanza,

Sin lo querer decir, contó la historia
De Colcos, do robaste su Princesa:
Mi ofensa y tu maldad hizo notoria.

¡Ay! ¿dónde está la fe, dó la promesa?
Tus juramentos ¿dónde se ausentaron?
Tu palabra, Jasón, ¿tan poco pesa?

¿Adónde están las hachas que alumbraron
En mis bodas? alumbran en mi entierro
Mejor, pues viva entonces me enterraron.

No me alcanzaste á hurto, ni por yerro
La Diosa de las bodas fué presente,
La cual me alienta en este tu destierro.

También estuvo, la sagrada frente
Ceñida de clavel, jazmín y rosa,
Himeneo, en las bodas presidente.

¡Ay triste, que Himeneo ni la diosa
Juno trajeron luz tan desdichada,
Sino fué Erinnis pérfida y rabiosa!

Mas ¿á qué vino acá la Minia armada?
¿Qué tuve yo con la Argonauta flota?
¿Quién trajo á Tifis á mi tierra amada?

No estaba aquí el Vellón que la alborota,
Ni era Lemnos la corte, ni el estado
De Eta el anciano, do iba su derrota.

Bien pensé yo, mas estorbóme el hado
Con valor femenil echar afuera
De Lemnos tu escuadrón aquí arribado.

Que mis mujeres no es la vez primera
Que vencen hombres; muchos han vencido;
Con ellas mi honra defender pudiera.

No quise que te fuese defendido
El puerto, antes en él, con todo cuanto
Te pueda dar, te recibí en marido.

En mis regalos estuviste en tanto,
Que en dos estíos y otros dos inviernos
Prestó á la madre tierra el cielo santo.

Vino otro estío, y con halagos tiernos,
Siendo forzado á dar la vela al viento
Por orden de los astros sempiternos,

A mí veniste, y sin vital aliento,
Vertiendo por tu faz licor sanguino,
Hiciste un regalado parlamento.

«Isipile, el rigor de mi destino
Me arrebató, si acaso el cielo airado
Abriere á mi tornada algún camino.

»Tuyo me parto de este suelo amado,
Tuyo seré en la paz, tuyo en la guerra,
Y tuyo volveré queriendo el hado.

»Y aquesa prenda que tu vientre encierra,
Viva, pues de ambos es, y en las mantillas
Por de ambos se conozca en esta tierra.»

Llorando intensamente y de rodillas,
Enmudeciste aquí siendo vencido
Del llanto que bañaba tus mejillas.

Quisieras proseguir y no has podido,
Y acuérdome muy bien que lo dejaste,
Del ansia y de sollozos impedido.

El último de todos te embarcaste
En la sagrada nave, y ella vuela
Con viento en popa sin temer contraste.

El verdinegro mar se aparta, y cuela
Argos la insigne con veloz denuedo;
Tú miras á mi alcázar, yo á tu vela.

La tierra miras tú, porque yo quedo
En ella; mas yo triste, por mirarte,
Miro las aguas que me ponen miedo.

Tengo una torre exenta á toda parte,
De á do se mira en torno el mar sereno;
Allá me subo yo por divisarte.

Mi faz se inunda en lágrimas, y el seno,
Y por aquellas lágrimas te vía
Ir navegando el mar de espuma lleno.

Que aunque la turbia vista enflaquecía,
Dando entonces fervor á mi deseo,
Alcanzaba más lejos que solía.

Añade á tanto llanto y devaneo
Castas plegarias, votos prometidos,
Mezclados con temor de lo que veo.

Los cuales por tí fueron ofrecidos,
Y pues ya tu persona está segura,
Por mí han de ser con brevedad cumplidos.

¿Mas cumpliré estos votos por ventura
Para que goce aquesa Maga ó Sabia
Del fruto de ellos por mi suerte dura?

Duéleme el corazón, crece la rabia
Con el amor, y gran furor concibo,
Por ver que el que más amo más me agravia.

¿Daré á los templos dones, ni al altivo
Toro dará mi mano muerte fiera,
Porque pierda á Jasón aun siendo vivo?

Nunca me aseguré que firme fuera
Tu fe, que de tu padre sospechaba
Siempre que de Argos eligiese nuera.

En vano de las Griegas recelaba,
Que una bárbara es causa de mi daño:
El corazón me hirió quien no pensaba.

No con belleza ni esplendor extraño
Te aficionó en agravio de tu esposa,
Mas con hechizos, con maldad y engaño.

Ésta en la noche más tempestüosa,
Con encantada hoz, fiera, importuna,
Siega la hierba Mágica dañosa.

Esta, que con Plutón desde la cuna
Hizo pacto en su curso y movimiento,
A pesar suyo vuelve atrás la luna.

Ésta les pone un toldo ó pavimento
A los caballos del mayor planeta,
Y las aguas enfrena en un momento.

A la carrera rápida, inquieta
Del río más veloz y fugitivo
Ésta la vuelve atrás y la sujeta.

Ésta, con le mostrar un rostro esquivo,
Remueve un bosque, y hace no se vea,
Y arranca un cerro del lugar nativo.

Ésta, suelto el cabello, horrible y fea,
Y desceñida á soledad se acoge,
Y los hediondos túmulos pasea.

Ésta, que por mujer tu gusto escoge,
De las hogueras que aun están calientes
No sé qué huesos y reliquias coge.

Ésta maldice y daña á los ausentes,
Hace bultos de cera, é hinca en ellos
Agujas, murmurando allá entre dientes.

Otros embustes hace, que sabellos
Rehuyo; embustes que medita y lanza
Para engañar los hombres y atraellos.

Mal con hierbas un pecho se abalanza
A pretender amar ni ser amado:
Con virtud ó beldad amor se alcanza.

¿Serás tan temerario que encerrado
Con ésta estés á solas, que en la cama
La abracés, y te acuestes á su lado?

Mas ¿de qué dudo? así como esa dama
Puso á los toros el pesado yugo,
Así los pone sobre tí y tu fama.

Y como con la fuerza de algún jugo
De yerbas puso mansa á la serpiente,
Así rendirte á su querer le plugo.

Añade, pues, que la famosa gente,
Hércules, Cástor, Pólux y otros tales,
Que fueron á tu empresa preeminente,

Esta inventora de infinitos males
Se hace compañera y coadjutora
De tus hazañas y obras inmortales.

Y con temeridad daña y desdora,
Llamándote marido, al nombre honroso
De esposo, de quien yo soy la señora.

Y esto es causa que alguno de envidioso,
Siendo parcial de Pelias, atribuya
Tus obras al encanto poderoso.

Ya tiene un pueblo que á la fraude suya
Da crédito y repite de continuo
Negando que tal obra es gloria tuya.

No conquistó el precioso Vellochino
De oro Jasón; quien lo gano es Medea,
Hija de Eta, la cual con Jasón vino.

Mas no lo aprueba quien tu bien desea,
Digo tu madre Alcímeda; conviene
Se lo preguntes, porque á mí se crea.

Menos lo cree tu padre, á quien le viene
Del polo helado pernicioso nuera
Que con el hondo abismo pacto tiene.

Del congelado Tanais mejor fuera
Ella buscara esposo, ó en los fríos
Lagos de Scitia, ó en su Fasis fiera.

¡Ay! Jasón, más mudable que los ríos,
Más leve que es el viento del verano,
Porque tus labios son de fe vacíos;

Pues que partíste mío, ¿por qué, insano,
Mío no vuelves? ¿dónde está, engañoso,
La ceremonia de me dar tu mano?

Tu mujer fuí, partiéndote dudoso
De la victoria, y he de ser tu esposa
Volviendo agora ufano y victorioso.

Si tu prosapia y sangre generosa
Te ensalza, yo del Mino Rey Toante
Soy, como sabes, hija, y soy hermosa.

Baco es mi abuelo, y él con rutilante
Y estrellada diadema ensoberbece
Y corona á mi abuela como amante.

La cual con sus estrellas ennoblece
A las menores. Tanta luz encierra
En la corona que á Ariadna ofrece.

Lemnos era mi dote, fértil tierra,
Fértil en gentes, fértil en sustento,
Graciosa en paz y formidable en guerra.

Y entre tanto aparato y ornamento
De nobleza y de dote, también puedes
Recibirme por tuya á tu contento.

Y más que parí ya; hazme mercedes;
Alégrate, Jasón, y dame albricias,
Si no es que al áspid en ingrato excedes.

Tú con mimos, halagos y caricias
Pusiste en mí la carga embarazosa;
Tú el autor fuiste de estas mis primicias.

En el número fuí también dichosa;
A dos parí; las prendas te dí pares,
Con el favor de Juno la celosa.

Si por curiosidad me preguntares
A quién parecen estos dos infantes,
Digo que te verás si los mirares.

En todas las facciones importantes
(Salvo en las de engañar), ¡oh cosa rara!
Son ambos á su padre semejantes.

Los cuales al momento te enviara
 En mi lugar, si miedo no tuviera
 Que su madrastra injusta los matara.

Temí á Medea, más sanguina y fiera
 Que todas las madrastras, cuya mano
 Es á toda maldad presta y ligera.

La que pudo esparcir del tierno hermano
 Los miembros hechos piezas, ¿será pía
 Con mis hijuelos? Pensamiento es vano.

¿Y quieres que se diga en algún día
 (¡Loco de ti y cautivo del veneno
 Que en Colcos nace y por mí mal se cría!)

Que tú aprobaste por más santo y bueno
 El lecho de ésta y rostro de serpiente,
 Que de tu Isífil el afable seno?

Ella vino contigo torpemente
 Como adúltera virgen; yo tu esposa
 Casé con casta y con honesta frente.

Ella dió al padre muerte ignominiosa;
 Yo libré de ella con ardid de guerra
 Al gran Toante como más piadosa.

Ella de Colcos huye y se destierra,
 Que como esfuerzo para el mal concibe,
 Los mares pasa; estoyme yo en mi tierra.

¿Qué cuento? ¿qué me canso, si ella vive,
 Y siendo tal me vence y más te alcanza,
 Y por dote su culpa se recibe?

De mis mujeres culpo la alianza
En su crueldad; mas no me admiro tanto,
Pues las forzó su afrenta y la venganza.

Respóndeme, Jasón: si el cielo santo,
De mis daños y afrentas condolido,
Con viento adverso, con horror y espanto,

Al puerto de mi reino y patrio nido,
A ti con esa infame compañera
(Cual me convino) hubiera conducido;

Si entonces al encuentro yo saliera
Con mis dos hijos, dí, ¿no suplicaras
Al suelo que se abriera y te sorbiera?

Malvado, ¿con qué rostro me miraras?
¿Cómo á tus hijos vieras, Jasón duro?
¿Qué premio fuera justo que alcanzaras?

Bien te pudieras hospedar seguro,
No porque estabas de castigo indino,
Mas porque el nombre de piedad procuro.

Pero del falso cuerpo adulterino
De esa dama, que causa mis enojos,
Sacara un río de licor sanguino.

Hartara con su sangre estos mis ojos
Y los tuyos, indignos de esta rea,
Pues gozó sin temor de mis despojos.

Así fuera Medea con Medea;
Actora fuera como soy paciente;
Empleárame yo en lo que se emplea.

Mas si en el cielo fúlgido eminente
Hay algún Dios supremo riguroso,
Que á mis ruegos acuda prontamente:

Llore con llanto eterno y doloroso
Medea, como Isífil triste llora,
Huérfana de su cama y de su esposo.

Sus mismas leyes sienta, y como agora,
Siendo de dos infantes madre, he sido
Dejada, siendo causa esta embaidora:

De otros dos hijos, y de su marido
Dejada, y puesta en miserable estado,
Viva quien tanto daño me ha traído.

No goce de lo que es mal alcanzado,
Y pues en vicios su ganancia funda,
Peor lo pierda que ella lo ha ganado.

Desterrada se halle y vagabunda
Por todo el orbe, y tanto mal le cuadre,
Cuanto de sus hechizos me redunda.

Cual hermana al hermano, y cual al padre
Hija, á su esposo tal esposa sea,
Y á sus hijuelos míseros tal madre.

Después que de la tierra y mar se vea
Menospreciada por su triste suerte,
Al aire suba á ver si la recrea.

Ande vagando pobre, que es mal fuerte,
Y, de tanto sufrir desesperada,
Se dé rabiosa y miserable muerte.

Yo la Toancia Isífil agraviada
Esto pido, y mil veces lo repito;
Vivid sin miedo, esposo y desposada;
En vuestro pecho adúltero maldito.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA SÉPTIMA.

Destruída Troya y su Ilión por los Griegos, Eneas, hijo de Venus y del troyano Anquises, desamparando la patria y haciendo una flota junto á la ciudad de Atandro, se entregó al mar con su padre y con su hijo Ascanio y con los dioses Penates y otros muchos Troyanos que le quisieron acompañar en su dudoso viaje. Llegó primero á Tracia, donde (según opinión de algunos) fundó el pueblo Eno. Después, espantado de algunos prodigios y amonestado de la voz de Polidoro, hijo de Príamo (muerto en Tracia cruelísimamente por Polimnestor su rey), partió de aquí y fué á Delos, donde tuvo respuesta del Oráculo de Apolo, mal interpretado del padre de Eneas: y pasando por las islas Cícladas surgió en Creta, creyendo, según Anquises, que era la tierra fatal á ellos por el Oráculo prometida. Pero hallando allí gravísima pestilencia, y mandándole partir sus dioses Penates, partió y vió las islas Strofadas, y vino á la costa de Grecia, y

fué junto á Epiro hospedado de Heleno, el cual, siendo Troyano é hijo de Príamo, había sucedido en aquel reino por muerte de Pirro. De aquí llegó á Calabria, y recelando á Diomèdes navegó por Scila y Caribdis, bajíos del mar Siciliano; y costeando casi á toda Sicilia, surgió en Drepano, donde muriendo su padre Aquiles, le hizo las famosas exequias que Virgilio en su *Eneida* celebra. Siendo aquí Eneas regalado y su armada bastecida por Acestes Troyano que en Sicilia reinaba, partió para Italia. Pero ensoberbeciéndose el mar, las tempestuosas ondas y el rigor de los vientos con forzosa tormenta, desbaratada la armada, le arrojaron á Libia, habiendo perdido sólo una nave de veinte que llevaba. Por este tiempo (como miente Virgilio) Elisa, llamada comúnmente Dido, huyendo de Tiro, habiendo muerto su marido Siqueo á manos de su hermano Pigmaleón, con temor de su cuñado había llegado á Libia y comprado al rey Hiarbas un solar, cuanto ocupase una piel de un toro; y haciéndola muy sutiles correas, cercó veintidos estadios de tierra, y allí, cuando llegó Eneas desbaratado del mar, acababa de edificar la famosa ciudad de Cartago. Recibió la reina Dido á Eneas liberalísimamente, y sabiendo ser hijo de la diosa Venus y de Anquises, enamorada de sus hazañas, con intención y palabra de recibillo por esposo, le entregó las primicias de su honradísima viudez. Mas Eneas, siendo amonestado en sueños de su padre Anquises y de Mercurio, por mandado de Júpiter, que dejados los regalos de Libia buscarse á Italia, no se atreviendo á comunicarlo con Dido,

comenzó á aprestar su partida con el silencio y secreto que le fuese posible, mas no pudo ser con tanto que la Reina no lo viniese á entender; y así, después de haberse quejado á Eneas y rogado de palabra que se quedase en Cartago, finge Ovidio que le escribe esta carta, por hablarse de este modo con más libertad que en su presencia, en la cual le persuade y ruega que cuando no quiera quedarse por rey en Cartago, á lo menos dilate su partida, así por ser justo, como por serle provechoso: justo, por los beneficios de ella recibidos, y provechoso, por la gran tormenta que en el mar había, con la cual partía en riesgo de que su flota pereciese, y con ella su ingratitude y desamor.

EPÍSTOLA SÉPTIMA.

DIDO Á ENEAS.

Cual suele el blanco cisne, que en el vado
De Meandro se ve cercano á muerte,
Cantar, sabiendo que le llama el hado;

Así, sin esperanza de moverte,
Mi canto ronco y débil voz levanto
Contra aquel Dios que fuerza á endurecerte.

Y poco importa que se pierda el canto,
Que pues la honra y fama se ha perdido,
Piérdase todo y muéstrese mi llanto.

Cierto estás de partir y persuadido
A me dejar, y que unos vientos lleven
Tus naves y la fe que diste á Dido.

Cierto estás en que, así como se mueven
Las anclas de tu flota, se remueva
Tu fe y promesas que guardarse deben.

Cierto estás de buscar provincia nueva,
Digo el Italo reino que tú ignoras,
Sin que Cartago á te quedar te mueva.

Estas frescas murallas triunfadoras
No te incitan á amarme, ni aprovecha
Darte un cetro y esta alma donde moras.

Huyes ciudad que está poblada y hecha,
Búscalas por hacer, buscas mis daños,
Buscas tierra, porque ésta te es estrecha.

Hallándola después de algunos años,
¿Quién te la ha de entregar? ¿qué habitantes?
Sus campos han de dar á unos extraños?

Por fuerza has de tener otros amores,
Otra Dido, otra fe que tú quebrantes,
Otros halagos y actos fingidores.

¿Cuándo será que otra ciudad levantes
Semejante á Cartago, y puesto en alto,
Tus gentes mires cómo están triunfantes?

Demos que así suceda, sin que falto
Tu gusto quede en cuanto pretendieres,
Y goces tu ciudad sin sobresalto.

¿Cómo podrás hallar adonde fueres
Mujer que te ame como te amo y quiero,
Pues excedo en amar á las mujeres?

Ardo cual arde el pino ó el madero
Que es de licor ó azufre mixturado,
O como incienso puesto en mi brasero.

Traigo en mis ojos siempre retratado
A Eneas, y en el alma está esculpido
De noche y día el nombre de mi amado.

Mas él me es sordo y mal agradecido,
Del cual huir debiera la presencia,
Si quedado me hubiese algún sentido.

Y no porque yo piense en esta ausencia
Algún mal de él en cólera me inflamo;
Ni para odiarle se me da licencia.

Que mientras más me quejo y más exclamo
En medio de esta rabia y pasión fiera,
Más ardo, más le adoro, más le amo.

Perdona, diosa Venus, á tu nuera;
Da, Cupido, un abrazo al que es tu hermano;
Hazle soldado tuyo y que me quiera.

A amarle comencé, de ello me ufano;
Haz con él, pues tan grande es tu pujanza,
Que cebe con su amor mi amor insano.

Mas yo me engaño, que la semejanza
Que con su madre tiene es aparente,
Y alma más dura que su madre alcanza.

De alguna piedra ó monte es tu simiente;
Los robles duros, las encinas viejas
Tus padres son; tu pecho una serpiente.

O este mar te engendró que por mis quejas
Ves que con vientos rápidos se altera,
Y tú por él me huyes y te alejas.

¿Adónde vas huyendo, que la fiera
Cara hiemal con su rigor te espanta?
Ella me ayude á te estorbar siquiera.

Advierte y mira cómo el mar levanta
El euro bravo, rápido, violento,
No queriendo sufrir injuria tanta.

Déjame ser deudora de este viento,
Aunque serlo de ti fuera más suerte;
Pero es más justo el euro que tu intento.

Yo no soy tal que á manifiesta muerte
(Bien que ¡oh perverso! no me lo agradezcas),
Mientras huyes de mí, deje ponerte.

No quiero consentir que tú perezcas,
Pues mi aborrecimiento habrás comprado
Caro cuando á morir por mí te ofrezcas.

Presto verás al viento sosegado,
Y á Tritón sobre el mar sesgo y afable
Con sus caballos demostrarse á nado.

Y ojalá que tú fueses tan mudable
Como el viento, y seráslo si no excede
Tu pertinacia al roble inexorable.

¿Qué fuera si ignoraras lo que puede
El mar furioso, y cuánta es su potencia,
Y cuán pequeño gusto y paz concede?

Pues sabiendo sus cosas de experiencia,
¿Te entregas tantas veces en su seno,
A su inconstancia dándole creencia?

Aunque por se mostrar sesgo y sereno
A levantar las anclas te incitara,
Debírasle temer, pues rompe el freno.

Ni ayuda el mar á quien la prenda cara
De la promesa y fe violar intenta;
Que el mar castiga la perfidia avara,

En especial si á Amor es hecha afrenta.
Porque su madre de la espuma ha sido
Engendrada en el mar, según se cuenta.

¡Ay cuitada, que á aquel que me ha perdido
Temo perder, y he miedo de hacer daño
A quien tan grave daño me ha traído!

Recelo triste que un cosario extraño
Beba las aguas de este mar nocivo,
Donde fraguó mi afrenta con su engaño.

Vive, no mueras, que mejor me es vivo
Perderte que no muerto, y que no sea
Causa tu muerte de mi fin esquivo.

Finge, pues fingir sabes, en tu idea
Que eres sobresaltado (aunque tal cosa
Jamás suceda ni por tí se vea)

De una borrasca rápida, espantosa,
Y que te hundes; dí, ¿qué pensamiento
Revolverá tu mente congojosa?

Ocurriráte el falso juramento
Que celebraste como fementido
Con falsa lengua en nuestro casamiento.

Allí te ocurrirá la Tiria Dido,
Obligada á morir, siendo inocente,
Por la fraude y traición de su marido.

En aquel trance te será presente
De tu mujer la imagen triste y fiera,
El cabello arrancado injustamente.

Allí dirás:—Aquesto, y más que fuera,
Todo lo he merecido; mi inhumana
Fiereza es causa de que ahogado muera.—

Y aquellos rayos que con furia insana
Caerán del cielo, entenderás, cuitado,
Que los arroja mano soberana.

Espera al mar, y á tu rencor da vado,
Que gran premio te importa en detenerte,
Que habrás el mar tranquilo y sosegado.

No te detenga yo; pues es mi suerte
Tan corta, Julo te detenga luego;
Bástete á tí gloriarte con mi muerte.

¿Qué ha merecido Ascanio, dime, ciego?
¿Que han los Penates Dioses merecido?
¿Daslos al agua y líbraslos del fuego?

Mas ¿qué digo? ¡oh traidor! tengo entendido,
Que ni llevas contigo á Julo, y menos
Que á tu padre en tus hombros has traído;

Ni que á tus hombros, de piedad ajenos,
Oprimieron tus Dioses, como cantas
Con esos labios de mentiras llenos.

En todo mientes, todo lo levantas;
No comienza á mentir de mí tu lengua,
Pues mintió siempre, y con mentir encantas.

No es la primera vez que se deslengua
Tu boca, pero en mí es la vez primera
Que soy opresa con afrenta y mengua.

Si alguno preguntara ó me dijera:
—¿Adónde está la madre del hermoso
Julo?—que ya murió le respondiera.

Murió dejada de su aleve esposo
Entre las llamas del incendio triste
Que puso en Troya el brazo riguroso.

De ti lo supe, y como me dijiste
Que fué por tí con gran dolor buscada,
Notando tu piedad me enterneciste.

Por lo cual esta pena que me es dada,
Será, de los que el bando de amor siguen,
Por menor que tu culpa condenada.

No dudo que tus Dioses te castiguen,
Pues ha siete años que por mar y tierra
Te afligen, te maltratan y persiguen.

Yo recibí en mi puerto á quien dan guerra
Las ondas, y aun apenas oí tu nombre,
Quando te dí lo que mi reino encierra.

Y ¡ojalá (caso es digno que me asombre)
Parara en estos dones mi locura,
Y no aspirara marital renombre!

Fuera mi fama, infamia ó desventura
Sepultada en sepulcro del olvido;
Mas ¿cómo terná bien quien mal procura?

Aquel día mi daño me ha traído,
Digo aquel día cuando el aguacero,
Con súbita avenida y estampido,

Nos obligó con rostro horrendo y fiero
A entrarnos en la cueva, do emanaron
Todos mis daños con infausto agüero.

Voces oí: las voces me engañaron,
De Ninfas entendí que era morada,
Y fué que las Euménides aullaron.

¡Ay castidad y honestidad violada,
Prometida á Siqueo á quien camino!
Dadme la pena que me está guardada.

Tengo en un templo ilustre, peregrino,
La imagen de Siqueo soberana,
A quien venero como á Dios divino.

De yerba y flores, y de blanca lana
Cubierta, desde aquí sentí llamarme
Del conocido acento en voz humana.

Cuatro veces lo oí y al repararme,
Dijo la voz piadosa: «Ven, Elisa,
Tiempo es que vengas, ven á visitarme.»

Sin tardar vengo, yo que la divisa
Un tiempo tuve de tu esposa, vengo
Para cumplir lo que tu voz me avisa.

Y si el morir dilato y lo entretengo,
Es que me hallo ¡ay mísera! turbada,
Y de vergüenza y miedo me detengo.

Mi error perdona, pues que fuí engañada
Del inventor del arte cautelosa,
Cuya astucia me deja disculpada.

El oír que era hijo de una Diosa,
Y que á su padre en hombros ha eximido
De Troya y de su llama rigurosa,

Esperanza me dió que habiendo sido
Tan pío, según canta y manifiesta,
Me fuera firme esposo y fiel marido.

Si erré, tiene el error excusa honesta;
Nota el darme su fe con juramento,
Y no me juzgarás por deshonesta.

Dura hasta agora, y al postrer momento
Llegará de mi vida, el orden fuerte
Del hado mío horrífico y sangriento.

Murió mi esposo por su triste suerte
Delante los altares, y su hermano
El premio goza y fruto de su muerte.

Yo, conociendo el pecho del tirano,
Mi patria y las cenizas de mi esposo
Desamparé, huyendo de su mano.

Por camino difícil y dudoso,
Por sendas nunca vistas ni holladas,
Fuí perseguida de su pie rabioso.

Libréme en fin, y habiendo las saladas
Ondas sulcado, estando ya en seguro,
Compré las tierras que te tengo dadas.

Edifiqué ciudad, púsele muro,
Que á los vecinos pueblos ha causado
Envidia, y aun temor de lo futuro.

Guerras se ordenan; ya me han incitado,
Porque me juzgan para sus reyertas
Por peregrina, y sin marido al lado.

Guerras publican, que por ser tan ciertas,
Porque esté mi ciudad apercebida,
Le quiero aparejar armas y puertas.

¡Ay triste! de mil nobles soy querida,
Los cuales se conjuran en mi daño
Porque soy á sus ruegos desabrida.

Quieren saber quién es aquel extraño
A quien doy los favores que les niego,
Aunque ya tienen claro desengaño.

Dido, ¿por qué te da desasosiego
Esperar ser esclava en la presencia
De Hiarbas el Getulo, amante ciego?

Pues ya de ser virtud hice experiencia,
Cuando di atadas una y otra mano
A tu enorme maldad y á tu insolencia.

También me queda un iracundo hermano,
Un cuchillo, un verdugo de mi vida,
Un lobo carnívero, un tigre Hircano,

Cuya diestra apetece estar teñida
De mi sangre (parece que te ufanas),
Después que de mi esposo fué homicida.

Deja los Dioses y las soberanas
Reliquias, porque usando de maldades,
Pecas con las tocar, y las profanas.

Manos sangrientas llenas de crueldades
No reverencian bien cosas del cielo,
Ni tocan con pureza á las Deidades.

Si tuviste intención, si fué tu celo
Escapar á los Dioses consagrados
Del fuego por honrarlos en el suelo,

Entiende que les pesa verse honrados
De ti cuya crueldad les desagrada
Tanto, que más quisieran ser quemados.

Por ventura también dejas preñada,
Oh ingrato, á Dido; porque prenda tuya
Bulle en mi vientre, donde está encerrada.

Y porque de la muerte no rehuya,
Sin ser nacido el miserable infante
Se allega al hado de la madre suya.

Autor serás (que al mal lo eres bastante)
De la muerte de un hijo no nacido
Y que no ha visto al cielo rutilante.

Ha de morir con la infelice Dido
Un hermano de Julo, y una pena
A dos en uno mismo habrá perdido.

Dirás que tu partida un Dios ordena;
Holgara hubiera aquese Dios vedado
A Teucros que pisaran en mi arena.

¿Y siendo un Dios tu guía, contrastado
Andas agora de contrarios vientos,
Habiendo arado un siglo al mar hinchado?

Apenas tan á fuerza de tormentos
Habías de buscar tu Troya cara,
Si Héctor viviera, y ella en sus cimientos.

No vas al Simoente de agua clara,
Al Tibre vas, y le verás sanguino,
Y aun de él se te ha de dar por mano avara.

Y cuando al rematar de tu camino
Goces del Tibre la ribera incierta,
Serás huésped extraño y peregrino.

Hasta agora la tierra está cubierta
Que buscas, y ella huye de tus naves,
Recelando ser de ellas descubierta.

Y según ella huye y te son graves
Los tiempos, llegará tu vejez antes
Que llegues á la tierra que no sabes.

Mejor será recibas mis triunfantes
Pueblos, que doy en dote con largueza,
Que no buscar empresas arrogantes.

El tesoro recibe y la riqueza
Que de Pigmaleón, fiera serpiente,
Fueron, y á más recibe mi belleza.

Traslada á Troya más felicemente
En mí Cartago, y en la Tiria tierra,
Y ten su cetro como rey potente.

Y si tu alma tiene sed de guerra,
Si busca Julo donde hacer testigos
Del valor bravo que su brazo encierra,

No hay falta aquí: darémosle enemigos,
Darále este lugar cuanto le cuadre,
Contrarios en la guerra, en paz amigos.

Tú agora por los huesos de tu padre,
Por los dardos de plomo y los dorados
De aquel rapaz que es hijo de tu madre;

Por los Dioses que fueron venerados
En Troya, y en tu fuga y tus sudores
Te han sido compañeros y aliados;

Y así los tuyos salgan vencedores
En todo trance, y el Mavorte sea
Remate de tus daños y dolores;

Y así en dichosa senectud se vea
Ascanio, y en su túmulo descanse
Anquises, cual tu pecho lo desea;

Que ya tu ingrata esquividad se amanse,
Ten ya piedad del reino que te entrego,
Pues es razón que tu crueldad se canse.

¿De qué crimen me culpas, dime, ciego?
¿Por qué á grave pecado me condenas,
Sino es porque te amé y ardo en tu fuego?

No soy nacida en Phtia ni Micenas,
Ni contra ti mi padre y mi marido
En Tenedo amainaron las antenas,

Si por esposa me has aborrecido,
No esposa, sino huésped me llama,
Que siendo tuya, todo agrada á Dido.

Este Africano mar que agora brama,
Que á veces niega, á veces da el pasaje,
Bien lo conoce la que tanto te ama.

Siendo próspero el tiempo á tu viaje,
Las velas le darás, que agora el yelo
Cerca la nao, de que recibe ultraje.

Mándame considere cuando el cielo
Fuere propicio para tu camino,
Que entonces partir puedes sin recelo.

Porque si gustas, como yo imagino,
Proseguir tu jornada y tus agüeros,
No impediré tu gusto y mi destino.

También tus fatigados compañeros
Descanso piden, y tu rota armada
Demanda jarcia, clavos y maderos.

Por sus méritos esta desdichada
Te ruega, y por la deuda prodigiosa
A que el amor me tiene á ti obligada:

Por la esperanza que de ser tu esposa
Me diste y tengo, que descanses pido
Por algún tiempo, que es bien fácil cosa.

Mientras refrena el mar embravecido
Su furia, y mientras el amor violento
Templa la fuerza con que te he querido,

Prepararé mi ánimo al tormento,
Aprenderé á sufrir el mal de ausencia,
Y todo adverso y triste acaecimiento.

Pero si me negares tu presencia,
Ya estoy determinada al trance amargo,
Ya de muerte me he dado la sentencia.

No me serás cruel por tiempo largo,
El pecho daré al hierro en un instante,
Y el alma á ti, que el alma está á tu cargo.

¡Ojalá vieras el mortal semblante,
El cruel espectáculo y figura
De esta que escribe tu olvidada amante!

Mientras con ansia noto esta escritura,
Yace en mi gremio la troyana espada
Desnuda, cual convino á mi ventura.

Caen resbalando por mi faz turbada
Mil lágrimas en ella, aunque muy presto
Será con roja sangre jaspeada.

¡Cuán bien que cuadra con mi fin funesto
El don cruel, la espada que me diste!
Cual lo pretendes, todo se ha dispuesto.

A poca costa mi sepulcro hiciste,
Mi pompa funeral y honra postrera
Con suma brevedad la dispusiste.

No será agora, no, la vez primera
Que mi pecho magnánimo y gallardo
Traspasado será de punta fiera.

Que ya de amor el riguroso dardo
Lo traspasó, dejando al alma ufana
Con aquel fuego donde vivo y ardo.

Ana querida, dulce y cara hermana,
Que no supiste remediar con arte
Mi fuerte mal y enfermedad insana:

Pues de mi culpa y yerro te di parte,
Ya darás á tu Dido el don postrero,
Pues siempre fué primera en regalarte.

Y consumida en la hoguera, quiero
Que Elisa de Siqueo no me llamen,
No haya segundo error: basta el primero.

Sólo te dejo, hermana, este gravamen;
Que escribas unos versos de esta suerte
En mi sepulcro, porque más me infamen:

«Eneas dió la causa de esta muerte;
La espada dió también como inhumano,
Y Dido, tan amante como fuerte,
Murió herida con su propia mano.»

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA OCTAVA.

Ermione, hija de Elena y de Menelao, estando su padre en la guerra de Troya, fué casada en Grecia con su primo hermano Orestes, hijo de Agamenón, por orden de su abuelo Tíndaro, padre de su madre, á quien en aquella prolija ausencia de la guerra quedó encomendada. Pero no sabiendo Menelao del casamiento de su hija, la casó estando sobre Troya con Pirro, hijo de Aquiles. El cual volviendo de la guerra la usurpó á Orestes, y la poseía por fuerza; y como ella amase tiernamente á su primero y legítimo marido y primo hermano Orestes, escribióle (según Ovidio) esta carta (por estar él en aquella ocasión en diferente provincia que ella), donde le ruega vuelva por su honor y la libre de Pirro, su injusto y tiránico poseedor.

EPÍSTOLA OCTAVA.

ERMIONE Á ORESTES.

Hablar y departir mi mal conviene
Contigo, dulce hermano, dulce esposo,
Aunque el nombre de esposo otro le tiene.

Pirro el hijo de Aquiles animoso,
Según su padre, me posee encerrada,
Contra el derecho natural piadoso.

Cuanto pude estorbé ser entregada,
Y pudo más tu pérfido contrario;
Que fuerzas de mujer no pueden nada.

¿Qué haces? dije, ¡oh Pirro temerario!
¿Piensas que estoy sin brazo heroico y fuerte
Que me venga de un crimen tan nefario?

Esta pobre mujer que de tal suerte
Tratas, tiene señor, y tan buen dueño,
Que la sabrá vengar y darte muerte.

Y él, más sordo que el mar y con más ceño
Que toro, asíó de mí que te invocaba,
Estimando mi ultraje por pequeño.

Asió de mí, y llevóme á do moraba,
Sueltas mis hebras de oro al sol y al viento,
Que de envidioso alguna me hurtaba.

¿Con qué más grave é infame tratamiento
Fuera llevada, si mi patria fuera
Entrada por ejército sangriento?

Con más modestia y mano menos fiera
Trató la Grecia á Andrómaca Troyana,
Cuando al greciano ardor Troya cayera.

Mas si te da cuidado la inhumana
Pena que sufro, dulce Orestes mío;
Si amor te ha dado fuerza soberana,

Con fuerte brazo y vigoroso brío
Cobra el derecho que de mí te ha dado,
Y venga tanta infamia y desvarío.

Por ventura si todo tu ganado
Lo robasen, estando en la dehesa
De estacas y fagina rodeado,

¿Tomaras armas por librallo apriesa?
Pues cómo, ¿serás tibio y perezoso
Estando tu mujer robada y presa?

Tu suegro te sea ejemplo de animoso,
Pues fué recobrador de aquella esposa
Que Paris le robó libidinoso.

Fuéle ocasión el ser ella alevosa
Que el nombre de magnánimo le cuadre,
Porque emprendió una guerra tan piadosa.

Si en su palacio amplifico mi padre
Se estuviera sentado, fuera hoy día
Del Troyano amador mujer mi madre.

No juntes con estruendo y armonía
Mil naves, ni un ejército pujante,
Cual lo juntó la griega Monarquía.

Tú solo ven, que solo eres bastante,
Aunque yo así merezco ser buscada,
Pues soy cual ella hermosa y más amante.

No es cosa injusta ni por torpe dada
Mover conflictos ásperos con celo
De rescatar la dama que es amada.

¿Para qué en argumentos me desvelo?
Si no fueras mi esposo, eres mi hermano,
Y el Pelopeyo Atreo es nuestro abuelo.

Hermano, pues, y esposo, da la mano
A tu hermana y mujer, que el mundo sabe
Tus dos obligaciones que aquí explano.

Tíndaro, en años y en costumbres grave,
De anciana edad, mas de valor robusto,
En yugo nos unió de amor sūave.

Tuvo poder como varón tan justo
De mis padres, y el mío, que bastaba
De disponer de mí según su gusto.

Mas mi padre, que ausente en Troya estaba ,
Me prometió al soberbio Pirro fiero,
Ignorante del caso que pasaba.

Pero porque mi abuelo fué el primero
En darme estado, y aun porque es más sabio,
Es sólo lo que él hizo valedero.

Cuando en tus bodas pronunció mi labio
El sí, á ninguno entonces hice ofensa;
Mas si con Pirro estoy, á ti hago agravio.

También mi padre en nuestro amor dispensa,
Porque sabe que al dardo poderoso
De amor, no hay resistencia ni defensa.

A su yerno será blando y piadoso,
Cual lo fué para el mesmo; y á mi madre
La amansará su ejemplo poderoso.

Tú para mí serás cual fué mi padre
Para tu suegra en la librar, y sea
Pirro otro Paris, porque más me cuadre.

Y si él se jacta, precia, y se bravea
Con los hechos de Aquiles, padre suyo,
Y en los contar se ensalza y devanea,

También te gloriarás del padre tuyo,
Que hechos tiene dos mil de nombradía:
Basta el de Troya, con que lo concluyo.

Agamenón á todos los regía,
También Aquiles era dél regido,
Y á su imperio y mandato obedecía.

Si en capitán Aquiles fué elegido,
Capitán general fué sin recelo
Tu padre, que de Tántalo ha venido.

Tienes por bisabuelo y tercio abuelo
A Pélope y su padre, el cual se sienta,
Según nuestra opinión, allá en el cielo.

Y si acertares en echar la cuenta,
En el quinto hallarás que ser mereces
De Júpiter, que á todos nos sustenta.

Ni de propias hazañas tú careces;
La espada asiste célebre, envidiada
Del mundo en ver la fama que apeteces.

También fué esta proeza murmurada
(Mas ¿quién quitará al vulgo que no ladre?),
Porque en tu madre se tiñó tu espada.

Mas ¿qué pudiste hacer? ella á tu padre
Dió la camisa, causa de su muerte,
Y tú la diste á Egisto y á tu madre.

Bien que quisiera yo que de otra suerte
Mostraras el valor que en ti se halla,
Mas la fuerte ocasión te volvió fuerte.

No buscaste ocasión para matalla,
Ella la dió, y en tan supremo grado,
Que ignominia te fuera no acaballa.

El adúltero Egisto degollado
Manchó el retrete con su sangre aleve,
Que la paterna sangre había manchado.

Pirro esta muerte á condenar se atreve,
Volviendo en grave culpa tu alabanza,
Por quitarte el honor que se te debe.

Y siempre que á agraviarte se abalanza,
Me mira y nota bien si mi semblante
Se turba ó tiene indicios de mudanza.

Yo me deshago, y baño en un instante
El rostro de color y la alma de ira,
Y el corazón de cólera abundante.

Y como este mi fuego no respira,
Quema y ofende al encendido pecho,
El cual con el dolor brama y sospira.

¿En presencia de Ermíone tal hecho
Se sufre, que á mi Orestes le reprenda
Algún hombre mortal y á mi despecho?

¿De qué sirve que en cólera me encienda?
Fuerzas no tengo, fáltame la espada;
Sólo me es dado lengua con que ofenda.

También licencia de llorar me es dada,
Y así, el odio, la rabia y el veneno
De mi ira inmensa, en agua es destilada.

De las mejillas al ardiente seno
Mis lágrimas descienden como un río
Cuando en tiempo de invierno está más lleno.

Siempre lágrimas tengo; oficio es mío
Llorar, y el rostro inculto se humedece
Con el perenne llanto que le envío.

Este infelice caso les acaece
A las de nuestra casta; nuestro gaje
Es llanto, que en eterno permanece.

Las Tantálidas hembras son ultraje
De las matronas, pues las han robado
Casi á todas las más de mi linaje.

No contaré el engaño enamorado
Del Cisne y Leda, ni daré querella
De Júpiter en ave transformado.

Diré que en carros Hippodamia bella
Vino robada de Isthmo, la cual corta
Dos mares que los lados baten de ella.

Elena en su niñez, triste y absorta
Del temor, fué hurtada por Teseo,
Aunque el callar por ser mi madre importa.

De la ciudad Mopsopia, á lo que creo,
Fué por Cástor y Pólux redimida,
Hermanos, y uno y otro es Amicleo.

Y habiendo el huésped que nació en el Ida
Robádola, incitó con grande exceso
La Grecia para ser restituída.

Apenas se me acuerda del suceso,
Pero en fin se me acuerda, que espantable
Fué de su robo todo aquel proceso.

Todo era llanto y luto miserable;
Toda la casa regia amenazaba
Rüina, espanto y miedo irremediáble.

Mi abuelo por sus canas destilaba
Lágrimas, y mi tía Clitennestra
El robo de su hermana lamentaba.

Sus dos hermanos, con llorar dan muestra
De cuánto sienten de su cara hermana
La suerte avara, pérfida y siniestra.

Su madre Leda, del dolor insana,
A su Júpiter hizo de esto cargo,
Y á cuantos deidad tienen soberana.

Yo mi cabello, por la edad no largo,
También entonces arranqué, y decía
Con delicada voz y llanto amargo:

—¿Sin mí te vas? ¿y adónde, madre mía?—
Estaba Menelao de Esparta ausente,
Y así no estuvo al llanto de este día.

Yo, porque soy de aquestas descendiente,
Veisme aquí pronta para prisionera
De Neoptolemo ó Pirro el insolente.

Quisiera Apolo Aquiles no muriera,
Que él los protervos hechos evitara
Del hijo, y de mi mal se condoliera.

No agradó en aquel tiempo, ni agradara
A Aquiles en el nuestro, que un esposo
Por robarle su esposa lamentara.

¿Qué culpa, qué pecado tan famoso
Cometí, que los Dioses celestiales
Pierden conmigo el proceder piadoso?

¿Qué sinos, qué planetas principales
Hacen con su influencia que me cuadre
Tan grave inundación de acerbos males?

Estuve siendo niña sin mi madre;
También por la librar con sus Aquivos,
Envuelto en guerras se ausentó mi padre.

¿Qué más dolor que estando los dos vivos
Me viese de los dos desposeída,
Huérfana, y en trabajos excesivos?

¡Ay madre amada, y con razón querida!
Ningún regalo tuve de tu boca
En los primeros años de mi vida.

Nunca á tu cuello y delicada toca
Ciñó mi corto y delicado abrazo,
Que agora al alma á lo sentir provoca.

Nunca fuí carga á tu siniestro brazo,
Y si lo fuí, yo no me acuerdo de ello,
Ni de verme sentada en tu regazo.

No enrubiaste en lejías mi cabello,
Ni con aguas mi rostro adelgazaste
Para que fuese más bruñido y bello.

Y cuando me casé no me adornaste
Con regia majestad, pompa y concierto,
Ni el tálamo real me aparejaste.

Volviendo tú (confesaré lo cierto),
Salíte á recibir cuando salía
Mi padre del esquife á tomar puerto.

Y viendo tanta dama y bizzarría
Venir en él, estaba yo dudosa
Quién mi madre de aquellas ser podría.

Pero cuando te vi, fué fácil cosa
El conocerte, como ya tuviese
Noticia que eras tú la más hermosa.

Y como en tu presencia yo estuviese
Con otras damas de la flor de Esparta,
Preguntaste tu hija allí quién fuese.

Una parte de dicha, y esta es harta,
Tengo en tener á Orestes por esposo,
Si de él mi sino adverso no me aparta;

Y sí me apartará, si el animoso
Sér suyo, por salir con esta empresa
No fuere contra Pirro victorioso.

Pirro me tiene miserable y presa,
Siendo vueltos mis padres con victoria,
Por quedar hecho Príamo pavesa.

Este sosiego, gusto, bien y gloria
Nos causa el fin de Troya y su rüina;
Triste es la mía, como fué su historia.

Mientras en carro ardiente el sol camina
Por mi hemisferio, gozo de consuelo,
Que en fin de día mi dolor declina.

Mas después que la noche con su velo
Me obliga á entrar en la funesta cama,
Todo es gemido, llanto y desconsuelo.

El sueño huye, y luego se derrama
Una fuente de lágrimas, testigo
Que duerme poco quien de veras ama.

Y como de pestífero enemigo,
Rehuyo con mil ansias inmortales
Del que me sigue en máscara de amigo;

Contemplo allí el discurso de mis males,
Y elévome. Y estando en tal estado,
Toco los miembros Scirios y brutales.

Y cual si hubiese crimen perpetrado
Más que nefando, huyo del que toco,
Creyendo que las manos me he manchado.

Y cada vez que el nombre de este loco
Me es fuerza pronunciar, como te quiero,
Siempre por decir Pirro á Oreste invoco.

Y el error de la voz que allí profiero
Lo reverencio; porque en él se encierra
Para mi gusto algún felice agüero.

Mi Orestes, yo la triste á quien da guerra
El giro sempiterno, humildemente
Por nuestra sangre infausta acá en la tierra;

Por el origen de ella omnipotente,
Que es Júpiter, que tiene el poderío
En cielo y tierra y húmido tridente;

Po los armados huesos de mi tío,
Y padre tuyo, cuya remembranza
Aflige y turba al débil pecho mío,

Los cuales (si á los muertos deuda alcanza)
Te son deudores, pues con brazo fuerte
Les distes, donde yacen, la venganza;

Por esto y más, si más puede moverte,
Te ruego que con pecho insuperable
Me rescates de Pirro con su muerte.

O yo he de ser tu esposa, dulce, amable,
Y en todo grado de afición querida,
O entregaré á la parca inexorable
Los más floridos años de mi vida.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA NONA.

Por no ser de mi intento disputar aquí cuántos hombres ilustres hubo en el mundo de este nombre de Hércules, pues unos tres, otros seis, otros más, afirman que hubo, solo diré del que fué hijo de Júpiter y de Alcmena, mujer de Anfitríón, á quien se le atribuyen los hechos que todos los demás Hércules hicieron. De este fué Deyanira mujer; porque como Hércules hubiese repudiado á su mujer Megara, hija de Creonte, rey de Tebas, demandó por mujer á Jole, hija de Eurito, la cual como le fuese denegada del padre, vino á Etolia, donde casó con Deyanira, hija de Oeneo y de Altea, habiendo primero vencido al río Aqueloo, que se mudaba en diversas formas. Después, teniendo en la memoria el desprecio que de él hizo Eurito en no darle á su hija, fué contra él, destruyóle la ciudad de Ecalia, y dándole muerte, le quitó á Jole, de cuyo amor fué tan cautivo, que vino á hacer por ella tantas bajezas é infamias como por Onfale su

dama. Ofreciéndosele, pues, haber de sacrificar en el monte Ceneo, en hacimiento de gracias por la victoria conseguida, envió á Licas á la ciudad de Traquina á su mujer Deyanira, para que le trajese las vestiduras de que usaba en sus sacrificios: ella se las envió, pero teñidas en sangre venenosa del Centauro Neso, que había sido herido de Hércules; el cual persuadió á Deyanira (por vengarse de su marido) que si quería que su Hércules no amase otra mujer sino á ella en el mundo, que untase la camisa que le había de enviar en su sangre, y que una vez que se la vistiese, nunca más la dejaría por otra. Creyólo Deyanira como ignorante, pues consejo de enemigo ha de ser muy examinado antes que se crea; mas como ella tuviese mal concepto de Hércules por los muchos adulterios que cada día contra ella cometía, inficionó la camisa y dió-sela á Licas que se la llevase, del cual fué hecha sabedora del suceso de Ecalia y amores de Jole. Ido que fué Licas, quedando Deyanira entre celos y amor, dos poderosos enemigos del alma, al cabo de algunos días se determinó escribirle esta carta, reprendiendo á Hércules de sus amores infames, y quejándose de sus agravios. Mas antes que acabase de escribir, le llegaron nuevas de la rabiosa muerte de su marido. Porque volviendo Licas, y vistiéndose Hércules la infestada camisa, se comenzó á abrasar de suerte que, encendido en fuego, en rabia y furor, arrojó á Licas en el mar; y fabricando una hoguera por orden del Oráculo con ayuda de Filoctetes, fué consumido de todo punto, y arrebatado (como fingen los poetas) al cielo, fué puesto

en el número de los Dioses. Sabida, pues, la desgracia por Deyanira, quéjase al fin de esta elegante y artificiosa epístola de su muerte, y promete de se la dar en recompensa de haber sido instrumento del rabioso fin de su esposo.

EPÍSTOLA NONA.

DEYANIRA Á HÉRCULES.

Yo me glorío que á las altas pruebas
Nuestras se llegue Ecalia, y que en tu vida,
Oh Alcides, se te den victorias nuevas.

Mas dame gran dolor que esté rendida
Del vencedor la fuerza á liviandades,
Y al gusto y falso amor de la vencida.

A estas Pelasgiadas ciudades
Llegó tu infame fama, y de uno en uno
Publicó tus delitos y maldades.

Aquel á quien vencer no pudo Juno,
Y en sus trabajos se mostró cual roca,
Sin que pudiese quebrantarle alguno,

Vencer se deja de una dulce boca,
Púsole Jole el yugo torpe y feo
Con las coyundas hechas de su toca.

Aquesto solo pretendió Euristeo,
Esto quiere de Júpiter la hermana;
Ya ven los dos cumplido su deseo.

Tu madrastra bien puede estar ufana
Con la mancha y gravísimo defeto
De tu vida pestífera y profana.

Alcides, mal acudes al conceto
Que de ti aquella noche ha prometido,
Cuando tu concepción vino en efeto.

La cual (si esto puede ser creído)
Fué muy pequeña, porque tal cual eres
De esfuerzo y fuerzas fueses concebido.

Venus te dañó más con sus placeres
Que Juno con la pena en que te puso;
Lanzas rompiste, y tiembas de alfileres.

Juno, si á grandes riesgos te dispuso,
Sublimóte; mas Venus te ha humillado,
No con maza feroz, mas con el huso.

Mira la tierra, mira el mar salado,
Cómo por esos brazos vengadores
Gozan de paz y de tranquilo estado.

La tierra y mar de hoy más te son deudores,
Pues las dos casas de Titán colmaste
De tus merecimientos y loores.

Primeramente el cielo sustentaste
Que te ha de sustentar, y á sus estrellas
Cual otro Atlante sobre tí cargaste.

Si á estas tus obras ínclitas y bellas
Juntas las manchas de esa tu nequicia,
¿Qué honor entiendes te resulta de ellas?

Sólo resultará cierta noticia
De tus proezas sin sustancia alguna,
Si no es en confusión de tu malicia.

Afirman de tu próspera fortuna
Que mataste dos sierpes cuando infante,
Mostrando ser de Jove, allí en la cuna.

Fué mejor tu principio y más triunfante
Que el fin, y tu postrera fortaleza
De tu primer valor desemejante.

Difieres tú de ti por tu vileza,
Obrando niño soberanas cosas,
Y rindiéndote hombre á tu torpeza.

Aquel á quien mil fieras prodigiosas
No vencieron, ni Juno, ni Euristeo,
Venció el amor con fuerzas poderosas

Bien casada me llaman, según creo,
Por ser conmigo Hércules casado
Y ser mi suegro Júpiter Dicteo.

Pero como no son para un arado
Dos bueyes ó dos toros desiguales,
Por no poder tirar en igual grado,

Así en los yugos matrimoniales
Humilde esposa con ilustre esposo
No se ha de unir, que es causa de mil males.

Porque el honor que al dueño le es dañoso,
No es honor, sino carga y detrimento;
No es yugo, sino cepo riguroso.

Si tú quieres juntarte en casamiento,
No lo busques de Dioses descendiente:
Con tu igual casa, y sobraré el contento.

Mi marido de mí siempre está ausente;
Más conocido me es un peregrino
Que él, por andar vagando eternamente.

Su gloria, su deleite, es el camino;
Horrendos monstruos, bestias temerarias
Anda matando, y busca de continuo.

Viuda y triste, en votos y plegarias
Me ocupo, y siempre en sobresalto quedo
No le maten las fieras sus contrarias.

Revuelvo y pienso con espanto y miedo
Sus sierpes, sus leones, y me admiro
Viendo del bravo jabalí el denuedo.

Estando así, paréceme que miro
Perros que en esas rígidas montañas
Se ceban en tus huesos, y suspiro.

Los nervios, las médulas, las entrañas
De muertas reses me han causado espanto,
Y otras visiones que he soñado extrañas.

También me ha dado pena todo cuanto
Escudriño en la noche más secreta,
Cuando cubre á la tierra el negro manto.

Mil redes echo, muéstrome inquieta,
Buscando nuevas de tu incierta fama;
Que quien bien ama á todo se sujeta.

Mas cae el temor rendido con la trama
Del dudoso esperar de tu venida,
Y á la esperanza el miedo la derrama.

Tu madre ausente está, y arrepentida
De haber dado favor á un Dios altivo,
Cuyo brazo y potencia es tan temida.

Anfitrión tu padre putativo,
Ni el rapaz Hilo están en mi presencia,
Por lo cual mi tormento es más esquivo.

Euristeo, juez de residencia,
Aquí está solo á ejecutar la ira
De Juno: ¡oh qué prolija es su sentencia!

De todas estas cosas no se admira
Mi sufrimiento; penas y dolores
Fácilmente los sufre Deyanira.

Mas añadir á tu vejez amores
Peregrinos y bárbaros, aquesto
Siembra en mi pecho rabias y furores.

Y lo que más me aflige es, deshonesto,
Que cualquiera mujer puede ser madre
De ti, que á todas te sujetas presto.

¿Qué ejemplo te traeré que mejor cuadre
Para mostrar tu liviandad notoria,
En lo cual te pareces á tu padre?

No te referiré de Auge la historia,
Que violaste en Arcadia, ni del parto
De la Ninfa de Ormeno haré memoria.

También del crimen público me aparto
De las cincuenta hermanas, pues ninguna
Se te escapó, y aun no quedaste harto.

De tanta historia solo diré de una,
De una adúltera nueva decir quiero,
Pues soy madrastra á aquel que está en su cuna.

Meandro el rey, tan rápido y severo,
Que corre por los Lídicos lugares
Y retuerce sus ondas bravo y fiero,

Este vido los dijes y collares
En el cuello Hercúleo, que tenía
Un cielo, y sustentara otros dos pares.

¿No tuviste vergüenza en aquel día,
Cuando pusiste á tus nervosos brazos
Manillas, perlas, oro y pedrería?

Digo los brazos que con sus abrazos
Dieron al león Nemeo presta muerte,
Vistiéndote su piel hecha retazos.

¿Tuviste atrevimiento de ponerte
Diadema en tus cabellos erizados,
Copete, cofia, ó cosas de esta suerte?

Fuera mejor si fueran coronados
De álamo blanco, ó que estuviera tinto
De sangre de enemigos conquistados.

¿No te afrentaste de ceñirte el cinto
Meonio, con que Hércules no estaba
De una ramera pública distinto?

¿En aquel paso no se te acordaba
De la imagen de aquel Diomedes crudo
Que sus bestias con hombres sustentaba?

Si Busiris te viera así desnudo
De tu piel, y con saya afeminado
Ese cuerpo, más torpe que membrudo,

Con gran razón mostrárase afrentado
De ver que era despojos y trofeo
De un hombre en hembra humilde disfrazado.

Quite y arranque de su cuello Anteo
Tus femeniles brazos; por ventura
Si lo vences, lo habrá por caso feo.

Dícese por acá que es tu medida
Tanta, que entre las Jónicas mozuelas
Guardas la canastilla de costura.

Y que á tu dama temes, y recelas
Sus amenazas, de que das señales,
Pues tanto en su servicio te desvelas.

¿No te corres, Alcides, que inmortales
Manos de triunfos y vitorias llenas
Anden entre cajuelas y dedales?

¿Y que esos tus pulgares como entenas
Tuerzan el hilo, y que lo den por peso,
Después que lo devanas y lo ordenas?

¡Ay! ¡cuántas veces con tu poco seso,
Mientras tuerces el hilo de tu rueca
Con esos dedos duros más que el hueso,

Según tu carne está curtida y seca,
Los husos fácilmente habrás quebrado,
Aunque más quiebra al alma aquel que peca!

También se cree de ti que arrodillado
Delante estabas de tu nueva dama,
De su látigo y vara amedrentado.

Y así tus hechos de más gloria y fama,
Tus triunfos y portentos de más pompa
Cantabas, oh infelice, á quien te infama.

Contabas ó cantabas con tu trompa
Los hechos dignos de un silencio eterno,
Porque tu torpe obrar no los corrompa.

Dijiste cómo, siendo niño tierno,
En la cuna dos sierpes acabaste,
Venidas á matarte del infierno.

Y que tus manos tiernas enroscaste
En sus colas, tirando después tanto,
Que en trozos y pedazos las cortaste.

También cómo está muerto en Erimanto
El jabalí Tegeo, el cual oprime
El suelo con su peso, que es espanto,

Dirás lo que es más digno que se estime,
Aquellas enclavadas calaveras
Por el Tracio infernal, cuya alma gime.

No olvidaste las gruesas y ligeras
Yeguas, de humana carne miserable
Pensadas por las manos carniceras.

Ni el prodigioso monstruo insuperable
De tres cuerpos muy rico de ganado,
En la provincia Ibérica admirable.

Digo aquel Gerión tan celebrado,
Que siendo tres en un supuesto bronco,
Era por uno solo reputado.

Ni los tres perros que de un mismo tronco
Dicho Cerbero nacen diferentes,
Y cada cual da aullido horrendo y ronco

Este ahuyenta á todos los vivientes
Del reino Estigio y tierra denegrada,
Y por pelos se viste de serpientes.

Ni la sierpe de Lerna enriquecida
Con sus daños, y más gallarda y fuerte
Cuando se vió por Hércules herida.

No era justo olvidar aquella suerte
Del que se vió colgado alto de tierra
Entre tus brazos, donde halló su muerte.

Ni aquella ilustre y soberana guerra,
Cuando la escuadra vil, mal confiada
En la presteza que en sus pies se encierra,

Fué por tu mano muerta y desterrada
De los Tesalos montes, do han perdido
Su biforme estatura inusitada.

Mas una duda agora me ha ocurrido:
¿Puedes ir estas cosas recontando
De la Sidonia saya guarnecido?

¿Por ventura tu lengua reparando
En esas vestiduras afrentosas,
Hase quedado tartamudeando?

Ya habrá tus armas ínclitas famosas
Vestido esa tu Ninfa por trofeo
Del que prendió con redes amorosas.

Ve agora, cobra orgullo y devaneo,
Historias cuenta, aquellos hechos vende
Que no son dignamente de tu empleo.

No fuiste tú el varón de quien se entiende
Haberlos hecho, que quien sayas viste
No es hombre; ella lo es, pues que te ofende.

Tanto menor que Onfale te hiciste,
Cuanto fué más vencer á ti que aquellos
Que con tu esfuerzo y cólera venciste.

En los triunfos magníficos y bellos
Tuyos procede y por derecho alcanza;
De hoy más desiste de alabarte de ellos.

Esta que tu opinión pone en balanza,
Pues que le pagas parias y tributo,
Hereda tus victorias y alabanza.

¡Oh afrenta! ¡oh deshonor infando y bruto,
Que el áspero vellón que fué quitado
De las costillas del león hirsuto

El hombro femenino y delicado
Haya cubierto! mas espera, advierte
Que en esto estás, oh mísero, engañado.

No son estos despojos, no, del fuerte
León, que tuyos son, tú lo venciste,
Y á ti tu amiga, y te dará la muerte.

La hembra que se pone mustia y triste
Del peso de una rueca leve y tierna
Cuando del copo cándido la viste,

Ya con esfuerzo varonil gobierna
Las armas del veneno inficionadas
De la Hidra que muerta ha sido en Lerna.

Y aquellas manos blandas afeitadas,
Con la clava de bestias domadora,
Diestras las tiene y bien ejercitadas.

Y como es esta dama triscadora,
Corre al espejo y mírase, y más mira
Las armas del esposo que la adora.

Este caso que tanto al mundo admira,
Lo oí contar, no fué de mí creído,
Que lo que es fama suele ser mentira.

Mas el presto dolor dejó al oído,
Y á los ojos ocurre de manera
Que á un sentido comprueba otro sentido.

Ante mis ojos viene una ramera
Peregrina, y mi pena es tan urgente,
Que no puedo callarla aunque yo quiera.

No quieres consentir de mí se ausente,
Antes, siendo cautiva, tus despojos
Viene por la ciudad públicamente,

Porque al pasar la miren estos ojos,
Y con su vista pérfida y lasciva
Se aumente tu ignominia y mis enojos.

Esta no viene en traje de cautiva
Con inculto cabello, confesando
Con el semblante su fortuna esquiva.

Entra gallarda y brava rutilando
Con oro y perlas como te vestías
En Frigia, los hilados devanando.

Muestra al pueblo su rostro y bizarrías,
Como si Ecalia, Hércules vencido,
Gozara de su padre y de sus días.

Tiempo será que siendo aborrecido
Mi nombre (cual si fuera de alevosa),
Que más merezco por no haberlo sido,

Esa tu dama y concubina hermosa,
Perdiendo el nombre de ramera afable,
Venga á tener el título de esposa.

Ayuntará Himeneo abominable
Los torpes cuerpos de la Euritia Jole
Y del insano Alcides variable.

Con solo imaginar que se enarbole
Tal persuasión en ti, huye mi alma
Donde á mi rostro blanco no arrebole.

Y un cierto yelo gana triunfo y palma
De todo el cuerpo, y tanto me ha ocupado,
Que ya la mano se me queda en calma.

A mí, como otras muchas, has amado,
Pero mi amor una excelencia encierra:
Que fué amor santo y limpio de pecado.

No te pese de amarme, que en la tierra
Es justo que por mí siempre respondas,
Pues dos veces por mí trabaste guerra.

Lloroso Aqueloo sumergió en sus ondas
Sus cuernos, y las sienes destroncadas
Hundió en las aguas rápidas y hondas

Neso, de formas no proporcionadas,
Murió con el Lernífero veneno,
A las aguas dejando inficionadas.

Mas ¿para qué me quejo y te condeno
Refiriendo estas cosas, si á este punto
Llegó un mensaje de congoja lleno?

Dice que mi marido es ya difunto
Por ocasión de una camisa mía;
Yo el instrumento fuí, según barrunto.

¿Qué hice? ¡ay triste! ¿qué furor movía
Mi pecho? ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, oh Deyanira, en este día?

¿Está en Oeta tu marido ardiendo,
Y habiendo tú la culpa perpetrado
Quieres quedar en tu maldad riendo?

¿Qué honroso hecho puede ser obrado
De mí, por donde todo el mundo entienda
Que Alcides fué mi esposo y que fué amado?

Quiérome dar yo misma por ofrenda
A la Parca; y será mi cruda muerte
Del amor que le tuve cierta prenda.

También tuvo Meleagro de esta suerte
Por mí vâlor, esfuerzo y alma pía;
Verás que soy tu hermana, amante y fuerte.

Quiérote parecer en la osadía
Que tienes; ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, oh Deyanira, en este día?

¡Ay triste stirpe, cómo vas sufriendo
Mil infortunios, aunque nos parece
Que estás en alto solio presidiendo!

De la mortal decrepitud padece
El viejo padre aquel rigor insano,
Y del hijo amantísimo carece.

De una región en otra anda mi hermano
Tideo peregrino y sin sosiego,
Expuesto á riesgos, y al morir cercano.

El otro, vivo pereció en el fuego
Fatal, y del dolor su madre y mía
Dió al hierro el pecho furibundo y ciego.

Y si ella se mató, ¿qué cobardía
Te ocupa? ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, oh Deyanira, en este día?

Sola una cosa demandar pretendo,
Alcides caro, por las leyes santas
Del matrimonio santo y reverendo:

Que tú en el cielo, y en el suelo cuantas
Gentes habitan, tengan entendido
Que yo en tu muerte no moví mis plantas.

Neso el cruel hallándose herido
De tu dardo, después de la batalla,
«Oye, me dijo, á aquel que te ha querido.

»Mi sangre ha tal virtud, que con tocalla
Provoca á amar y mueve á cortesía.»
Creílo ¡ay triste! y quise en ti proballa.

Teñí en su sangre alguna ropa mía,
Que te envié: ¿qué dudas impidiendo
Tu muerte, oh Deyanira, en este día?

Adiós, anciano padre, que partiendo
Es justo despedirme; en paz te queda,
Hermana Gorge, que me estoy muriendo.

Patria querida, hermano, á quien se veda
Vivir en ella por andar ausente,
Hollado de Fortuna y de su rueda;

Quedaos todos adiós, y tú, presente
Día, remate y fin de mis postreras
Horas, dadas del cielo omnipotente.

Quédate esposo, y ojalá pudieras
Quedarte, y no te hubiera el fatal hilo
Atropos entregado á sus tijeras:
Hilo querido, adiós, adiós, mi Hilo.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMA.

Por tener algunas de estas epístolas sus fundamentos en una misma historia, será necesario repeterla cuantas veces la forzosa ocasión lo demandare. Ya en el argumento de la cuarta epístola queda dicho cómo Teseo, hijo de Egeo rey de los Atenienses, vino á la isla de Creta para ser entregado al Minotauro, y cómo por industria y amor de Ariadna, hija del rey Minos, mató Teseo al Minotauro y salió del intrincado laberinto, obra del famoso artífice Dédalo. Libre, pues, Teseo, huyó de Creta con su esposa Ariadna, la cual llevó consigo á su hermana Fedra, doncella de gran hermosura; de la cual, como en el navío se enamorase Teseo, fraguó en su pecho una traición bien indigna de lo mucho que á su mujer Ariadna debía: y queriendo ponerla en efecto, surgió en la des poblada isla de Najos, y fingiendo quererse solazar en tierra, desembarcó á la inocente Ariadna; y aquella misma noche, cuando la vió sepultada en

el primer sueño, dejándola en la cama, se embarcó y dió las velas en compañía de Fedra, su cuñada, con quien se casó. Despertando Ariadna por la mañana, hallándose sola y no viendo al navío, conoció luego la traición de Teseo; y después de prolijo y miserable llanto, finge Ovidio que le escribió esta carta increpándole de su mucha crueldad y de la ingratitud que con ella ha usado, la cual es una de las más pesadas injurias que á un ánimo noble y generoso puede suceder. No falta quien disculpa á Teseo diciendo que el dios Baco le mandó que dejase á Ariadna en Najos. Pero yo lo creyera (si fábulas deben ser creídas) si él no se casara con su cuñada Fedra.

EPÍSTOLA DÉCIMA.

ARIADNA Á TESEO.

Más piadosa he hallado toda suerte
De fieras de esta isla inhabitada,
Que á ti, oh Teseo, causa de mi muerte.

Nunca fuí yo peor acompañada
Que de ti, pues á bestias me entregaste,
Y de ellas soy y he sido alimentada.

Desde la playa donde me dejaste
Te escribo, y desde donde, sin yo vella,
Tu nave al viento y ondas entregaste.

Era el tiempo en que Aurora clara y bella
La vítrea escarcha esparce por las flores,
Y anuncia al sol la matutina estrella.

Cuando los acordados ruiseñores,
Sus cuerpos con las hojas encubriendo
Presumen dulcemente de cantores;

Entonces no sé ¡ay triste! si durmiendo,
O si medio despierta, por tocarte
Moví la mano y retiréla huyendo.

A mí la retiré por no hallarte,
Y vuélvola á extender por todo el lecho
Por tocar de tu cuerpo alguna parte.

Fué mi cuidado y busca sin provecho,
Que no había nadie, y concibiendo espanto,
Fué con el sueño mi placer deshecho.

Luégo los miembros tímidos levanto
En la cama viuda; el pecho suena
De mis manos opreso y de mi llanto.

Miré, porque la luna estaba llena,
A ver si viera más que arena y playa,
Y sólo pude ver playa y arena.

De acá para acullá corrí, y sin saya
Y sin orden, y aquí y allí caía
Haciéndome la arena estar á raya.

Entre tanto llamándote decía:
Teseo; y aquel yermo donde estaba
El nombre de *Teseo* repetía.

Y tantas cuantas veces te llamaba,
Otras tantas la playa, la ribera
Te llamaba y con ecos te nombraba.

Que aunque arenoso y yermo lugar era,
Parece le movía algún destino
A me ayudar en mi congoja fiera.

Un monte vi que estaba al mar vecino,
Tajado y hecho ya derrumbadero
Por batirlo las ondas de contino.

Y por ser hecho de un peñasco entero,
Tenía raros árboles encima,
A donde suben por despeñadero.

Subí por él con harto miedo y grima,
Que el ánimo da fuerza al de ella falto,
Y el amador ningún trabajo estima.

Llegué á la cumbre, y puesta allá en lo alto,
Con presta vista el viento al mar rodeo,
Que aun hasta el viento entonces me dió asalto.

Vi cumplida mi muerte y tu deseo,
Vi tu vela mayor al Noto dada
Llevar la nave por el gran Nereo.

Vílo, ó mi vista ha sido imaginada,
Pues sin que bien lo viese quedé muerta,
Y más que yelo y más que nieve helada.

Y aun el estar así traspuesta y yerta
No me dejó el dolor, que como loca
Me despertó más muerta que despierta.

Despertóme el dolor y abrió mi boca,
Y á mi Teseo en altas voces llamo,
Creyendo que me vieses en la roca.

¿Adónde huyes, otra vez exclamo,
Teseo malvado? ¿á do tu nao se alarga?
Vuélvela al puerto y oye mi reclamo.

Vuélvela al puerto, y á esta dueña amarga
Embarca en ella; mira que no iría
Sin mí tu nave con su propia carga.

Esto una vez y muchas repetía;
Y si á la débil voz faltaba aliento,
Con llanto irreparable lo suplía.

Y todo este prolijo parlamento
Fué mezclado con golpes desiguales,
Por aumentar la pena con tormento.

Las manos altas, hice mil señales,
Porque la voz no oyendo de mi boca,
Vieses mis señas para ti mortales.

También puse bandola con mi toca,
Que atándola ¡ay dolor! en una vara,
La enarbolé en la cumbre de la roca,

Para que siendo vista, amonestara
A ti y á quien te ayuda en lo que hiciste,
Cómo quedaba aquí tu prenda cara.

Ya que á mi vista arrebatado fuiste,
Las riendas di á llorar y á mis enojos,
Acrecentando el mar por do huiste.

De antes tuvo el dolor mis tiernos ojos
Entorpecidos mientras te miraron,
Mas ya de llanto dan ricos despojos.

Cuando á tus velas de mirar dejaron,
¿Qué cosa puede ser de ellos obrada
Mejor que me llorar, pues me mataron?

Tal vez corrí furiosa, desgñada,
Como mujer bacante del aliento
Del dios Ogigio y su furor tocada.

Tal vez mirando al mar sereno y lento
En un peñasco me senté, quedando
Tan piedra como piedra era mi asiento.

Muchas veces me acerco, visitando
El duro lecho que en la noche fría
Nos recibió á los dos mullido y blando.

El cual después ¡ay mísera! no había
De volver á los dos que ha recibido
Al alba bella y á la luz del día.

Yo, como mejor puedo, huello y mido
En tu lugar las huellas que estampaste,
Midiendo pasos de un descomedido.

Las sábanas, cruel, que calentaste
Con tus miembros, las besa y las revuelve
Esta afligida que á morir dejaste.

Y tanto aquí con lágrimas se envuelve,
Que á voces dice al lecho en que dormimos:
Pues te oprimimos dos, á dos nos vuelve.

Dos á tomar descanso en ti vinimos,
¿Por qué de ti los dos en esta orilla
En dulce compañía no partimos?

Traidor, no cama ya, sino camilla,
¿Cómo la mejor parte, estando quedo,
Me robas? bien será restituílla.

¿Qué haré? ¿dónde sola partir puedo?
No hay vestigios de gente y de ganado:
Todo es horror, asombro, espanto y miedo.

La isla es despoblada, el mar hinchado
La ciñe, no hay piloto ni navío
Que siga rumbo tan inusitado.

Mas finge y piensa que por gusto mío
Se me concede dulce compañía,
Vientos y nave, todo á mi albedrío.

¿Dónde porné la proa? ¿por qué vía
Navegaré? pues la paterna tierra
Sus puertos, yendo allá, me negaría.

Y aunque las ondas no me diesen guerra,
Ni el viento, seré siempre desterrada:
Tanta miseria y mal en mí se encierra.

No te merezco ver, oh Creta amada,
En cien grandes ciudades dividida
Y por Jove y su infancia celebrada.

Que á mi padre y á ti, que eres regida
Del justo padre mío, daño he hecho
Con mi traición infanda y torpe vida.

Ya los nombres de todo humano pecho
Reverenciados, yo les fuí traidora,
De adonde me resulta este provecho.

Y esto fué cuando (en fin como amadora)
Te di el ovillo de la cuerda recia
Que tus pasos rigiese cual tutora;

Porque en la casa revoltosa y necia
Vencido no murieses, y seguro
Gozases de quien huyes y te precia,

Y cuando me decías: «yo te juro
Por los peligros fuertes y excesivos
Que me amenazan para lo futuro,

Que en tanto que los dos fuéremos vivos
Has de ser mía, y quemaré en tu llama
Mis pensamientos célebres y altivos.»

Yo vivo y no soy tuya, si una dama
Vive, oh Teseo, que en la sepultura
Está por la traición del que más ama.

¡Ojalá fuera tanta mi ventura
Que con aquella clava con que heriste
A mi hermano, me dieras muerte dura!

Que así la fe y palabra que me diste
Conmigo fuera muerta y sepultada,
Y no que en vida viva y muera triste.

No solamente me es representada
La angustia que me espera, mas contemplo
Cuánto puede venir á una olvidada.

Ocúrreme un ejemplo y otro ejemplo,
Todos de muerte, y fuera menos pena
La muerte, que esperar verme en su templo.

Ya me parece que á esta parte suena,
Ya á esotro lado el lobo codicioso,
Que con sus dientes deshacerme ordena.

Y quizás este suelo riguroso
Leones fieros, tígueres sanguinas
Produce como inculto y españoso.

También expele el mar bestias marinas,
Según se dice, horribílicas, extrañas,
Bravas, insaturables y caninas.

Y cuando aquí faltasen alimañas,
¿Quién veda que la espada fiera, esquiva,
De algún extraño rompa mis entrañas?

No me será el morir pena excesiva,
Con tal que maniatada no me vea
Con ásperas cadenas y cautiva,

Y que á mi ama detestable y fea,
Porque toda desgracia y mal me cuadre,
Como sierva le hile mi tarea.

Yo á quien el grande Minos es mi padre,
Y á quien la excelsa hija, y poderosa,
Del Sol es mi querida y dulce madre;

Y lo que más estimo, y como cosa
De más momento siempre estoy pensando,
Es que te fuí un tiempo amada esposa.

Si he estado el mar, la tierra contemplando,
La tierra y mar me han dado desconsuelo,
Porque me están contino amenazando.

Restábame esperar solo en el cielo,
Mas temo la influencia ejecutada
De las estrellas contra mí en el suelo.

De todos aquí estoy desamparada,
Que á las focas y lobos tragadores
He sido por manjar y pasto dada.

Y aunque haya en esta isla habitantes,
No me osaré fiar de forasteros,
Porque todos sois falsos y traidores.

Por mi mal he aprendido ya á temeros,
Por experiencia sé (¡no lo supiera!)
Que es desdichado amor el de extranjeros.

Quisiera Dios Andrógeo vivo fuera,
Que tú, Cecropia tierra, no pagaras
Con tantas vidas una muerte fiera.

Ni tú, oh Teseo, Jano de dos caras,
Con el nudoso tronco desenvuelto
Al Minotauro horrífico mataras.

Ni yo te diera el hilo, el cual revuelto
En tus manos te diese triunfo y gloria,
Sacándote del cerco libre y suelto.

Y no me admira cierto tu victoria,
Ni el ver con tu bastón muerto y deshecho
Al cretense animal, digno de historia;

Porque sus cuernos no eran de provecho
Para romperte el corazón triunfante;
Seguro estabas sin cubrirte el pecho.

De un pedernal trajiste, de un diamante
Forjado el pecho: ¿cómo la flaqueza
De un monstruo contra ti fuera bastante?

Excede de tu alma la dureza
Al pedernal, y al más activo y fuerte
Diamante, por su mucha fortaleza.

Sueño cruel, por mi infelice suerte,
¿Para qué me volviste perezosa?
Eres en fin imagen de la muerte.

Y si eres tú su imagen, fácil cosa
Fuera con noche eterna castigarme,
Por acabar con vida tan penosa.

Vientos crueles, para atormentarme
Bien pronto estuvo vuestro soplo insano;
Ligeros estuvisteis en matarme:

Diestra cruel, sangrienta y cruda mano,
Que le quitaste con rigor la vida
Al prodigioso cuerpo de mi hermano:

Fe, á quien te demandó mal concedida,
Pues solo el falso nombre y fraudulento
Tuviste y tienes como fe fingida;

Conjuráronse el sueño, la fe, el viento
Contra mí, y todos tres me dan alcance,
Mostrando en una niña su ardimiento.

Yo, pues que estoy muriendo en este trance,
No veré de mi madre el tierno llanto
Hecho por lo que pierde en este lance.

Ni tendré quien con celo justo y santo
Cierre mis ojos con sus dedos píos,
Porque no cause, estando muerta, espanto.

Por extrañas regiones y aires fríos
Mi espíritu errará con curso incierto,
Y por lugares lóbregos, sombríos.

Amiga mano á mi cadáver yerto
No le pondrá del bálsamo de Arabia
Ultimo beneficio á un cuerpo muerto.

Antes con hambre, con estruendo y rabia,
Marinas aves cubrirán los huesos
De esta que es muy amante y poco sabia.

Estas son las exequias, los sucesos
De mi fúnebre pompa, y este estado
Es digno de mis crímenes y excesos.

Agora irás al puerto deseado
De Atenas, donde siendo recibido,
Y estando entre la turba entronizado,

Será por ti con fausto referido
Cómo le diste muerte al hombre-toro,
Quedando el laberinto confundido.

Con majestad y amplífico decoro,
Cuenta después que fuí de ti dejada
Sola en la isla, donde gimo y lloro.

Que no he de ser, ni es justo ser borrada
De tus empresas, pues que soy trofeo
El más famoso que hay en tu jornada.

Desleal, no es tu padre el viejo Egeo,
Ni menos te ha parido con dolores
Etra, la amada hija de Piteo.

Los peñascos y el mar son tus autores;
Y así aquesas entrañas son tan fieras
Como siempre lo son tus formadores.

¡Oh! quisieran los Dioses que me vieras
Desde tu nave, para mí invisible;
Que en ver mi triste rostro te movieras.

Mas ya que con la vista es imposible,
Pues ojos tiene la memoria prestos,
Mírame lo mejor que te es posible.

Pegada me verás á un risco de estos,
A quien le baña el mar de rato en rato
Con sus retozos para mí molestos.

Mira sueltos al aire y sin ornato,
Como de quien lamenta, mis cabellos,
Que en mil almas tocaron á rebato.

Mis vestidos verás, si quieres vellos,
Tan llenos de agua con mi eterno llanto,
Cual si hubiera llovido un siglo en ellos.

Horrendo está mi cuerpo, y esto es tanto,
Como parva de trigo arrebatada
Del Aquilón, y no exagero cuanto.

La letra de esta carta va borrada,
Que la pluma de brazo macilento
Y de temblante mano es gobernada.

No te ruego por mi merecimiento,
Pues del mayor que tengo y se me ofrece
No me resulta sino descontento.

Pero si el hecho mío no merece
Premio, tampoco es digno de castigo,
Porque el obrar virtud no desmerece.

Si no he sido ocasión mientras te sigo
De tu vida, ninguna yo te he dado
Para matarme aquí como enemigo.

Más adelante de este mar hinchado,
Tiendo mis manos, débiles y flojas
Por lo mucho que al cuerpo han golpeado.

Estas reliquias de mis hebras rojas
Que doy al viento y á la tierra entrego,
Te muestro, y temo si en las ver te enojas.

Y si puedo rogar, también te ruego
Por el copioso llanto, intenso y grave,
Que tú sacar pudiste de mi fuego,

Que á mí te vuelvas; vuelve atrás tu nave
Con el mudado viento; ven, procura
Ser en tu vuelta más veloz que un ave.

Y si llegando aquí, la muerte dura
Cerrado hubiere todos mis procesos,
Para darles honrada sepultura
Contigo llevarás mis tristes huesos.

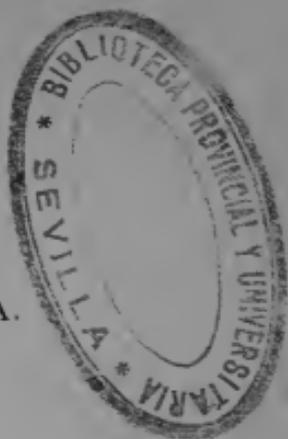
ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA UNDÉCIMA.

Eolo, rey de los Vientos, tuvo entre otros hijos á Macareo, y una hija dicha Canace; los cuales se enamoraron tan firmemente, que convertido el amor de hermanos en torpe y deshonesto, se gozaron, siendo medianera y encubridora una ama de Canace, la cual se hizo preñada, y parió un niño. Queriendo, pues, ocultar el infante y darle á criar fuera (huyendo primeramente el padre, por temor del suyo, al templo Déléfico de Apolo), la vieja por encubrillo del abuelo le cubrió con yerbas y flores, y así envuelto le sacó por delante de Eolo, que á la puerta del palacio estaba, fingiendo la ama que iba á hacer sacrificio y ofrenda al templo, y que en aquellas flores llevaba la ofrenda. Pasando así delante del Rey, por desgracia comenzó á llorar el infante, y levantándose el sospechoso viejo, descubrió el engaño; y sabido el caso, envió al niño á un bosque, donde fué comido de las fieras, y á Canace envió un puñal para que se

matase por la culpa que había cometido. Ella, antes de ejecutar la sentencia paterna, finge Ovidio que le escribe esta carta á su hermano, donde cuenta por extenso su historia, y le ruega recoja los huesos de su hijo y los suyos, enterrándolos en una sepultura.

EPISTOLA UNDÉCIMA.



CANACE Á MACAREO.

Si mi doliente carta y escritura
Errada fuere, y en decir tan falta
Cuanto la que la escribe es de ventura,

Será porque mi sangre así la esmalta,
Que dejará borrado algún pedazo;
Mas ve leyendo, y lo borrado salta.

Con la mano que alienta el diestro brazo
Rijo la pluma, y tengo en la siniestra
La daga, y esta carta en el regazo.

Esta es la imagen, el traslado y muestra
De Eolida, que escribe al descuidado
Y caro hermano, y su dolor le muestra.

Creo mi padre así será aplacado;
Holgara de tenerle aquí presente
Al rasgar con la daga mi costado.

Mas según es de rígido inclemente,
Más que sus Euros mirará mi pena
Con secos ojos y serena frente.

Como con vientos vive y los enfrena,
Como á gente feroz y sorda rige,
Tiene aquella alma de crueldades llena.

Él al Céfito y Noto y Euro affige,
Corrige al Aquilón tempestuoso,
Y á su cólera propia no corrige.

Su reino y cetro es menos poderoso
Que sus vicios, y de esto me recelo
Que el permitir mi muerte le es forzoso.

¿Qué me aprovecha levantarme al cielo
Contando mi prosapia, ni gloriarme
De aqueste abuelo ni del otro abuelo?

¿Qué utilidad me viene de preciarme
Que es mi pariente el que gobierna al orbe,
Si es solo vanagloria el alabarme?

¿Esto será ocasión de que me estorbe
El darme con aceros inhumanos
La voraz muerte que las vidas sorbe?

¿Quitaráme que tenga en estas manos
Frágiles una espada cortadora,
Que me es impropia y propia de tiranos?

¡Oh Macareo! aquella fatal hora
Que en una voluntad y nudo fuerte
Ligó tu alma al alma que te adora,

Plugiera á Dios, pues tengo de perderte,
Que ella viniera (ya que vino) ¡ay triste!
Más tarde que la hora de mi muerte.

¿Por qué, oh amado hermano, me quisiste
Con más amor que á hermano es permitido?
¿Por qué la fe de la hermandad rompiste?

Y yo para contigo ¿por qué he sido
Lo que no debe ser á hermano hermana?
¿Por qué la ley de hermanos he rompido?

Probé aquel fuego y brasa soberana
Que á muchas damas que le habían probado
Oía yo contar de buena gana.

Sentí en mi pecho un cetro inusitado,
Un Rey, un Dios altivo, un poderío
Nunca jamás de mí reverenciado.

Huyó el tirio color del rostro mío,
Los miembros me ocupó cierta flaqueza,
Acompañada de un desmayo frío.

Gustaba del manjar con escaseza,
Y aquél por cumplimiento lo comía,
Por no dar nota alguna de simpleza.

Era mi sueño fácil, no dormía,
Y deseaba así que amaneciese,
Que un año cualquier noche parecía.

Daba suspiros sin saber qué fuese,
Y siempre en los rincones me quejaba
Sin que dolor alguno me afligiese.

La causa de esto yo no la alcanzaba,
Porque ignorando qué era ser amante,
Si era aquel mal de amores ignoraba.

Quien primero entendió de mi semblante
Mi enfermedad, y todas estas tramas
Rumió en su pecho anciano, aunque constante,

Fué una ama antigua; díjome: «Tú amas,
Hija Canace; ya quemó tu trenza
Virgínea amor con sus potentes llamas.»

Púsome colorada la vergüenza,
Los ojos humillé casi mortales,
Confusión propia del que á errar comienza.

Eran estas verísimas señales,
Que con callar firmaba su proceso
Y otorgaba sus dichos y mis males.

Ya del violado vientre el grave peso
Se mostraba, y la carga reprimía
A los enfermos miembros por su exceso.

¿Qué yerbas en la tierra el cielo cría,
Qué medicinas hoy se han descubierto,
Que no me trajo y puso el ama mía,

Para que (sólo aquesto te he encubierto)
De mis entrañas fuese en un instante
Lo que en ellas estaba aborto y muerto?

Mas, ¡ay cuitada! que el vivaz infante
A las yerbas y hechizos resistiendo,
Vivo en el vientre se quedó triunfante.

Ya nueve veces se mostró riendo
La luna, y de sus blancos esplendores
Entraba ya al mes décimo vistiendo;

Cuando con nuevas ansias y temores,
Con mi simpleza rústica dudaba
La causa de mis súbitos dolores.

Ignorante, bisoña y ruda estaba
En lo que al parto y su peligro toca,
Y en la guerra cruel en que me hallaba.

Di gritos, y la vieja dice: «Loca,
¿Por qué pregonas tu maldad al viento?»
Y con su mano me cerró la boca.

¿Qué haré, desdichada! mi tormento
Me fuerza á hablar; mas el temor, la ama
Y la vergüenza son impedimento.

Y así por conservar la vida y fama
Reprimo aquellas voces mal nacidas
Y los gemidos que el dolor derrama.

Y las lágrimas ya casi vertidas
Soy forzada á tragar, que es caso fuerte,
Porque en los ojos queden reprimidas.

Ante mis ojos la espantable muerte
Apareció, y allí me fué negado
De Lucina el socorro por mi suerte.

Halléme en tal extremo, en tal estado,
Que si muriera aquí míseramente,
Fuera público al mundo mi pecado.

Pero como estuvieses tú presente,
El cabello deshecho y el vestido,
Vuelto por mis angustias impaciente,

Con tu voz despertaste mi sentido,
El cuello con tus brazos me ceñiste,
Y mi pecho del tuyo fué oprimido.

«Es fuerza, amada hermana, me dijiste;
Vive, pues que mi vida y bienandanza,
Querida hermana, en tu vivir consiste.

»No mueras tú y el hijo; la esperanza
De casar con tu hermano te dé aliento;
Que tras tormenta viene la bonanza.

»A aquel por cuyo amor y ayuntamiento
Madre te ves, tendrás por cosa cierta
Que serás entregada en casamiento.»

Estaba, créeme, hermano, casi muerta,
Y á tus palabras reviví, y la amarga
Sombra mortal desamparó mi puerta.

Naturaleza entonces desembarga
La prenda incestuosa, y luego veo
Puesto á mis pies mi crimen y mi carga.

¿De qué te alegras, triste Macareo?
En medio de la sala está sentado
Tu padre, interrumpiendo á tu deseo.

Da traza cómo salga disfrazado
El fruto de este parto; porque viva,
Guarda tu hijo y cubre mi pecado.

La sagaz vieja, que en su astucia estriba,
Cubre al niño de yerbas y de olores
Y de los ramos de la blanca oliva.

Y con palabras y actos fingidores,
Dice que va á ofrecer un sacrificio,
Y que lleva la ofrenda entre estas flores.

Y para dar de la verdad indicio,
Canciones y plegarias va diciendo
Porque el cielo aceptase este servicio.

El pueblo, que ante el viejo está asistiendo,
Le dió lugar al tiempo que pasaba,
Y el Rey se le otorgó no la impidiendo.

Ya cerca del umbral el pie estampaba,
Cuando la tierna voz del niño suena,
Y mi padre la oyó, que cerca estaba.

Arrebata el infante, á la ama llena
De rabia, y ve la ofrenda de mentira,
Y la casa Real gritando atruena.

Y como el mar, si un viento leve aspira,
Tiembra y demuestra un súbito alboroto,
Que en breve espacio se convierte en ira:

Ó como flaca mimbre opuesta al Noto,
Que pretende arrancalla y deshacella
Con ímpetu, con fuerza y terremoto;

Así á tu hermana, si pudieras vella,
Vieras temblar, y mi nefaria cama
Temblaba, por temblar mi cuerpo en ella.

Entró bramando y encendido en llama
Por mi retrete, y díjome de plano
A voces el incesto que me infama.

Y apenas pudo contener su mano
De arañarme esta faz triste y llorosa,
Según estaba de furor insano.

Yo, miserable, mustia y vergonzosa,
Si no es llorar mi deshonor y mengua,
No pude responder ni dije cosa.

Viendo que justamente se deslengua
Del temor frío y del común respeto,
Presa y turbada enmudeció mi lengua.

Ya había á sus Ministros con preceto
Mandado que á los perros y á las aves
Fuese en los bosques entregado el nieto.

Entonces el infante, que sñaves
Gritos daba, del dulce pecho asido,
A alzar los comenzó y á dar más graves.

Creyeras que el misérrimo ha entendido
El mandato cruel, y que pedía
Al abuelo que fuese suspendido.

¡Oh hermano! ¿qué imaginas sentiría
En mi ánimo triste, puesto en calma,
Cuando me ví quitar tu prenda y mía,

Cuando á las selvas la enemiga palma,
Y á los lobos llevaba á mi despecho
Tu carne y los pedazos de mi alma?

Paso tan arduo, tan horrible estrecho,
No puede con palabras ser contado;
Tú puedes meditarlo allá en tu pecho.

Siendo de mi aposento ya llevado,
De nuevo entonces lamenté mi suerte,
Rasgando el rostro, donde te has mirado.

Estando en esta angustia y trance fuerte,
De parte de mi padre un nuncio llega
Tan triste como el nuncio de la muerte.

Alborotado entró, pero sosiega
Diciendo: «Esta desnuda horrenda espada
Te da tu padre (y luego me la entrega).

»Manda que de la culpa perpetrada,
Y de lo que merece tu torpeza,
Sepas el para qué te es enviada.»

—Yo lo sé, y usaré con fortaleza
Del hierro que delante de mí pones
(Le respondí por no mostrar flaqueza).

Yo moriré si á muerte me dispones,
Y esconderé, según los acomodas,
Dentro del pecho los paternos dones.—

Padre, ¿estas joyas son las de mis bodas?
¿Tu hija con tal dote será rica?
¿Por qué tan tierna y sin razón me podas?

Engañado Himeneo, pues implica
Contradicción morir y ser casada,
Y mi padre el morir me ratifica,

Aparta lejos de esta sentenciada
Las hachas maritales de contento,
Quita esa lumbre allá, que me es vedada.

Con pie veloz y presto movimiento
De estos nefandos techos y brutales
Huyendo sal, y déjame en tormento.

Vosotras, negras furias infernales,
Los fuegos que lleváis adonde quiera,
Traedlos en aumento de mis males.

Quémese y resplandezca en mi hoguera
Con este ardor intenso y vehemente:
Sígase á vida torpe muerte fiera.

Casaos, hermanas, más felicemente
Que yo, y este mi crimen cometido
Tenedlo (y no erraréis) siempre en la mente.

Un infante, un rapaz recién nacido
¿En qué pecó? ¿con qué ofendió á su abuelo,
Si de mi vientre apenas ha salido?

Mas pues que pudo y mereció en el suelo
Morir tan presto, pienso que fué dino
De aquel castigo que le ha dado el cielo.

¡Ay! que por mi delito y desatino
Fué. él castigado, y por mi torpe empresa
Al infelice tanto mal le vino.

Hijo, no hijo, sino pasto y presa
De las rapantes fieras, y tormento
De esta tu madre mísera y opresa:

¡Ay de mí! que en tu triste nacimiento
Eres despedazado, y hecho ofrenda
En la montaña al lobo más hambriento:

Hijo, sangrienta y miserable prenda
Del poco venturoso amor primero,
Urgente causa de mi muerte horrenda,

Naciste en sino de tal mal agüero,
Que de tu vida y desgraciada suerte
Fué este el primero día y el postrero.

No me fué concedido que en tu muerte
Con lágrimas tu tierno rostro y bello
Bañara, pues apenas pude verte.

Ni en tu sepulcro puede mi cabello,
Roto y despedazado por llorarte,
En señal de mis ansias escondello.

También me fué negado el abrazarte,
Ni con mis labios del dolor helados
Pude siquiera un beso helado darte.

Los leones, los lobos denodados
Te están despedazando, y dividiendo
Tus palpitantes miembros delicados.

Yo también con la espada el pecho abriendo,
La sombra de mi niño mal lograda
Con el amor de madre iré siguiendo.

Por largo tiempo no seré llamada
Madre, que por su crimen torpe, insano
Fué de su hijo mísero apartada.

Mas, ¡oh tú, dulce y regalado hermano,
De esta tu hermana, que su fin procura,
Tanto tiempo querido y tan en vano!

Ruégote que los miembros sin ventura
Recojas de tu hijo, y con su madre
Los deposita en una sepultura.

Rabie su abuelo, desespere y ladre,
Un sepulcro, aunque angosto, nos sustente;
Dáme en esto venganza de tu padre.

Vive, y allá en tu alma esté presente
Mi memoria, y mi fin exorbitante
Llora como es razón eternamente.

Mi cuerpo, aunque esté horrendo, no te espante,
Pues es de aquella que se mostró ufana
Con amarte y tenerte por amante.

Ruégote cumplas de tu triste hermana
El último mandato y testamento,
Que yo quiero cumplir de buena gana
De mi iracundo padre el mandamiento.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DUODÉCIMA.

Por haber copiosamente explicado la historia del Vellocino de oro en el argumento de la epístola de Isifile, sólo diré para declaración de la presente que, habiendo llegado Jasón con sus Argonautas á Colcos y siendo recibidos del rey Eta, sucedió que hallándose en una cena Medea, hija del Rey, se enamoró de Jasón con tanta fuerza de voluntad, que por su industria y consejo de ella (por ser gran sabia y encantadora) venció él todos los peligros y dificultades que para ganar el Vellocino de oro había, y lo ganó. Conseguida la victoria, ella huyó con Jasón, y llevó consigo á Absirto, hermano suyo pequeño; y viéndose perseguida del padre, le dividió en cuartos y le echó por los caminos á trechos, porque el doloroso padre se detuviese cogiendo los pedazos de su hijo. Libróse así de él, y llegando á Corinto se gozó con Jasón diez años, de quien parió muchos hijos, y fué de él amada y temida por su mucho saber y hermosura. Pero comen-

zando la vejez á desdorarla, él se enamoró de Cretisa, hija del Rey de Corinto, y persuadió á Medea el divorcio diciéndole que hacía aquel casamiento sólo para heredar el reino y aumentar el patrimonio á los hijos de Medea; lo cual no pudiendo alcanzar de ella, la dejó y celebró sus bodas con Creusa. Sintiendo, pues, Medea la ignominia y agravio que Jasón le hacía, escribióle esta carta, procurando por bellísimos medios atraerle á su amor, representándole lo mucho que por él había hecho y la venganza cruel que determinaba tomar en él de sus injurias y afrentas.

EPÍSTOLA DUODÉCIMA.

MEDEA Á JASÓN.

Acuérdome que en Colcos reina siendo,
Desocupada y pronta me tuviste
Para cosas que ibas emprendiendo.

También me acuerdo cuando me pediste
Que diera á tus intentos comenzados
Ayuda con mi ciencia, y la obtuviste.

Entonces las hermanas que los hados
Dispensan, á los hilos de mi vida
Debieran detenerlos devanados.

Muriera muerte á quien yo soy debida,
Y no viviera un corazón mezquino
Vida de pena y celos combatida.

¡Ay! ¿por qué más á Colcos nave vino
De juveniles brazos arrojada,
En busca del precioso Vellocino?

¿Por qué más á vosotros fué otorgada
La suerte de mirar con ojos tristes
Los Argonautas, y á su nave osada?

¿Por qué, Griegos, decid, os atrevistes
Pisar mis campos y beber en ellos
Las Fasíacas aguas que bebistes?

¿Por qué más de lo justo tus cabellos
Me agradaron, y tu hablar fingido,
Y tus ojos tan falsos como bellos?

Mas á lo menos, ya que había venido
Peregrino navío á mi ribera,
Y temeraria gente había traído,

¿Por qué no permití que Jasón fuera,
No prevenido con mi industria y arte,
Al resollado fuego, do muriera;

Y que embestido de una y otra parte,
Sin poderle valer su gran pujanza,
Le mataran los toros del dios Marte;

Y después de sembrar con esperanza,
Naciera el escuadrón bravo enemigo,
Y el labrador cayera en su labranza?

¡Cuánta crueldad, oh mi Jasón! ¿qué digo?
Jasón cruel, si entonces acabaras,
Se pudiera acabar allí contigo.

Muchas muertes, muriendo tú, evitaras,
Y de la miserable de Medea
Muchos males gravísimos quitaras.

Y aunque al ilustre pecho es cosa fea
Traer á la memoria el bien que ha hecho,
No lo es cuando al ingrato se le afea.

Y así este corto gusto á tu despecho
Quiero gozar, pues solo regalado
Con tan breve contento lo es mi pecho.

Jasón ingrato, siéndote mandado
A Colcos, tu camino enderezaste,
Digo, el bajel del mundo celebrado.

En los reinos amplíficos entraste
De la dichosa patria de esta rea,
Que como aleve y pérfido engañaste.

Allí en Colcos, entonces yo Medea
Era lo que es aquí tu nueva esposa,
Ni menos regalada, ni más fea.

Si el Rey su padre es rico, la abundosa
Corte del rey mi padre, que aquí pinto,
Fué tan amplia, tan rica y poderosa.

Su padre tiene al Efire Corinto
Del mar Egeo y Jónico lavada,
Por quien es este mar de aquel distinto.

Mi padre rige á Scitia la nevada,
Y todo cuanto á su siniestra mano
Inunda el mar con furia acelerada.

Aeta con hospicio afable y llano,
Con suma pompa y singular decoro
Recibió al escuadrón noble greciano.

Vosotros, Griegos, visteis mi tesoro,
Reclinando los cuerpos fatigados
En cujas ricas de marfil y de oro.

Entonces entre aquellos tus soldados
Te vi, cuitada, y fué la vez primera
Que conocí tu nombre y tus estados.

Fué en este día ¡ay suerte lastimera!
El perdimiento y fin de mi sentido,
Y será la ocasión de que yo muera.

Después de haberte visto y perecido,
Ardí en tu fuego rápido y molesto,
Nunca de mis potencias conocido.

Ardió mi pecho, ya al amor dispuesto,
Como blandón ó pino luminoso
Ante los Dioses encendido y puesto.

Fué causa el remirar tu rostro hermoso,
Y también que á quererte me inclinaba
La fuerza de mi hado riguroso.

De tus ojos la luz arrebatava
A mi vista, quedando oscura y triste
Siempre que de mirarte la apartava.

Pérfido, bien mis ansias conociste,
Porque ¿cuál alma es tan capaz y diestra
Que á amor encubra si de amor se viste?

Amor sus llagas por indicios muestra;
Así que una alma ciega las vería,
Cuanto más la que es lince y es maestra.

En este tiempo ya contado había
El Rey las aventuras más pesadas
Que acabar y vencer te convenía.

Dijo que en las cervices erizadas
El yugo nunca puesto en esta parte
Poner habías y dejar domadas.

Y que estos toros que eran del dios Marte,
Demás del arma propia con que admiran,
Tienen monstruosidad con que dañarte.

Su anhélito es ardor, fuego respiran,
Sus hocicos y pies son metal, negro
Del humo y llamas, que bramando aspiran.

Y demás de esto te ordenó tu suegro
Esparcir y sembrar devotamente
(Bien sé que en acordártelo te alegro),

Digo sembrar la pérfida simiente
De Cadmo por los campos espaciosos,
De quien nació gran pueblo y mucha gente.

La cual con yerro y ánimos furiosos
Te había de dar muerte por tributo,
Mostrando en ti sus brazos rigurosos.

Esta era la cosecha, aqúeste el fruto
Del sembrador de la semilla horrible,
Eterna muerte, sempiterno luto.

Después de esta aventura tan nocible,
El último trabajo, el postrer daño
Se te manifestó por más terrible.

Y era el adormecer al monstruo extraño
Del Vellochino, guarda vigilante,
Y defraudarlo con algún engaño.

Esto te dijo el Rey, y en ese instante
Os levantasteis todos de la mesa
Tristes, confusos y con mal semblante.

¡Cuán lejos de ti estaba en esta empresa
Y en este punto el dote de Creusa,
El reino de Creonte y su Princesa!

De allí te fuiste, yo quedé confusa,
Siguiendo tu persona con mirarte,
Como entre amantes se acostumbra y usa.

Y ya que no podía acompañarte,
Dije entre dientes por guardar mi fama:
Mi querido Jasón, con Dios te parte.

Mas después que abrasada con la llama
De amor, y recogida en mi aposento,
Por contemplarte me acosté en la cama;

Allí fué tan copioso mi lamento,
Mi llanto tan prolijo, grave y largo,
Cuan grande fué la noche y mi tormento.

Ante mi vista en este punto amargo
Se me representaron en quimera
Los riesgos que tomabas á tu cargo.

Los toros, la nefanda sementera,
La serpiente que siempre en vela estaba
Por ser cosa imposible que durmiera.

Amor por una parte me obligaba,
Poníame el temor por otra freno;
Mas el miedo al amor acrecentaba.

Ya el alba bella del amado seno
Salía de su amante y viejo esposo,
Mostrando el rostro cándido y sereno,

Cuando entró en mi aposento tenebroso
Una mi hermana, y me halló acostada,
Vuelto á un rincón mi rostro lagrimoso.

Vióme no bien compuesta y desgñada,
Y como al lecho á me cubrir llegase,
Halló la ropa en lágrimas bañada.

Rogóme que mis artes emplease
En provecho de Grecia, y quiere el cielo
Que buscando tu bien mi mal hallase.

Fué su ruego á mi gusto, y otorgúelo,
Y al mozo Esonio, que de Grecia vino,
Me puse á dar favor por mi consuelo.

Hay un bosque tenido por divino,
A cuyo sitio hace eterna sombra
La haya, el acebuche, el roble, el pino.

Es tan espeso, que su vista asombra,
Y el sol apenas lo visita y muestra,
Cubierto el suelo con granímea alfombra.

El templo de Diana, diosa nuestra,
Aquí se ve, y en él su imagen de oro
Hecha de mano artífice y maestra.

No sé si de este templo y su tesoro
Como de mí te hallas olvidado,
Pues yo me acuerdo y su memoria lloro.

Llegamos, pues, á aquel lugar sagrado,
Y tú con esa lengua cautelosa
Dijiste así, mostrándote humillado:

«Mi estrella y mi fortuna, dama hermosa,
Te ha dado (como á quien está rendida)
El fin de mi salud y empresa honrosa.

»En esa bella mano está mi vida;
Mi muerte, mi deshonra y mi despecho
Está en tu mano, donde amor se anida.

»Bástale á un noble y generoso pecho
Poder dar muerte sin ejecutalla,
Porque no siga á la potencia el hecho.

»Mas si á mi vida gustas conservalla,
Más gloria te será que si me dieras
Muerte cruel pudiendo reservalla.

»Muévante mis plegarias tan sinceras;
Por los peligros de esta mi jornada,
Que puedes evitar como tú quieras;

»Por la deidad excelsa y venerada
De tu abuelo, que alumbra el hemisferio,
Y ve toda esta máquina criada;

»Por los tres rostros y obras de misterio
De la Diosa que vive castamente,
Y si otros Dioses tienen vuestro imperio,

»Te ruego, oh virgen ínclita, clemente,
Que siendo tu virtud sola instrumento,
Tengas de mí piedad y de mi gente.

»Obligame con tal merecimiento
Que en todo tiempo y toda coyuntura
Obedezca Jasón tu mandamiento.

»Y si no te agraviaras, por ventura,
De dar á un Griego indigno de tal suerte,
Con fe de esposa, aquesa tu hermosura,

»Antes me venga arrebatada muerte
(¿Mas por qué causa me ha de ser propicio
Tanto algún Dios, que venga á merecerte?)

»Que olvidando tan grande beneficio
Case, si no es contigo, porque vamos
A Grecia yo y mi gente en tu servicio.

»Será testigo de esto que tratamos
La Diosa de las bodas, Juno santa,
Y la deidad en cuya casa estamos.»

Estas palabras de malicia tanta,
Y otorgarme tu diestra, enternecieron
Un pecho simple de una simple infanta.

Vi que también mil lágrimas vertieron
Tus ojos: ¿el llorar acaso encierra
Fraudes? si encerrará, pues me ofendieron.

Con este engaño en la amorosa guerra
Quedé vencida, y con mi ayuda ¡ay triste!
Quedaste victorioso de mi tierra.

A los ardientes toros impusiste
El grave yugo, y con el corvo arado
El suelo firme y sólido rompiste.

De venenosos dientes fué sembrado,
Naciendo de tan pésima simiente .
Un pueblo entero, un escuadrón armado.

Con espadas nació la fiera gente
Y con escudos, porque pretendía
Verter tu sangre temerariamente.

Yo mesma que la traza dado había,
Pálida dije:—¡ay Dioses soberanos!—
Viendo que armado el escuadrón nacía.

Turbéme hasta ver que los hermanos
Se dieron muerte ¡oh caso miserable!
Volviendo contra sí las brutas manos.

Veis luego el velador y formidable
Dragón, que aun de pintarlo me recelo,
Con escamas sonoras espantable.

Viene barriendo el oprimido suelo
Con el pecho á mil partes retorcido,
Y dando silbos con que atruena al cielo.

¿Adónde en este punto ¡ay fementido
Jasón! la dote nueva y rica estaba,
Por la cual me has negado y ofendido?

Entonces ¿en qué parte se hallaba
De tu pecho esa esposa que me impide
Gozar el bien que con quietud gozaba?

¿En dónde estaba el istmo que divide
Los mares dos con su Corinto bella,
Que en dote á tu corona se le añide?

Aquella, pues, soy yo; yo soy aquella
Que á la fogosa vista serpentina
Pude con mi saber adormecella.

Yo te di el Vellochino, prenda dina
De un hombre heroico, yo que soy agora
Tratada como extraña y concubina.

Pobre, bárbara, infame, encantadora,
Te parece de humilde y baja suerte
La que tuviste entonces por señora.

Causé á mi padre lastimosa muerte,
Dejé mi reino y patria, y todo cuanto
Con esto pude dar, di por quererte.

Mi integridad, que es don virgíneo y santo,
Por un Griego ladrón me fué robada,
Que es la ocasión precisa de mi llanto.

Por seguirte. dejé mi madre amada
Y una mi hermana de ella tan querida,
Cuanto es de mi la muerte deseada.

Mas ¡ay hermano! en esta mi huída
No te dejé. La lengua en este estrecho
Desfallece quedando enmudecida.

La mano que animosa fué en el hecho
No se atreve á escribillo. Bien debiera
Mi cuerpo con el tuyo ser deshecho.

Ni temí (mas ¡ay triste! ¿qué temiera
Después del fratricidio?) ir navegando,
Mujer ya matadora y carnicera.

¿Dónde están las deidades? ¿dónde el bando
De tanto Dios, de entrambos ofendido,
Que aquí nos estuvieran anegando?

Pagáramos los dos el cometido
Delito: tu pecado y mis excesos,
Tú en engañarme, yo en ti haber creído.

Plugiera á Dios, pues todos los sucesos
Dispone, las Simplégades juntara,
Deshaciendo mis huesos con tus huesos.

O que Cila cruel nos entregara
A sus perros por pasto, y fuera justo
Que Cila á los ingratos castigara.

Y que aquella que sorbe por su gusto
Las mismas ondas por furor insano,
Que al cielo escupe con furor robusto,

Nos sumergiera, á ti como á tirano
Y á mí como á imprudente y necia amante,
En el furioso mar Siciliano.

Volviste vivo en fin, rico y triunfante
En Tesalia, á tus Dioses ofreciendo
El áureo Vellochino rutilante.

¿Para qué contar he el caso estupendo
De las hijas de Pelias, donde ha sido
El intento piadoso, el hecho horrendo;

Ni aquel paterno cuerpo dividido
En pedazos ¡oh cosa lastimera!
Por las manos que de él han procedido?

Cuando me culpen otros, justo fuera
Tú me alabaras, pues por tu contento
Tantas veces he sido cruda y fiera.

Pero has tenido tanto atrevimiento
(Mas ¡ay! que las palabras han faltado
A mi justo dolor y sentimiento);

Tuviste atrevimiento mal mirado
De me decir al fin de mi jornada:
«Sal de mi casa, vuélvete á tu Estado.»

De tu casa salí por ser mandada
De mis dos hijos que á mis pechos crío,
Y de tu amor inmenso acompañada.

Mas de improviso un miedo helado y frío
Me ocupó, cuando oí de tu himeneo
El canto, el alboroto y desvarío.

Luégo resplandecer las hachas veo,
Y que al son de la flauta y chirimías,
Mil versos os cantaba un nuevo Orfeo.

Aquellos instrumentos de alegrías,
Ser trompa funeral se me antojaba,
Tocada en el remate de mis días.

Ni con ver esta fiesta imaginaba
Que haber pudiese crimen tan infando,
Mas en mi pecho un miedo oculto estaba.

Ya la gente plebeya iba pasando,
En cuyos labios Himeneo resuena,
El nombre de Himeneo frecuentando.

Y cuanto más propincua esta voz suena,
Tanto mis sobresaltos más crecían,
Y tanto era mayor mi acerba pena.

Lloraban todos cuantos me servían,
Y por no me decir el caso fiero
Sus lágrimas y llanto me encubrían.

¿Qué pecho tan osado, tan entero
Hubiera entre mis siervos, que quisiese
De nueva tan atroz ser mensajero?

Mejor me era ignorar qué cosa fuese;
Pero estaba mi pecho tan turbado
Como si viera el mar que me viniese.

Mi menor hijo entonces, que enviado
A ver aquellas fiestas había sido,
Entró por el zaguán alborotado.

El umbral de la cuadra no ha podido
Subir, y desde allí me dijo: «Madre,
Salga; verá lo que mujer no vido.

»Salga, verá la pompa de mi padre
Jasón, y los caballos de su carro
Cubiertos de oro, porque más le cuadre.»

Oyendo al niño, con furor desgarro
Mis ricas y preciosas vestiduras,
Y rompo el pecho cándido y bizarro.

Ni mis mejillas libres ni seguras
Quedaron del rigor crudo y sanguino
De estas mis uñas ágiles y duras.

Animo tuve, espíritu me vino
De abrir con el valor de mi persona
Por entre tanta multitud camino,

Y llegando á tu asiento, la corona
De flores derribar de la cabeza
De aquella que me ofende y me baldona.

No sé quién me estorbó que en breve pieza,
Suelto el cabello, al carro me acercara
Como furiosa que á bramar empieza,

Y echándote mis brazos voceara:
«Este es mi esposo, dadme á mi marido;»
Pero ni me atreví, ni aprovechara.

Alégrate de hoy más, padre ofendido;
Reino de Colcos, muéstrate ya ufano,
Tú que de mí desamparado has sido.

Inmortal sombra de mi muerto hermano,
Recibe la venganza que te es dada,
A ruego tuyo, de mi propia mano.

Hállome de mi reino desterrada,
Huérfana de mi padre poderoso,
Y de mi hermano y casa despojada.

Y agora pierdo ¡oh hado riguroso!
A mi marido, en quien me daba el hado
Hermano, reino, casa, padre, esposo.

Yo, que pude domar con mi mandado
Monstruos, dragones, toros y serpientes,
Domar no pude un hombre apasionado.

Yo, que al fuego de amor en otras gentes
Remedios di, con toda mi potencia
No remedio mis llamas vehementes.

El encanto, las yerbas y la ciencia,
Toda virtud y fuerza de conjuro,
Me dan de mano en esta mi dolencia.

No me vale invocar del reino oscuro
La Diosa ni la víctima admirable
Que dedicar á Hécate procuro.

La luz del día no me es agradable;
Las noches velo, sin que sus despojos
Recreen mi pecho y vista miserable.

Antes de padecer estos enojos,
A un dragón pude adormecer, y agora
No puedo adormecer mis tristes ojos.

Más útil es mi ciencia engañadora
A todos, pues á nadie se la niego,
Que á mí, que de ella he sido la inventora.

Y aquellos miembros que libré del fuego,
Una ramera los abraza ufana
Y los goza con gusto y con sosiego.

Ella coge la fruta no temprana
De aquel jardín que á fuegos y culebras
Pudo quitar mi industria soberana.

Y por ventura, mientras la requiebras
Y le dices palabras deleitables
Por enredarte en sus doradas hebras,

Defectos, culpas, faltas detestables
Finges en mis costumbres y belleza,
De que ella gusta, siéndole agradables.

Ríase, y esté alegre en mi vileza;
Ríase, y esté en grana recostada;
Tenga sublime trono y suma alteza.

Tiempo vendrá que llore, y abrasada
Será del fuego en que ardo, ella testigo,
Y aun vencerá á mi ardor siendo quemada.

Cuando el hierro y el fuego que aquí digo
Y el veneno llegare de Medea,
No ha de quedar contrario sin castigo.

Pero si se enternece y se recrea
Aquese corazón de acero hecho
Con las plegarias justas de esta rea,

Escucha por mi amor y tu provecho
Los ruegos y palabras de una triste,
Harto menores que mi altivo pecho.

Vesme aquí humilde como un tiempo fuiste;
Vesme te ruego como me rogaste;
Lo mesmo pido aquí que me pediste.

Y si de todo punto me olvidaste,
Si te soy vil, infame y asquerosa,
Ten piedad de los hijos que engendraste.

¡Qué cruda, qué intratable, qué rabiosa
Su madrastra ha de ser á mis infantiles!
Mas no permita Júpiter tal cosa.

Son mis niños á tí muy semejantes,
Y viéndote á tí en ellos se enternece
Esta alma, que no es hecha de diamantes.

Cada vez que los miro, me parece
Tu rostro miro, y por memorias tales
Con lágrimas mi rostro se humedece.

Por los Dioses te ruego celestiales,
Por la radiante llama de mi abuelo
Que da su lumbre á todos los mortales,

Por cuanto mereció mi justo celo,
Por nuestros hijos prenda de la vida
Que en este tu desdén me dan consuelo,

Que te vuelvas á mí; restituída
Tu fe me vuelve; á cuya causa ¡ay loca!
Dejé mi imperio y patria tan querida.

Tu fe me vuelve si mi amor te toca,
Fe que ponga firmeza en tus palabras,
Fe que te vuelva firme como roca.

Aunque el alma y honor me descalabras,
No pido que por toros atrevido,
Ni por serpientes los caminos abras.

Lo que pido es á tí, solo á tí pido;
A tí, pues te me diste por esposo,
A tí, pues sola yo te he merecido.

A tí, de quien el fruto venturoso
Tengo de dos infantes, siendo hecha
Madre por quien me es falso y alevoso.

Mas si tanta humildad no me aprovecha,
Y la dote pidieres que te he dado,
Ya tu sed de oro tengo satisfecha.

Allí la di en el campo de contado,
Que romper con la reja te convino,
Para ganar la piel que has conquistado.

Es mi dote el hermoso Vellocino
De oro, que es tal, que cuando le pidiese,
No me le volverías de mezquino.

Tu vida que guardé no perciese;
La salud de tus Griegos es mi dote:
¿Qué pude darte yo que no te diese?

Traidor, cruel, y de mi honor azote,
Ve agora, el reino coge, el oro aplica
De Sísifo, anda, ve, no me alborote.

Lo que vives, la esposa nueva y rica,
El rico suegro y todo aquello cuanto
De ingratitud tu pecho multiplica,

Es mío... ¿Por qué espero y sufro tanto?
Yo les haré... Mas ¿de qué sirve agora
Anunciarles su pena y su quebranto?

Este rencor que en mis entrañas mora,
Brotará amenazas fieras, infernales;
Yo seguiré esta furia vengadora.

En vosotros haré castigos tales,
Que me pese y del hecho me arrepienta;
Contempla, pues, despacio en estos males.

También me ha de pesar en esta afrenta
De haber dado favor á quien me ofende,
A un falso esposo que mi daño intenta.

Aquel airado Dios que así me enciende
Y abraza el corazón, me sea testigo
De esto, que la alma airada comprehende.

La cual está rumiando allá consigo
No sé qué grande máquina de mengua,
No sé qué traza ó modo de castigo
Que no puede explicarse con la lengua.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMATERCIA.

Cuando los Griegos ordenaron el ir á cercar á Troya, Protesilao, varón magnánimo, fué hecho de Agamenón capitán de cuarenta navíos; y estando toda la armada detenida en Aulide, puerto de Beocia, por ser el viento contrario á su viaje, Laodamia, hija de Acasto y de Laodatea, mujer de Protesilao, que era hijo de Ificlo, sabiendo que estaba allí su esposo, le escribe esta carta, donde se queja por qué no comenzó la tormenta y contrario tiempo antes que él partiera, porque así gozara su presencia y le advirtiera de muchas cosas que le importaban, las cuales le escribe en esta carta; y sobre todo le ruega que tema á Héctor, y no sea el primero de los que salten en tierra llegando á Troya, por haber el Oráculo amenazado de muerte al primero que hollase la troyana arena.

EPISTOLA DÉCIMATERCIA.

LAODAMIA Á PROTESILAO.

A su Protesilao salud envía
Laodamia, la amadora, que á su esposo
De mejor gana que enviarla, iría.

Es fama que en Aulide estás ocioso,
Por ser contrario el aire, y turbulento
De Tetis el imperio poderoso.

¿Dónde estaba encerrado a queste viento,
Que como sopla agora, no soplara
Cuando te fuiste por me dar tormento?

Entonces fuera justo que estorbara
A tus remos y velas, y no fuera
Util, ni con las ondas te ayudara.

Que de esta suerte á mi marido diera
Besos, y más hubiérale avisado
De unas cosas, y de otras le advirtiera.

Mas fué de mi presencia arrebatado
Porque soplabá viento favorable;
De mí no, de tus nautas deseado.

Viento para pilotos agradable,
Mas no para amadoras ni amadores,
A quien toda partida es detestable.

Gozaba de tu abrazo los dulzores,
¡Oh mi Protesilao! cuando apartada
De ellos me ví y cercada de dolores.

Mi lengua del dolor muda y turbada,
Teniendo muchas cosas que decirte,
Si algo te dijo fué imperfecto y nada.

Tanto se enmudeció, que al despedirte,
Aquel último adiós no te decía;
¡Tan fuerte fué aquel punto del partirte!

Bóreas en esto ya propicio había
Las sinuosas velas impelido:
Ya mi Protesilao no parecía.

Mientras pude mirar á mi querido
Esposo, le miré, gusto sintiendo
Con ver y remirar á mi marido.

Y con mi triste vista fuí siguiendo
Tu vista, y cuando ya no pude verte,
Pude tus velas ver que iban huyendo.

A mí, á mi pena y á mi acerba muerte,
Entretuvieron esas velas bellas,
Harto más blancas que mi negra suerte.

Después que no te ví ni pude vellas,
Ya que no había sino muchedumbre
De ondas furiosas, y tu ausencia en ellas,

En aquel punto se ausentó la lumbre
De mi rostro, mis ojos se eclipsaron,
Porque faltó la luz que los alumbre.

Tinieblas de la muerte me ocuparon,
Y porque todo mal sin tí me cuadre,
Mis piernas á la tierra se inclinaron.

Mi suegro Ificlo con mi anciano padre
Acasto acuden al desmayo horrendo;
También acude mi turbada madre.

Y apenas todos tres, agua infundiendo
En mi rostro, el espíritu tornaron
Al cuerpo, de quien se iba despidiendo.

Empresa de piedad fué la que obraron;
Mas fué sin fruto, pues hicieron pase
Mil muertes con la vida que alcanzaron.

Pésame que el morir se le negase
A esta mísera amante, y que inclemente
Mi parentela en esto se mostrase.

Volviendo en mí, volvieron juntamente
Los dolores que afligen mi sentido,
Viendo mi gloria y mi regalo ausente.

El legítimo amor que te he tenido
Me punzó el pecho, donde tu retrato
Está estampado y estará esculpido.

Ni tengo ya cuidado del ornato
De mis cabellos, ni con trenza de oro
Los prendo en lazos, los adorno y ato.

Ni con real y amplífico decoro
Arrastro sayas; todo lo reprueba
La que está ausente: lo que busco es lloro.

Siguiendo voy donde el furor me lleva,
Aquí y allí, cual las Bacantes suelen
Tocadas de la vid que Ogigio aprueba.

Las matronas Filécidas se duelen
De mí, y se juntan para mi provecho,
Por ver si puede ser que me consuelen.

«Laodamia (dicen), ese ilustre pecho
De seda adorna y de oro terso y puro;
Alegra el alma, quede el mal deshecho.»

¿De grana, un cuerpo detestable, oscuro
(Respondo), he de vestir, estando en guerra
Mi esposo en torno del troyano muro?

¿Peinarme tengo si el almete afierra
Y oprime su cabeza mi devota,
Y es en la noche su colchón la tierra?

¿Vestiréme de seda y él de cota?
Y estando él en batalla y desafío,
¿Estaré yo con garbo y marquesota?

Con este vilipendio, esposo mío,
Cuanto fuere posible á mi grandeza,
Imitaré tu sed, tu hambre y tu frío.

Todo este tiempo pasaré en vileza;
No verá el sol alegre mi semblante,
Mientras la guerra dura y su fiereza.

¡Oh mal pastor! ¡Oh Paris falso amante,
Hermoso por tu daño y de tu gente,
Pues te hizo tu beldad ser arrogante!

Permita el cielo que tan negligente
Te muestres en aquesa guerra, cuanto
Te mostraste en tu robo diligente.

Y que aquel rostro que te agrada tanto
De esa Ténara dama, te sea odioso,
O el tuyo á ella le produzca espanto.

Tú, Menelao, que vives codicioso,
Mil trazas revolviendo en la memoria
Por cobrar á tu esposa como esposo,

Esta venganza tuya, esta victoria,
¡Cuán llorosa ha de ser á muchas tristes!
¡Qué amarga será á Grecia vuestra historia!

Dioses que nuestras guerras permitistes,
Haced que agüero tal se desvanezca,
Sean falsos los temores que me distes.

Vuelva mi esposo, vivo permanezca,
Porque en su vuelta á Júpiter amable
Sus armas y sus víctimas ofrezca.

Mas temo, y un horror insuperable
Me ocupa cada vez que se me ofrece
Esta sangrienta guerra miserable.

Y como se regala y se licuece
La nieve con el sol, así mi llanto
Con el dolor se multiplica y crece.

El Simoente, el Ténedo y el Janto,
El Ilio y el Ida ¡ay suerte avara!
Sólo con los nombrar causan espanto

Ni el Troyano amator roballa osara,
Si no entendiera defender á un mundo
Su amado hurto, su rapiña cara.

Era este huésped de saber profundo,
Y había de su imperio conocido
Tener fuerza y poder contra el profundo.

Y mostrólo muy bien según he oído,
Viniendo ornado de oro y de altiveza,
Pues era de oro todo su vestido.

Porque viendo en su cuerpo tal riqueza,
Inferirse pudiese fácilmente
De Frigia los tesoros y grandeza.

Mostróse en gente bélica potente;
Trajo una armada digna del dios Marte,
Que es aparato á guerras conveniente

Y con venir debajo su estandarte
Tanta copia de gente, no venía
De su gran reino la milena parte.

Con tanta nave, gente y bizarría,
Hija de Leda, y á los dos hermanos
Conjunta en sangre y en genealogía,

Sospecho te rendiste, y en las manos
De Paris te entregaste, y más sospecho
Que esto ha de ser ruina de Grecianos.

No sé cuál Héctor temo acá en mi pecho,
Que Paris dijo que Héctor era un hombre
Bravo en las guerras y á las armas hecho.

Cualquiera que Héctor fuere (si el renombre
Mío te es caro), guarte de su punta;
De Héctor estampa en tu memoria el nombre.

A éste y á toda la caterva junta
De Troya teme; sé por mí cobarde,
Y que hay allí mil Héctores barrunta.

Y cuando á la batalla ó al alarde
Salieres, esto di (viéndote armado):
«Manda Laodamia para sí me guarde.»

Si estuviere en los cielos decretado
Que Troya al brazo Argivo sea rendida
Pagando nuestra afrenta y su pecado,

Pague, mas no sea á costa de tu vida;
Perezca Troya, mas que adviertas quiero
No vengas á ganar alguna herida.

Combata Menelao, muéstrese fiero,
Húrtele á Paris, pues vencer codicia,
La dama que le hurtó Paris primero.

Ejercite en persona la milicia,
Sujete y venza con sangrienta espada
A quien sujeta y vence con justicia.

Por el marido la mujer robada
Ha de ser, si valor su brazo encierra,
De en medio de un ejército librada.

Tu causa es desigual en esta guerra;
Sólo vivir procura, porque luego
Vuelvas á ver tu esposa y á tu tierra.

Dárganos fuertes, yo os suplico y ruego
Que de esta multitud fiera, arrogante
De Griegos, perdonéis un solo Griego,

Porque del bello cuerpo de mi amante
No se vierta mi sangre, y él llagado,
No pierda yo la vida en ese instante.

No está á vestirse cota acostumbrado,
Ni empuña espada, ni el furor convierte
En contra vuestra, porque no es soldado.

Es Menelao más rígido, más fuerte;
Que como amor le mueva á esta contienda,
Por su interés pretende daros muerte.

Otros con ira ardiente y rabia horrenda
El bélico furor sigan contino;
Protesilao en solo amar entienda.

Confieso aquí que al ánimo me vino
Mil veces de estorbar esta partida,
Poniendo impedimento á tu camino.

Pero quedó mi lengua enmudecida,
Temiendo de anunciarte algún contraste,
Algún presagio, ó nueva desabrida.

Cuando partirte en fin determinaste
Para Troya, saliendo por la puerta
De tu paterno albergue, tropezaste.

Vilo y lloré; cuitada y casi muerta,
Entre mí dije: ¡Oh si pluguiera al cielo,
Que de tu vuelta fuese señal cierta!

Todas estas sospechas te revelo,
Para que no te muestres atrevido,
Sino que siempre vivas con recelo.

Que así será deshecho y esparcido
Todo este miedo, toda nuestra pena,
Y mi temor en aire convertido.

También el hado inevitable ordena
Que de los Griegos muera el que primero
Pisare en Frigia la troyana arena.

¡Desdichada de aquella que el agüero
Comprehendiere, y fuere la primera
Que llorare á su esposo y compañero!

Quieran los Dioses, cuando la guerrera
Gente salte en la playa que no sabe,
Que no quieras saltar en delantera.

Entre mil naves que con vuelo grave
Tomaren puerto, haz, consorte amado,
Que sea la milésima tu nave.

Que la última de todas el sulcado
Piélagosulque, y vuelvo á amonestarte
Saltes en tierra, el último, y armado.

No tendrás causa allí de acelerarte;
Pues no es tu patria, evita el hado extremo;
No quieras á la muerte condenarte.

Cuando volvieres, ven á vela y remo,
Y en dando fondo salta luego en tierra,
Que por ser nuestra nada en ella temo.

Yo cuando Febo su esplendor encierra,
O cuando está más alto en medio el cielo,
De tu ausencia el dolor háceme guerra.

Goce ó carezca de la luz el suelo,
Conmigo vive la congoja mía,
Siempre me ocupa eterno desconsuelo.

Más me aflijo de noche que de día,
La noche digo ¡ay triste! que es gloriosa
A las damas que gozan de alegría.

En aquel tiempo la querida esposa
Está en el brazo del esposo que ama,
Y en aquel brazo sin temor reposa.

Si estoy durmiendo en la desierta cama,
Falaces sueños de un deleite incierto
Me ocupan reforzando más mi llama.

Suspéndeme el dolor, y así despierto;
Que aunque es falso el dulzor que se me ofrece,
Lo falso abrazo, pues faltó lo cierto.

Mas ¿por qué cada punto me aparece
Tu imagen muerta y llena de amargura?
¿Por qué de mí se queja y me entristece?

Yo amedrentada, viendo tu figura,
Salto del lecho, y reverencio luégo
Los simulacros de la noche oscura.

No hay en Tesalia altar do no haya fuego
Con licor arómatico encendido,
Por inclinar los Dioses á mi ruego.

Incienso ofrezco, y helo humedecido
Con lágrimas, y de ellas empapado,
Ha con fuerza mayor resplandecido;

Cual suele un fuego intenso, rociado
Con vino, demostrar con furia presta
Doblada llama y resplandor doblado.

¿Cuándo, volviendo tú, me veré puesta
Entre tus brazos con tan gran contento,
Que en ellos quede lánguida y traspuesta?

¿Cuándo será aquel punto, aquel momento
Que, en una cama juntos, los procesos
Me cuentes de tu guerra en salvamento?

Y mientras me contares los sucesos
(Aunque guste de oírlos), como amante
Te daré y me darás muy muchos besos.

Que en ocasión y punto semejante
Adelgaza la lengua la tardanza,
Y déjala más pronta y elegante.

Mas ¡ay! que cuando hago remembranza
De los vientos de Troya y mar horrendo,
Se rinde á mi temor la confianza.

También esto me turba, que sabiendo
Que los vientos impiden el camino,
Vais los mares y vientos resistiendo.

¿Quién hará tan enorme desatino
Que navegue á su patria deseada,
Si el viento le es contrario á su destino?

Y vosotros sois gente tan osada,
Que vedándoos el viento este viaje,
Queréis dejar la dulce patria amada.

No quiere el gran Neptuno dar pasaje
A la ciudad que coronó de muro,
Temiendo no reciba algún ultraje.

¿Dónde vais, temerarios, yo os conjuro
Que cada cual se vuelva al patrio nido;
Volveos á casa, que es lo más seguro.

¿Dónde vais, locos Griegos! dad oído
A la furia del viento y su pujanza;
Oid del bravo piélagos el bramido.

No es natural ni acaso la tardanza
De esta navegación; Deidad la ordena;
Dios es quien priva al mar de su bonanza.

Con tanto mástil, gúmena y entena,
Con tanta gente, ¿qué se busca ahora
Sino es una mujer, y esa no buena?

Inaquia armada, la tu errada prora
Revuelve al puerto, porque vas perdida;
Pues volver puedes, vuélvete en buen hora.

Mas ¿para qué revoco vuestra ida?
Permita el cielo no haya mal agüero
En la revocación de esta partida.

Serene el cielo su semblante fiero,
El mar temple su furia procelosa;
Mejor suceda todo que yo espero.

¡Oh cómo quedo ¡ay mísera! envidiosa
De las Troyanas, pues tendrán delante
La escuadra de enemigos espantosa!

Verán de cerca con mortal semblante
Morir al padre allí de una lanzada,
Acá al hermano, y acullá al amante.

Pondrá al esposo la recién casada
Con femenina mano el coselete,
La greva, la loriga, la celada.

Y estándole así armando en su retrete,
Cogerá algunos besos de su esposo,
Fruta primera que el amor promete.

Darále ella las armas, y él gozoso
Pagarála con besos el recibo,
Oficio que á los dos será sabroso.

Ella con tierno pecho y compasivo
Hasta la puerta irá con él gimiendo,
Y le dirá: «Procura volver vivo.

»Vuelve esas armas, que ofrecer pretendo
Al sacro Jove, por tenerle grato;»
Y él partirá su corazón partiendo.

Allá consigo rumiará el mandato
De su señora, y en el trance estrecho
De Marte peleará con más recato.

Tendrá atención, y mirará al provecho
De su familia, refrenando el crudo
Furor que en rabia le remueve el pecho.

Volverá á casa, y el pesado escudo,
Y el yelmo de ella le será quitado,
Porque reciba más solaz desnudo.

Ya el pecho débil, lacio, fatigado
Del peso de las armas inhumanas
Recibirá en su gremio regalado.

Mas nosotras, inciertas y lejanas,
El corazón tendremos oprimido
Con mil sospechas. Quiera Dios se an vanas.

Y el miedo en las congojas sostenido
Nos forzará á creer en esta afrenta
Cuanto os puede venir por ya venido.

Una imagen que al vivo representa
Tu rostro tengo, mientras por el mundo
La soldadesca tu valor sustenta;

Y aunque es de cera, mis deleites fundo
En la decir requiebros excelentes;
Que el mal de ausencia amor hace facundo.

Hágole mil caricias convenientes
A solo tú, y abrázola, y quisiera
Que ella sintiera, ya que tú no sientes.

Créeme, que esta figura, aunque es de cera,
Se te parece tanto, que si hablara,
Protesilao mi esposo amado fuera.

Mírola, y me deleita ver tu cara,
Y abrázola queriendo entretenerme
Con la misma afición que te abrazara.

Y como si pudiese responderme,
La pregunto, la riño, la conjuro:
Mira en qué punto amor quiso ponerme.

Por tu tornada próspera te juro,
Y por tu cuerpo que por Dios adoro,
Por nuestro amor igual, sincero y puro,

Por aquel fuego que por gran decoro
Resplandeció en mi boda venturosa
(Aunque está vuelta la ventura en lloro),

Por tu cabeza que en vejez dichosa
Con las honradas canas que tuvieres
Blanca la goce tu querida esposa,

Que te he de acompañar adonde fueres,
Agora mueras (esto es lo que siento),
Agora triunfes, cuando á mí volvieres.

Quiero cerrar en solo un mandamiento
Todo cuanto en mi carta te he mandado:
Protesilao, mi gloria y mi contento,
De mí te acuerda y ten de mí cuidado.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMACUARTA.

Fueron á Egipto dos hermanos carnales, ambos hijos del rey Belo: el uno de ellos se llamó Danao, y tuvo de diversas mujeres cincuenta hijas; y el otro se llamó Egipto, y tuvo cincuenta hijos. Este Egipto deseaba mucho que sus hijos heredasen el reino de su hermano, y por esto procuraba casar sus cincuenta hijos con sus cincuenta sobrinas. Mas Danao rehusaba estos casamientos, porque, consultado el Oráculo, había respondido que le había de matar un yerno suyo; y así entre los dos hermanos nació guerra y disensión: por lo cual Danao, queriendo evitar el peligro y riesgo que le podía suceder, desamparando su tierra, vino á Grecia, donde por sus virtudes alcanzó el principado y gobierno. Viéndose Egipto despreciado de Danao, envió á sus hijos con poderoso ejército contra él, mandándoles que dando la muerte á su tío, se casasen con sus primas hermanas. Pusieron los manebos en ejecución el mandamiento de su padre, y

cercando en Argos á Danao, le obligaron (temiendo la muerte) á darles por concierto de paz á sus hijas por mujeres; y la noche del infelice desposorio dió á cada una un puñal para que matasen á sus maridos y primos; lo cual cumplieron ellas, obligadas del mandamiento y amenazas de su padre. Sola Hipermnestra, movida del amor y parentesco de su esposo y primo Linceo (ó como otros quieren Lino), no solamente no le mató, mas le libró de su padre, el cual, sabido el caso, prendió á Hipermnestra, atormentándola en rigurosa prisión, desde donde escribe esta epístola á su Linceo, contándole el suceso de la historia, para que apreciando el beneficio de ella recibido, la saque de la aficción presente, y la libre de su riguroso é injusto padre.

EPÍSTOLA DECIMACUARTA.

HIPERMNESTRA Á LINCEO.

Estas palabras, que ablandar pudieran
Un monte, tu Hipermnestra las envía
A un solo hermano, de cincuenta que eran.

Los demás yacen en la tierra fría
Por el crimen atroz de mis hermanas,
Casadas por traición y alevosía.

En prisiones terribles, inhumanas
Estoy puesta, y en cárcel tenebrosa
Por manos, no paternas, mas tiranas.

La causa más urgente y más forzosa
De tal suplicio y de congoja tanta,
Es haber sido para tí piadosa.

Porque temió la mano en tu garganta
Poner el hierro, soy culpada y rea,
Y en tal congoja, que escribilla espanta.

Si la maldad tan torpe como fea
Acometiera, fuera yo alabada
Cual Ninfa ilustre ó santa Semidea.

Venga lo que viniere, más me agrada
Ser rea, que á mi padre dar contento
En cosa tan horrfica y malvada.

No me pesa tener el pensamiento
Libre, y libres las manos de tu muerte,
Antes triunfo y me da contentamiento.

Y aunque sobre ello mi iracundo y fuerte
Padre me queme con el fuego santo,
A quien nunca violé de alguna suerte;

Y aunque este rostro abraze, que amas tanto,
Con las hachas ardientes que él pusiera
Por luminarias de tu eterno llanto;

Y aunque con filos de su daga fiera
Me degtelle, queriendo que con daga,
Si el esposo vivió, la esposa muera;

No hará que á su gusto satisfaga
Mi lengua, con decir, viendo su afrenta,
Pésame, pues me dan tan mala paga.

No hay para qué me pese ni arrepienta
De haber sido piadosa, aunque me viese
En más naufragios y en mayor tormenta.

Pésele á Danao, á mis hermanas pese
De su maldad, que á tan enorme hecho
Es justo que el pesar se le atreviese.

Que siempre suele, habiendo satisfecho
Su cruel venganza, una alma rigurosa
Pesarle, y las más veces sin provecho.

La remembranza triste, sanguinosa
De la tremenda noche lamentable,
Vuelve á Hipermnestra muda y temerosa.

Y el súbito temor insuperable
Acobarda mi lengua de tal suerte,
Que no puede escribir cosa notable.

¿Cómo pudiera ser mi mano fuerte
Para matar mi esposo y compañía,
Si teme de escribir casos de muerte?

Mas quiérome animar. Ya anohecía,
Y el sol huyendo con su carro y llamas,
Se mostraba la noche y se iba el día.

Cuando nosotras las Inaquias damas
En el palacio entramos placenteras
Del gran Pelasgo, indigno de estas tramas.

Recibe el suegro sus dañosas nueras,
Que armadas vienen, fuera de costumbre,
De fieros pechos y de dagas fieras.

Ya en torno de aquel cuarto, muchedumbre
De lámparas doradas relucían,
Supliendo la de Febo con su lumbré.

Ya inciensos por los fuegos se esparcían;
Y por ser este incienso infame y feo,
Los fuegos para el cielo lo escupían.

El vulgo daba voces á Himeneo;
Él huye por no ver tan crudo instante.
Solo acude el infierno á su deseo.

También dejó la esposa del tonante
Júpiter su ciudad, que ojos gloriosos
No pueden ver un caso semejante.

Veis donde en esto vienen los esposos,
Ebrios de vino y bien acompañados
De multitud y cantos sonorosos.

De nuevas florecillas adornados
Los sus cabellos, que con rico unguento
Estaban olorosos y bañados.

Con esta pompa, música y contento
Los llevan á sus tálamos, ó (hablando
Mejor) á sus sepulcros y tormento.

Oprime cada cual su lecho infando,
Más digno de las muertes que esperaban
Que de consorcio regalado y blando.

Ya en vino y en manjar y en sueño estaban
Sepultados, y en Argos ya no había
Sino quietud, pues todos descansaban.

Cuando cerca de mí me parecía
Oír unos sollozos y gemidos
De gente que á la muerte se rendía.

Y aquí no se engañaron mis oídos,
Pues era aquello mismo que en tal punto
El miedo dibujaba en mis sentidos.

Quedó mi rostro pálido y difunto,
Huyó la sangre, y el calor huyendo,
Perdí la fuerza y el sentido junto.

Y el cuerpo helado su vigor perdiendo,
Rendido á la congoja y cruel fatiga,
Cayó en la cama, do quedó temiendo.

Como la frágil y delgada espiga
Tiembra de un fresco céfiro tocada,
Hasta que el aura su aspirar mitiga;

O cual, si de Aquilón es contrastada,
De álamo blanco la copada cima,
Que tiembra en verse opresa y deshojada;

Así temblaba tu mujer y prima,
Y aun más, si temblar más me era posible:
Tal fué la fuerza de aquel miedo y grima.

Tú en este punto estabas insensible,
Que el vino que te di fué mixturado
Con infusión, á sueños apacible.

Entonces, pues, se me acordó el mandado
De mi padre cruel; huyóse el miedo,
Tornó el vigor y amedrentó al cuidado.

Levántome animosa, y con denuedo
Asgo del hierro horrífico, inhumano,
Por darte muerte y fin á nuestro enredo.

No te escribo patraña ó cuento vano;
Tres veces fué la daga de mí asida,
Cayéndose otras tantas de la mano.

Pero del mandamiento constreñida
De mi padre, cobré fiereza tanta,
Que quise en fin privarte de la vida.

Cogí el acero, y puesto en tu garganta,
A correr fuí la daga rigurosa
Con tal rigor, que agora á mí me espanta.

Mas el grave temor y el ser piadosa
Fueron estorbo al comenzado hecho;
Dejó mi mano empresa tan odiosa.

Volvíme contra tí, rasgué mi pecho,
Arranquéme el cabello de mis sienes,
Y díjeme esto quedo y con despecho:

Triste Hipermnestra, fiero padre tienes;
Cumple el gusto paterno, y acompaña
A sus hermanos este que aquí tienes.

Mas ¿quién me manda que á mi esposo dañe?
¿Quién gusta y quiere que con tal bajeza
Mi honor deslustre y á mi lustre empañe?

Soy hembra y virgen, y esta mi pureza
No pide sangre, y es mi pecho tierno
Por mi edad tierna y por naturaleza.

Armas feroces que inventó el infierno
No vienen bien á un brazo delicado,
Ni es apto á una doncella su gobierno.

Acaba; muera, pues está acostado;
Imita á tus hermanas, que ya creo,
Que habrán á sus esposos degollado.

Si mi derecho brazo fuera reo
De alguna muerte, el mismo brazo mío
Me diera muerte y fuera mi trofeo.

¿Por qué deben morir con tal desvío
Estos mancebos en su edad primera?
¿Porque heredan los reinos de su tío?

Si los ha de heredar gente extranjera,
¿No fuera para todos mejor suerte
Que fuera nuestra sangre la heredera?

Mas finjo que merezcan mal tan fuerte:
¿Qué hemos nosotras hecho, en cuya pena
Nos mandan ser ministras de la muerte?

¿Y en qué he pecado yo que se me ordena
Que no use de piedad, que es noble escudo
Contra nuestra maldad de infamia llena?

¿Qué tengo yo que ver con hierro crudo?
A una doncella y pecho femenino
¿De qué le sirve estoque ó dardo agudo?

Más propio es á mis dedos lana ó lino,
Más la rueca y el huso me agradaba,
Que daga horrenda ni puñal sanguino.—

Esto decía, y mientras lamentaba
Con mis razones, lágrimas saliendo,
Tu cuerpo bello y cándido mojaba.

Entonces abrazarme pretendiendo,
Como agravado con el sueño fueses,
Andabas con los brazos esgrimiendo.

Y como con la daga me tuvieses
Suspensa entre rigor y cobardía,
Poco faltó que en ella no te hirieses.

Ya en este punto ¡ay mísera! temía
De mi padre y sus siervos la presencia,
Y el resplandor del ya vecino día.

Mi llanto, mi dudar, mi resistencia
Te despertaron, luégo me abrazaste;
Pero díjete yo con vehemencia:

—Levántate, Linceo, huye: baste,
Que solo tú de muerte arrebatada
Entre tantos hermanos te escapaste.

Huye, deja la cama regalada,
Y si no huyes, esta noche triste
La última será de tu jornada.—

Con estas amenazas sacudiste
El sueño, y del temor amedrentado,
Dejándome en la cama te vestiste.

Contemplas el puñal de mí empuñado,
Y el mandarte partir te tiene en duda,
Y pídasme la causa alborotado.

Mas yo te dije:—En tanto que te ayuda
La noche, huye: evita la furiosa
Parca, y la suerte inexorable y cruda.—

Con esto y con la noche tenebrosa
Huíste, esta misérrima quedando
Triste en la triste cama dolorosa.

Apenas el aurora rutilando
Mostró su bella luz, cuando ya estaba
Mi padre nuestro albergue visitando.

Sus miserables yernos numeraba,
Y como entre su sangre los contase,
Uno halló que al número faltaba.

Llevó con impaciencia que escapase
Uno entre tantos: hízole una vida
Cuarenta y nueve muertes no estimase.

Quejábase con ansia dolorida,
Diciendo que en faltar un solo hermano
Fué poca sangre la que fué vertida.

Asióme del cabello con su mano
(Este es el premio de mi mansedumbre),
De rabia ciego y de furor insano.

Trájome á una prisión donde no hay lumbre,
A una cárcel que al Érebo parece,
Do quedo en sempiterna pesadumbre.

¡Ay! que el rigor de Juno permanece
Contra las de mi sangre, ¡ay desvarío!
¡Cómo por celos su malicia crece!

Crece desde aquel tiempo cuando lo
En vaca de mujer, de vaca en Diosa
Mudada fué por su beldad y brío.

Asaz fué pena grave y rigurosa
Que viniese á bramar, ¡ay caso injusto!
Quien era Ninfa célebre y hermosa.

Y vuelto en formidable y en robusto
El rostro que era tierno y agradable,
No pudo más á Júpiter dar gusto.

En la paterna orilla deleitable
Paró por recrearse en su corriente
La ternerilla, y vídose espantable.

Vióse en su padre, que iba transparente,
Con remolino y cuernos retorcidos,
Arma á su gran beldad desconveniente.

Quiso dar voces, pero dió bramidos;
De su figura y voz quedó espantada,
Corriendo montes, páramos y ejidos.

¿Para qué huyes, moza desdichada?
¿Qué miras, si la forma que te dieron
No es buena para en agua ser mirada?

Los pies al nuevo cuerpo te añadieron;
No los quieras cortar, que tal cabeza
Y tales miembros, tales pies pidieron.

Tú, aquella que pudiste ser combleza
A la hermana de Jove, y de su cama
Te atreviste á hurtar la mejor pieza;

Echa novilla de amorosa dama,
Paces del verde campo la espesura,
Y mitigas tu hambre con la grama.

Bebes del arroyuelo y fuente pura,
Y en sus cristales cándidos y bellos
Espantada contemplas tu figura.

Tus cuernos ves, y admiraste de vellos,
Y aun los gobiernas con alguna cuenta,
Temiendo de herirte á tí con ellos.

Tú, aquella que eras rica y opulenta,
Porque dejando Júpiter su cielo
Por tí, no lo tuviese por afrenta;

Con sumo oprobio y sumo desconsuelo,
Siguiendo ese rigor de tu destino,
Desnuda duermes en desnudo suelo.

Corres orilla el mar con desatino
Por tierra y por el Ínaco, y corriendo
La tierra, el río, el mar te dan camino.

¿Cuál es la causa por que vas temiendo,
Oh lo! ¿dónde vas? ¿dónde caminas?
No puedes de tu forma irte huyendo.

Inaquia, ¿á dó tus pasos encaminas?
La misma de quien huyes, acompaña,
Y á ella (aunque huyendo corres) te avvicinas.

Tú te eres compañera en las montañas,
Tú mesma en tus caminos te eres guía,
A tí te buscas y de tí te ensañas.

Nilo, que al gran Neptuno censo envía
Por siete grandes bocas, que cualquiera
Es tan capaz, que un piélagó haría;

Desnudó de la piel horrenda y fiera
A la furiosa vaca, y con victoria
El la gozó de su beldad primera.

¿Para qué de otros cuentos haré historia,
Que mis abuelos, padres y parientes
Me suelen dibujar en la memoria,

Si estos mis daños, que me están presentes,
Me dan materia para el llanto mío,
Que siempre mana de mis tristes fuentes?

Trata mi padre guerra con mi tío,
Y nosotras nos vemos despojadas
De nuestra casa, reino y señorío.

Somos acá en lo último arrojadas
Del mundo, y con grandísimo improprio
Vivimos (si esta es vida) desterradas.

Él goza airado todo nuestro Imperio,
Y nosotras con nuestro padre anciano
Vagamos con pobreza y vituperio.

De tanto hermano queda un solo hermano,
Y yo vengo á llorar los que murieron,
Y á las que obraron hecho tan villano.

Porque cuantos hermanos perecieron,
Tantas hermanas me quitó la suerte,
Pues con la ofensa de ellos me ofendieron.

De todos lloro la temprana muerte:
Estas y aquéllos tomen á su cuenta
El llanto acerbo que en su honor se vierte.

Vesme que por tu vida me atormenta
Mi padre, y si dilata su venganza,
Es para mayor pena y más afrenta.

¿Qué pena se dará á quien se abalanza
A algún delito, si me están matando
Por causa que era digna de alabanza?

Yo, desdichada, moriré, quedando
Un solo hermano; yo, que por mi estrella
La centésima fuí en aqueste bando.

Mas tú, oh Linceo, si esta mi querella
Te toca, ó si te acuerdas de la hermana
Que por te dar la vida ha de perdella;

O si es de algún valor la soberana
Dádiva que te dí, dándote vida,
Que es cuanto puede dar potencia humana,

Ven á darme favor, que está oprimida
Tu esposa, ó con tu mano, á quien respeto,
La muerte me darás que me es debida.

Y libre el cuerpo ya de tal aprieto,
Pégale fuego en la hoguera honrada;
Ya que en público no, será en secreto.

Recoge mi ceniza desdichada,
Y entiérrala con llanto y ámargura,
Que bien merezco ser de tí llorada.

Después manda grabar esta escritura
Breve, por mano artífice y maestra,
Sobre mi sempiterna sepultura:

«La desterrada y mísera Hipermnestra
Sufrió la muerte que quitó á su hermano,
Injusto premio á tan piadosa diestra.»

Quisiera proseguir; pero mi mano
Se desfallece por el grave peso
De esta cadena, y lo que escribo es vano;
Que el miedo ofusca al ánimo y al seso.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMAQUINTA.

Hecho el juicio de Paris en competencia de las tres Diosas, y habiendo éste dado la sentencia en favor de Venus, partió á Grecia por haber en su poder á Elena, mujer del rey Menelao; y fué por embajador de su padre sobre la libertad de Hesiona, hermana de Príamo. Llegando, pues, á Grecia, Paris fué recibido del Rey con grandísima pompa y hospedado en su real palacio; y viendo conformar la hermosura de Elena con la noticia que Venus de ella le había dado, así se enamoró de ella, que con señas y claras muestras le daba á entender su grande amor. Finalmente, ofreciéndose á Menelao ocasión de ausentarse de Esparta y de ir á Creta, queriendo Paris no perderla la escribió esta carta, donde con galanísimo artificio le significa lo mucho que la ama; y con fuertes argumentos y razones la persuade que se vaya con él á Troya, prometiéndola grandes riquezas y honras, que son los medios con que más fácilmente se allanan y vencen las dificultades.

EPISTOLA DÉCIMAQUINTA.

PARIS Á ELENA.

Hija de Leda, si se me concede,
Yo el Troyano amator salud te envío,
La cual sola de tí venir me puede.

¿Debo hablar? ¿ó es tan grande el poderío
De mi fuego, que él mismo se pregona,
Sin serle necesario el pregón mío?

Más de lo que conviene á mi persona
Se conoce mi amor, y es descubierto,
Pues tú me traes á Grecia y no Hesiona.

Holgara que este amor fuera encubierto
Mientras el tiempo corre; de manera,
Que el miedo cierto hace algo incierto.

Pero mal disimulo. ¿Quién pudiera,
Ni puede, ni podrá cubrir el fuego
Que con su misma lumbre reverbera?

Y si gustas, mostrándose él, que luego
Con viva voz te diga lo que siento,
Digo que me arde y quema el niño ciego.

Abrásome, y por tí vivo en lamento:
Ves aquí tienes en espacio breve
Palabras que te anuncian mi tormento.

Perdona al que á decírtelo se atreve,
Y acaba de leer esta escritura
Con el amor que á mi pasión se debe;

No con airado pecho y cerviz dura,
No con torcido rostro ni estupendo,
Mas con semblante igual á tu hermosura.

Ya ha rato que me alegro, porque entiendo
Que fué mi carta al puerto con bonanza,
Donde con tu piedad la estás leyendo.

Y esta imaginación me da esperanza
Que he de ser yo tu dueño, recibido
Con la clemencia que mi carta alcanza.

La cual confirme el cielo esclarecido,
Y haga que de Amor la madre hermosa
En vano no te me haya prometido.

Ella me persuadió la peligrosa
Jornada, y soy traído como amante,
Por el divino impulso de esta Diosa.

No incurras en pecado de ignorante:
Deidad, y no pequeña, ha dado aliento
A empresa para mí tan importante.

Grande es el premio que ganar intento,
Mas no indebido, pues la Citerea,
Pudiendo, te me ha dado en casamiento.

Yo, siendo ella mi guía, la Sigea
Playa dejé, cortando los instables
Caminos con la armada Fereclea.

Ella me dió los vientos favorables;
Y porque el mar mi navegar no impida,
Quietó sus ondas, hízolas tratables.

¿Y qué mucho que al piélago presida,
Le imponga leyes; alcabala y pecho,
Si es Diosa y en el piélago nacida?

Persevere, esté firme en mi provecho,
Y así como en el mar favor me ha dado,
Favorezca al incendio de mi pecho.

Y al voto, al presupuesto enamorado,
Con que rendido estoy á tu gobierno,
Le traiga al fin y puerto deseado.

No soy, cual piensas, amator moderno,
Ni te amo sólo desde que el divino
Rostro ví tuyo, estampa del eterno.

Conmigo el fuego en que me abraso vino,
Trájele yo, no le hallé en tu tierra,
Y éste la causa fué de mi camino.

No porque el triste invierno me dió guerra,
Ni por error de altura ó desconcierto,
Que muchas veces en el mar se encierra,

Surgió mi flota en el Tenáreo puerto,
Ni creas que por oro ó granjería
Abro del ancho mar el surco incierto.

Los Dioses de la inmensa Monarquía
Guarden (como ellos pueden) mi riqueza,
Para que tuya sea como es mía.

Ni vine á ver la corte ni la alteza
Del griego imperio, ni las suntuosas
Ciudades que amplifican su grandeza.

Ciudades, torres, villas populosas
Tiene mi reino Dárdano, y más gente
Que las hace más ricas y abundosas.

A tí busco, á tí quiero solamente,
A tí que eres la esposa á mí otorgada
De Venus, por lo cual te he amado ausente.

De mí fuiste primero deseada
Que conocida, y antes que te viera
Fuiste en mi mente vista y contemplada.

La fama, que es y ha sido pregonera
De tu beldad, te puso en mi memoria
Tan bien grabada, como sello en cera

¿Creerás esto de mí? pues fué tu gloria
Menor que la verdad que representa
La perfección que en tí se ve notoria.

La fama con exceso es avarienta
En publicar la luz que me da vida,
De tu belleza que mi sér sustenta.

Mayor beldad hallé que prometida
Me fué, por donde juzgo que tu fama
De su propia materia está vencida.

Y así con justa causa ardió en tu llama
Teseo, y decretó con su prudencia
Ser digna de robar tan bella dama,

Mientras desnuda, pero con decencia
(Por ser costumbre antigua de tu gente),
Entraste en la palestra en competencia;

Donde tu cuerpo ilustre y excelente,
Luchando con valientes justadores,
Dió muestras de perfecto y de valiente.

Alabo el hurto, y doyle mil loores;
Y admírome de ver que te volviese
Contra todas las leyes de amadores.

Que prenda de tan válido interese
Fuera justo guardarla aunque muriera,
Dando mil vidas antes que la diese.

Primero mi cerviz se dividiera
De su cabeza, que este tu Troyano,
Si te robara, te restituyera.

¿Quisiérate soltar esta mi mano,
Habiendo recibido tal recibo
Como es tu cuerpo y rostro soberano?

¿Sufriera yo dolor tan excesivo,
Que de este seno que llegó á tocarte
Te apartaras un hora siendo vivo?

Supongo me obligaran á tornarte;
A lo menos gozara tu belleza,
Por no pecar de corto en esta parte.

O cortara la flor de tu pureza,
O cogiera de tí lo que es posible
Coger, sin agraviar á tu limpieza.

Haz, pues, agora prueba conveniente
De mí; verás mi fuego y mi constancia;
Verás que á Paris todo le es factible.

Porque es de este mi ardor la exuberancia
Tal, que el ardor de mi hoguera ardiente
Sólo podrá dar fin á su arrogancia.

En más tuve un cabello de tu frente,
Que á cuantos reinos Juno me ofrecía
Y ofrecerme pudiera eternamente.

Y por ceñir tu cuello sólo un día
Con dulce abrazo, he dado por ninguno
Cuanto saber Minerva me infundía.

Y esto fué cuando Venus, Palas, Juno,
Desnudas y en discorde competencia,
En Ida parecieron de consuno.

Allí, poniendo en pleito y resistencia
Sus cuerpos y bellezas, yo elegido
Fuí para dar entre ellas mi sentencia.

No estoy de haberla dado arrepentido,
Ni en elegirte á tí seré juzgado
De haber con pecho rústico elegido.

Ratifico otra vez lo sentenciado,
Pues sin gozarte, no estimara en nada
Toda la ciencia y todo lo criado.

Ruégote, pues, oh Reina celebrada,
Tú que mereces ser de mi persona
Con tanto afán y tanto amor buscada,

Que pues con la piedad se perfecciona
La belleza, no humilles mi esperanza,
Antes la alienta, ensalza y galardona.

No busco tu consorcio ni alianza
Injustamente, ni es mi sangre indina
De tu valor, que igual valor alcanza.

No serás torpe y baja concubina
Siendo mi esposa, que si te estimares
Por divina, mi casta es tan divina.

Si mi stirpe real escudriñares,
A Electra hallarás y á Jove eterno,
Cuando en otros abuelos no repares.

Mi padre tiene el cetro y el gobierno
Del Asia, que es región la más dichosa
De cuantas mira el cielo sempiterno.

Es su capacidad tan espaciosa,
Que apenas podrá verse en dos edades,
Si la quisiese ver vista curiosa.

Verás soberbias, ínclitas ciudades,
Torres, cimborios, techos de oro fino,
Dignos de consagrarse á las deidades.

Verás el edificio peregrino
De el Ilión, y el muro, cuyo asiento
Es fuerte, es inmortal, es diamantino.

Edificóse al són del instrumento
Armónico del padre de la lumbre,
Y así fué milagroso el fundamento.

¿Qué te diré de aquella muchedumbre
Del vulgo, y de los nobles que en la guerra
Es alcanzar victorias su costumbre?

Tanta es la gente que mi reino encierra,
Que sale ya á ocupar otras regiones,
Por no caber en Asia, que es su tierra.

Saldránte á recibir en escuadrones
De Troya las matronas placenteras,
A darte con amor sus corazones.

Allí te admirará con muchas veras
Ver que no caben dentro de las salas
Del Rey mi padre las hermosas nueras.

¡Oh, cuántas veces las volantes alas
Del espanto darás en tu memoria
Viendo tanta riqueza y tantas galas!

Y dirás:—Al respecto de la gloria
Y opulencia que en Troya hemos hallado,
Cuanto hay en nuestra Acaya es como escoria.—

Más vale lo que está depositado
En cualquier casa que mi Troya tiene,
Que todo lo que vale este reinado.

Y no desprecio yo, ni me conviene
A Esparta despreciar, pues harto precio
Tiene con la beldad que en sí contiene.

La tierra en que naciste adoro y precio,
Besar tal tierra tengo por ventura,
Y en lo que vale el orbe y más le aprecio.

Mas es tan pobre Esparta, que se apura
Si el ornato te da que te es debido,
Y en fin no es conveniente á tu hermosura.

Conviene que tal cuerpo esté vestido
Y tenga de regalo cuanto pueda,
Hasta beber del ámbar escogido.

Cuando á caballo, ó platicando en rueda,
Soldados vieres de mi compañía
Con tanto aimizcle, tanta joya y seda,

Podrás conjeturar la bizarría,
El aparato y término elegante
Que en Frigia trae la que es cuñada mía.

Ríndete, pues, agora al que es tu amante;
Entrégame ese cuerpo soberano;
No difieras el dar para adelante.

Hermosa dama de solar greciano,
No te desprecies de elegir esposo
De sangre frigia y de valor troyano.

Troyano y de mi casta es el hermoso
Mancebo, del Dios Júpiter querido,
Y hecho su copero venturoso.

Troyano fué el amante y el marido
De la rosada Aurora, y no por sello
Fué de ella con desdén aborrecido.

Troyano fué también el fuerte y bello
Anquises, de su Venus tan amado,
Cuanto es el Ida buen testigo de ello.

No pienso, si me viese comparado
Con Menelao en ánimo y belleza,
(Juzgando tú), yo fuese condenado.

Ni suegro te daré de tal fiereza,
Que obligue con su atroz mantenimiento
Que huya el sol con suma ligereza.

Ni tengo abuelo rígido y sangriento
Por muerte de su suegro, y que dé nombre
Al mar, dando á Mirtilo fin violento.

Ni en toda mi prosapia verás hombre
Que en el Estigio lago puesto viva
Con tanta hambre y sed que al Orco asombre;

Pues si quiere gustar la fugitiva
Fruta y de la agua, se le van huyendo,
Ésta hacia abajo, aquélla hacia arriba.

Pero ¿qué me aprovecha, si trayendo
Su infame origen de esta infame gente,
Te goza, mi tesoro poseyendo?

Y por gozarte así, forzosamente
Ha de ser yerno del que rige y manda
Como absoluto Dios omnipotente.

Todas las noches, ¡oh maldad infanda!
Posee tu lado, y de tu abrazo asido,
Duerme en tu cama regalada y blanda.

Y á mí tan solamente es permitido
Verte á la mesa, y aun en esta mesa
Hay cosas que me tienen ofendido.

Tan cruel comida, cuna tan aviesa
Les venga siempre á cuantos desamares
Y á cuantos de mi bien y amor les pesa.

Coman mis enemigos los pesares,
Gusten las hieles que me ordena y traza
El celo entre los platos y manjares.

Pésame ser tu huésped cuando enlaza
En mi presencia tu divino cuello
Y á mi pesar el rústico te abraza.

Deshágome, y de envidia muero en vello,
Cuando te cubre con su ropa (¡ay loco!
¿De qué me sirve hacer memoria de ello?)

Y tocando la gloria que no toco,
Procura con sus dichos requebrarte,
Aunque de discreción alcanza poco.

Tal vez, queriendo el bárbaro besarte,
Tomé la taza y hice que bebía,
Por cubrirme la vista y no mirarte.

Tal vez, cuando en sus brazos te ponía
Y con su pecho indigno te apretaba,
Los ojos humillaba y no lo vía.

El bocado en la boca se aumentaba,
Y cubriendo mis ansias con rebozos,
Sin mascararlo por fuerza lo tragaba.

Mil veces dí suspiros y sollozos,
Mas tú como la uva y tierna dama,
Nunca pudiste refrenar tus gozos.

Mil veces este fuego que me inflama
Quise apagar con vino, y creció el fuego
La una llama atizando á la otra llama.

Mil veces por no ver la trisca y juego
En que los dos estábades, al punto
Volviendo el rostro me mostraba ciego.

Mas recelando de quedar difunto,
Volví mis ojos á tus ojos claros,
Como á divino y celestial trasunto.

En trances tan dudosos y tan raros,
Carezco de elección y titubeo,
Que aunque remedios hallo, cuestan caros.

Duéleme el alma si estas cosas veo,
Y en no viendo tu rara gentileza,
Mi dolor crece, y crece mi deseo.

Cuanto es posible á humana fortaleza,
Disimular procuro el fuego airado
Que el cielo enciende y sopla tu belleza.

Mas muéstrase el ardor disimulado;
Que amor no puede estar siempre escondido,
Ni el fuego puede estar siempre ocultado.

No finjo amarte, ni es mi amor fingido;
Sientes mis llagas, mi tormento sientes,
Eres discreta, y tiénesme entendido.

Y ¡ojalá mis pasiones vehementes
Nadie las infiriera ni alcanzara!
Mas tales son, que al mundo están patentes.

¡Ay! ¡cuántas veces me cubrí la cara,
Yendo á llorar, porque tu necio esposo
La causa de ello no me preguntara!

¡Ay, cuántas veces como cauteloso,
Después de haber bebido, refería
Algún cuento de amores mentiroso!

Y á cada punto y pausa que yo hacía,
Miraba tu beldad, manifestando
Con esto que mi historia te decía.

Y el cuento en nombre ajeno disfrazando,
Indicio de mi amor te dí bastante,
Y de este incendio en que me estoy quemando.

Yo soy, si no lo sabes, el infante
Propuesto con equívoca apariencia,
Y así, tú eres la dama, y yo el amante.

También más de una vez en tu presencia
Fingí embriagarme por decir razones
Llenas de atrevimiento y de licencia.

Y acuérdome, á pesar de mis pasiones,
Que suelto acaso aquel cendal ó lista
Que de oro y seda sobre el pecho pones,



Un cielo empíreo se mostró á mi vista;
Poco es el cielo, pues que ví tu pecho,
Que al cielo ilustra y al amor conquista.

No es nieve, pues la excede, ni fué hecho
De blanca leche y de jazmín preciado,
Que ante él todo blancor queda deshecho.

El cisne, en quien fué Jove trasformado
Por coger de tu hermosa madre el censo,
Fué negro con tu pecho comparado.

Quedé elevado, atónito y suspenso
Con el objeto raro y soberano,
Y aun hoy me elevo si en su vista pienso.

Esto fué en punto que á beber ufano
La taza alzaba, y como me turbaste,
Se me cayó la taza de la mano.

Demás de esto, las veces que besaste
A Ermione, tu hija, en ese punto
Los besos le quité que me quitaste.

Ya, recostado á traza de difunto,
Canté viejos amores, porque oyese
Cómo llevaba amor el contrapunto.

Ya, porque mis conceptos entendieses,
Hice con rostro y dedos muchas señas,
Con tal ardid que sola tú las vieses.

Y á las dos más queridas de tus dueñas,
Etra y Clemene, tuve atrevimiento
De hablallas con caricias halagüeñas.

Mi secreto les dije y mi tormento,
Mas son hembras en fin; ellas callaron,
Y tímidas huyeron como el viento.

La palabra en la boca me dejaron,
Y sin oír mi petición entera,
Mis ruegos con su miedo amedrentaron.

¡Pluguiera al cielo, á Júpiter pluguiera
Que una aventura, lucha ó justa hubiese,
Donde tu hermosura el premio fuera!

¡Y que en lugar de lauro se le diese
Al vencedor dichoso gloria tanta,
Que ser tu amado esposo mereciese!

Que así como Hipomenes á Atalanta
Ganó, primero al término llegando
Con más cautela y más ligera planta,

Y como el fiero Alcides quebrantando
Los cuernos de Aqueloo quedó glorioso,
De Deyanira y su beldad gozando,

Así de estas victorias envidioso,
Yo fuera más feroz, más atrevido,
Pues esperaba premio más honroso.

Tuvieras mi ardimiento conocido,
Supieras que eras obra de mi mano,
Y premio á mis sudores concedido.

Mas si en aquesto espero, espero en vano;
Sólo resta pedir que no te pese
Que te importune el amador Troyano.

Permite por tu gusto y mi interese
(Si no te ofende ya mi atrevimiento)
Que tus hermosos pies abrace y bese.

¡Oh honor de tus hermanos y ornamento,
Y digna (á no ser hija del sagrado
Júpiter) de su unión y casamiento!

¡Oh! vuelva yo contigo al puerto amado
De Troya, ó quede aquí cenizas hecho,
Aborrecido, muerto y desterrado.

No me rompió liviana flecha el pecho;
No tengo parte en las medulas sana,
El mismo corazón siento deshecho.

Esto profetizó mi sabia hermana
(Acuérdome muy bien), que yo sería
Llagado de saeta soberana.

Elena hermosa, luz del alma mía,
Así conserve el cielo tu hermosura
Y acuda á darte gusto y alegría;

Que esta mi voluntad sincera y pura
No quieras despreciar; mi amor recibe,
Pues lo ofrece mi estrella y mi ventura.

Más conceptos se ofrecen que te escribe
Mi tarda mano, y á callar me obliga
La ley que ser prolijo me prohíbe.

Y para que en presencia te los diga,
Recíbeme una noche en tu aposento,
Y sabrás por extenso mi fatiga.

¿Has cobrado por este atrevimiento
Vergüenza alguna? ¿ó quebrantar recelas
La casta fe debida al casamiento?

¡Ay simple entre las niñas simplezuelas,
Por no llamarte rústica y salvaje!
En vano temes, sin provecho velas.

¿Piensas que esa beldad con ese traje
Se puede conservar tan pura y clara
Que á amor no reconozca vasallaje?

Una de dos: ó múdate la cara,
O ablanda el alma inexorable y dura;
Que no es de suyo la belleza avara.

Entre la castidad y la hermosura
Hay disensión y guerra perdurable,
Y raras veces tiene paz segura.

El amoroso hurto deleitable
Ha sido siempre, y es acá en el suelo,
A Júpiter y á Venus agradable.

Este te ha dado á quien gobierna el cielo
Por padre: ¿qué disculpa, pues, te queda
Para poder negarme este consuelo?

Y si el ardor del padre el hijo hereda,
Casta no puedes ser, pues tu simiente
Procede y es de Júpiter y Leda.

Entonces serás casta y continente
Cuando Troya nos tenga y nos posea,
Gozándote conmigo solamente.

Comencemos la lucha y la pelea,
Que después el gozarme por marido
Bellísima la hará, si agora es fea;

Si no es que la adorada en Chipre y Gnido,
Por darme sobresaltos y zozobras,
En vano te me hubiese prometido.

Y pues en discreción á todos sobras,
Advierte que lo mismo te amonesta
Tu esposo, no con dichos, mas con obras.

Ausentóse de aquí porque dispuesta
Quedases á mi bien, y su presencia
No fuese impedimento á nuestra fiesta.

Para ir á Creta y ordenar ausencia,
Nunca se le ofreció tiempo en su vida
Mejor. ¡Oh Rey de grande providencia!

El se partió, diciéndote en su ida:
«Amada y bella esposa, ten cuidado
Por mí del huésped que nos vino de Ida.»

Mas tú ¡oh cruel! desprecias el mandado
De tu marido ausente, y no te curas
Del huésped que te ha sido encomendado.

¿De este tu esposo y de sus sienes duras,
De su rusticidad y amor villano
Esperas más regalos y dulzuras?

¿Piensas que ha de saber, ni es en su mano
Saber hacer estima del divino
Tesoro de tu cuerpo soberano?

Engañaste, y proballo determino:
Si tu belleza y prendas estimara,
No las fiara así de un peregrino.

Y cuando con moverte no bastara
Mi ruego humilde, ni mi ardor que crece
Y sube al cielo, y aun allí no para,

Tu esposo, que de mí se compadece,
Obliga y fuerza que los dos gocemos
De la comodidad que él nos ofrece.

Si ésta resbala y se nos va, seremos
Tan necios, que en ser necia y yo ignorante
A tu necio marido venceremos.

Y pues te trajo á casa nuevo amante,
Y casi con sus manos me ha traído
Do gozo el esplendor de tu semblante,

Abraza la ocasión que te ha ofrecido,
Cumple su gusto, y usa en tu provecho
De la simplicidad de tu marido.

Tú sola estás en tu desierto lecho;
Yo duermo solo en mi desierta cama,
Si duerme el que al amor tiene en el pecho.

Gocémonos los solos, bella dama,
Y en el secreto de la noche fría
O ven do estoy, ó donde estás me llama.

Aquella noche para mí sería
(Demás de ser mi gloria y mi contento)
Más clara y de más luz que el mediodía.

Allí me obligaré con juramento
A todas cuantas cosas me obligares,
Y me uniré contigo en casamiento.

Allí, si de mi crédito fiases,
Daremos traza, pues que dalla puedo,
De irnos á Troya cuando lo ordenares.

Si te ocupa vergüenza ó tienes miedo
De dar indicios que espontáneamente
Sigues mis pasos y amoroso enredo,

Yo me publicaré por delincuente,
Confesaréme por ladrón y reo,
Y quedarás del crimen inocente.

Imitaré la empresa de Teseo,
De tus hermanos seguiré la historia,
Y así veré cumplido mi deseo.

No te pude traer á la memoria
Más vivo ejemplo, más activo y fuerte,
Para rendirte y alcanzar victoria.

Robóte aquél por su dichosa suerte,
Y éstos á las Leucípidas robaron;
Yo quiero ser el cuarto y no perderte.

Las naves que en tu honor se fabricaron
En Troya, y mis fortísimas galeras,
Tu sí demandan, y tu sí esperaron.

Armas y gente, remos y banderas
Tienen, no temas de embarcarte, y luego
Saldrán cortando el piélagó ligeras.

Y puesta en salvo con aplauso y juego,
En Frigia como reina poderosa
Gozarás de descanso y de sosiego.

Irás por sus ciudades ¡rara cosa!
Triunfante, y por do quiera que pasares
El pueblo te honrará como á su diosa.

Tendrá alfombras la tierra que pisares,
Y el etiopiso cinamomo al cielo
Dará su olor, quemado en tus altares.

La víctima que allí con santo celo
Se te ofreciere, con sus pies y manos
Hiriendo, ofenderá al sanguíneo suelo.

Mi padre, mis hermanas, mis hermanos,
Mi cortés madre, hembras y varones,
Los nobles, los plebeyos y villanos,

Con músicas, con himnos, con canciones
Celebrarán tu fiesta, y por honrarte
Te ofrecerán innumerables dones.

¡Ay de mí! que no puedo aquí explicarte
De lo que allí verás en honra tuya,
De la centena parte, la una parte.

Más porque en breve epílogo concluya,
En Troya aquel honor te será dado
Según tu alteza y la potencia suya.

Ni hayas temor que habiéndote robado
Con guerras te persiga tu marido,
Ni junte Grecia su escuadrón armado.

Tantas damas hurtadas como ha habido,
Dí, ¿cuándo á fuerza de la lid sangrienta,
Cuándo, dime, las han restituído?

¿Dónde la historia un ejemplar presenta?
Y siempre en tal suceso, en tal desgracia,
Más es que la verdad lo que se cuenta.

Robó á la bella Oritia el rey de Tracia,
Y no por eso Tracia tuvo guerra,
Antes se echó á Aquilón esta falacia.

Hurta Jasón con el valor que encierra
A Fasida, y su Colcos cerró el labio
Sin dañar á Tesalia ni á su tierra.

Teseo el fuerte, y más que fuerte sabio,
Robó á Ariadna como á tí, y con esto
Vemos que Minos no vengó su agravio.

Y así por los ejemplos que he propuesto,
Consta que en tales casos el espanto
Es mayor que el peligro manifiesto.

Mas finge, si quisieres, todo cuanto
Puede venir de guerra acelerada;
Júntese Grecia á procurar mi llanto.

Fuerza hay en Paris, y aun será doblada;
Que sí en tratar de amor soy excelente,
También lo soy en gobernar la espada.

Ni es de menor potencia la eminente
Asia que vuestra Grecia, pues le sobra
Multitud de caballos y de gente.

Ni tendrá Menelao para esta obra
Más ánimo que yo, ni estando armado
Cobrará más vigor que Paris cobra.

Siendo muchacho, recobré un ganado
Dando la muerte á muchos enemigos,
Por lo cual fuí Alejandro intitulado.

Siendo muchacho, á todos mis amigos
En la lucha vencí, y de esto Ilioneo
Y Deifobo serán nobles testigos.

Y no entiendas que sólo el brazo empleo
Sobre el contrario que me ofende junto,
Que junto y lejos con valor peleo.

Tengo en el arco tanto pulso y punto,
Que siendo de mi brazo sacudido,
El blanco enclavo do la flecha apunto.

No me puedes contar de tu marido
Tales hazañas, ni en aquesta ciencia
El grande Atrida quedará instruído.

Pero si porfiaras que en potencia
Me iguala, y que el ejército greciano
Compíte con mi Troya en excelencia;

En cuanta gente se juntare en vano,
No me darás ¡oh imagen de belleza!
Un Héctor de las prendas de mi hermano.

El solo, por su mucha fortaleza,
Vale por un millón, cuyo desnudo
Es más bravo y feroz que la fiereza.

No sabes cuánto valgo, cuánto puedo;
Ignoras con quién has de ser casada,
Origen y principio de tu miedo.

Segura está que no serás buscada
De griega flota, y si buscada fueres,
La Grecia será triunfo de mi espada.

Ni habré en desprecio convocar poderes,
Ni dar batallas por tan bella esposa,
Pues más mereces tú por ser quien eres.

Que cuanto es una joya más preciosa,
Más cuesta, y cuanto el premio es más notable,
Es tanto más la empresa peligrosa.

También redunda en tí gloria admirable,
Que á causa tuya el mundo tenga guerra,
Siendo tu fama y nombre perdurable.

Sal, pues, con fausto agüero de esta tierra,
Y tu esperanza en mi valor confirma,
Y las promesas que esta carta encierra
Me pedirás en fe de esta mi firma.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMASEXTA.

Muchos afirman que esta epístola no es de Ovidio, sino del poeta Sabino, contemporáneo de Ovidio, el cual respondió á todas estas epístolas, como el mismo Ovidio lo manifiesta en el segundo libro de sus *Elegías*, escribiendo á su amigo Marco, donde dice: *Quam cito de toto rediit meus orbe Sabinus*, etc. Con lo cual no prueban su opinión, pues nombrando de industria Ovidio todas las epístolas á que respondió Sabino, no nombra la de Paris ni la de Elena, sino es más abajo en la misma Elegía, cuando nombrándolas por suyas, dice:

*Et Paris est illic, et adultera nobile crimen,
Et comes extincto Laodameia viro.*

Demás de esto, es tenuta por de Ovidio de todos los hombres doctos, y á mi pobre parecer en ninguna de sus epístolas mostró más artificio, más pensamiento, más doctrina que en esta de Elena,

aunque todos á la de Safo conceden la palma. Recibiendo, pues, Elena la carta de Paris, como quisiere condescender á su petición, le respondió en ésta, en la cual Ovidio, con admirables colores retóricos, pone la naturaleza y condición variable de la mujer que no está firme en el temor de Dios. Ya se muestra grave, ya afable; ya rigurosa, ya mansa; ya niega, ya concede; ya suelta, ya ata; ya le despide, ya le da esperanza, dándole ocasión de que se atreva y persevere; y en fin se remite á dos secretarias suyas, en cuyas manos tenía depositado su secreto.

EPISTOLA DÉCIMASEXTA.

ELENA Á PARIS.

Ya que, con artificio nunca oído,
A mis ojos, á mí y á mi belleza
Violó tu carta, oh huésped atrevido,

Parece que me obliga mi grandeza
A responder; y no es pequeña gloria
Inclinar mi valor á tu bajeza.

¿Has osado otra vez, por transitoria
Delectación de amor, dí peregrino,
Traído por tu mal á mi memoria;

Has osado otra vez con desatino
Las leyes quebrantar del hospedaje,
Que guarda el mundo como don divino?

¿Acostumbras, fiando en tu linaje,
Solicitar las Reinas que casadas
Guardan del matrimonio el homenaje?

¿Con este intento fueron arribadas
Tú y tus gentes, de hambre casi muertas,
A mi puerto, do han sido regaladas?

¿Sólo por esto las reales puertas,
Aunque viniste de diversa gente,
Tuviste con amor y aplauso abiertas?

¿Es por ventura paga conveniente
Del hospedaje que en mi esposo hallaste
La injuria que le tramas torpemente?

Cuando en mis puertos y en mi casa entraste,
¿Eras huésped, dí, Paris, ó enemigo
Que con nombre de huésped me engañaste?

Bien sé que, aunque es la queja que prosigo
Justa, he de ser por tu sentencia vana,
Rústica y descortés en lo que digo.

Mas sea inhábil, rústica y villana,
Con tal que en la vergüenza esté constante,
Y el mundo no me inculpe de liviana.

Si no tengo severo mi semblante,
Ni en público me muestro rigurosa,
Fantástica, intratable y arrogante;

Es á lo menos ínclita y gloriosa
Mi fama, y he vivido sin pecado,
Aunque parezco poco-escrupulosa.

Y no puede alabarse hombre criado
Que ha tenido favor de mí, y me ofende
Quien tal contra mi honor ha imaginado.

Y lo que más me admira y me suspende
Es contemplar tu necia confianza,
Que tan barata á tu querer me vende.

No sé qué causa ó qué razón alcanza
Tu pobre seso (si posees alguno)
Que de adquirir mi amor te dé esperanza.

Porque el heroico nieto de Neptuno
Por fuerza me robó, siendo el efeto,
Por ser yo niña, frívolo y ninguno,

¿Te ha parecido á tí como indiscreto
Ser digna que otra vez fuese hurtada
A Menelao perdiéndome el respeto?

Si siendo requerida y requebrada
Me dejara hurtar, entonces fuera
De todo el mundo con razón culpada.

Mas si con mano tremebunda y fiera
Me arrebató, ¿qué culpa he cometido,
Sino es el no querer lo que él quisiera?

No sacó fruto de me haber cogido,
Antes volví sin daño y detrimento;
Sólo pasé el temor que no he perdido.

Y cuando mucho, tuvo atrevimiento
De me besar en ocasiones raras,
Sin ir más adelante con su intento.

Tú (según tu maldad) no te agradaras
Con esta primer fruta de los labios,
Ni en verme niña y tierna repararas.

Hiciéronle mejor los Dioses sabios,
Haciéndole de tí desemejante,
Por atajar su daño y mis agravios.

Volvióme intacta el valeroso amante,
Disminuyendo el caso atroz y feo
Con su modestia digna que se cante.

Pesóle al mozo del enorme empleo;
¿Y por ventura es bien que le pesara
De tu rapiña al ínclito Teseo,

Porque en su robo Paris le heredara,
Y en las lenguas del vulgo mentiroso
Mi nombre y opinión periclitara?

Ni me enojo por verte así animoso,
Que contra un amator ¿quién puede airarse?
Sino es que este tu amor es alevoso.

Y aun dudo si es seguro confirmarse
Tu amor por verdadero y sin mudanza,
Que es fácil el varón para mudarse.

Dudo, no por faltarme confianza
De mi beldad, ni porque desespero
De la hermosura que mi rostro alcanza;

Mas porque atentamente considero
Que es dañoso á las damas y á sus nombres
Creerse y confiarse de ligero.

Y es fama entre nosotras, no te asombres,
Que no decís verdad jamás en cosa,
Y que sois falsos y sin fe los hombres.

Dirás que no hay mujer casta y hermosa,
O que á lo menos entre las más bellas
Es rara y singular la vergonzosa.

¿Pues quién me veda á mí vivir entre ellas,
Y ser entre las raras, rara y casta;
Si hay firme, firme; estrella si hay estrellas?

Y si imaginas que mi madre basta
Para que con su ejemplo y vituperio
Yo peque, en vano tu saber se gasta.

Contempla que mi madre en su adulterio
Excusa tuvo, pues que fué engañada
Con falsa imagen llena de misterio.

Con blanca pluma estaba disfrazada
La deidad del que rige aquella estancia
Que es por los altos Dioses habitada.

Ningún engaño, fuerza ni ignorancia,
Si yo peco, me excusa, ni habrá velo
Con que pueda cubrir mi exorbitancia.

Ella si erró, discúlpela su celo,
Su vicio redimió por ser causado
Del autor que preside en tierra y cielo.

Mas si yo triste hubiese adulterado,
¿Qué cisne, qué dios Júpiter me dieras
Con que fuera mi error calificado?

Tu sangre y tus abuelos exageras,
Tu regio nombre has bien encarecido,
Bien te alabas, ilustras y ponderas.

Mi linaje es del orbe conocido,
Mi clara stirpe al resplandor febeo
Deshace con la lumbre que ha adquirido.

Quiero callar á Tántalo y á Atreo,
A Pélope y á Tindaro famoso,
Y á los demás parientes que poseo.

Basta decir que á Júpiter glorioso
Me dió por padre la engañada Leda
Por el fingido cisne cauteloso.

Agora vé y publica con faz leda
De tus ilustres padres la simiente;
Verás tu orgullo cuán ajado queda.

Con Príamo el magnánimo y prudente
Señala á Laomedonte, y su osadía,
A los cuales venero acá en mi mente.

Mas el que da valor y nombradía
A tu noble prosapia, es quinto en ella,
Y es el primer cimiento de la mía.

Y bien que entienda que tu Troya bella
Es rica, y que su cetro es soberano,
Y que tú bastas para ennoblecella;

Mas no me persuado que el greciano
Imperio, en majestad y fortaleza
Es de menos quilates que el troyano.

Y si es inferior en la riqueza
Y en número de gente nuestra Esparta,
También lo es Troya en término y nobleza.

Tanto oro me promete esta tu carta,
Que á nuestras Diosas en su eterno coro
Mueve, y del casto intento las aparta.

Mas si ya los umbrales del decoro
Quisiera traspasar como atrevida,
Hiciéralo por tí, no por el oro.

O guardaré mi honor toda mi vida,
O siguiéndote iré por mil regiones,
Antes de amor que de tu dar vencida.

Ni desprecio tus dádivas y dones,
Que siempre son las dádivas preciosas,
Y en ser tú quien las das, valor les pones.

Mas lo que más me agrada en estas cosas
Es tu amor firme, y que por causa mía
Acometas empresas peligrosas.

Y que trayendo por tu norte y guía
A tu esperanza, de ese mar insano
El agua dividieses cana y fría.

Ñoto también las señas que tu mano
Hace en la mesa, aunque con pecho invito
El rostro tuerzo, y disimulo en vano.

Tal vez me miras tan de hito en hito,
Que resistir tu vista no pudiendo,
Mis ojos á la tierra precipito.

Tal vez suspiras, y tal vez cogiendo
Mi vaso, bebes por la misma parte
Que primero me viste estar bebiendo.

¡Ay, cuántas veces para declararte,
Con rostro y con los dedos me hablabas,
Supliendo las palabras con el arte!

Y las más de ellas, como te elevabas,
Temí que no las viese mi marido:
Con tan poco recato las obrabas.

Y del temor que tuve concebido,
Dí bastante señal en tu presencia,
Mostrando el rostro cándido encendido.

Mil veces dije, viendo tu insolencia:
—Éste es amante, y es desvergonzado,—
Y no ha salido falsa mi sentencia.

También en aquel círculo dorado
Que está en la mesa con primor dispuesto,
Y en él mi nombre con buril grabado,

Leí debajo de mi nombre aquesto:
«Amola;» y claramente lo decía
Que con letras de vino estaba puesto.

Mas con los ojos respondí este día
Que negaba el creerlo, y ya ¡ay cuitada!
Sé que se puede hablar por esta vía.

Si hubiera de quebrar la fe guardada
A mi marido, la quebrara agora
Que estoy de tus caricias obligada.

Es tu rostro también como la aurora
Bello, yo lo confieso, pues inflama
Pechos, y con su luz los enamora.

Y puédese preciar cualquiera dama
De ser de tal varón amada esposa
Y de alcanzar tan venturosa cama.

Mas goce tanto bien la que es dichosa,
La que sin culpa y sin error notable
Puede gozar su juventud hermosa.

Mi honor se muestre firme, incontrastable;
No se rinda al amor lascivo, injusto;
Haga mi nombre eterno y perdurable.

Aprende con mi ejemplo santo y justo
A poder carecer de lo hermoso,
Que es virtud la abstinencia de tu gusto.

Díme, atrevido; díme, cauteloso:
¿Cuántos mancebos piensas que pretenden
Lo que pretendes tú como animoso?

¿Piensas que solos ven, solos trascienden
Tus ojos? ¿piensas que me faltan ciento
Que estén ardiendo? pero no me ofenden.

No tienes tú mejor entendimiento
Que ellos, ni miras más en mi belleza;
Sólo en tí encuentro más atrevimiento.

Ni tienes más valor, más fortaleza,
Más corazón, más ánimo en la espada;
Menos vergüenza sí, menos firmeza.

Entonces yo quisiera que en tu armada
Vinieras, cuando, siendo yo doncella,
Era de muchos nobles demandada.

Que si allí viera tu presencia bella,
Entre cien mil tú fueras elegido,
Porque me inclina á te querer mi estrella.

Y en esta mi elección que he definido,
Por ser tan justa, cuando esté agraviado,
Alcanzaré perdón de mi marido.

Tarde vienes al gozo ya usurpado,
Otro posee tu bienaventuranza,
Otro ha el objeto de tu amor logrado:

Fué tarde, tibia y floja tu esperanza,
Salióte azar la suerte y peligrosa,
Pues lo que pides otro ya lo alcanza.

Aunque hubiera gustado ser tu esposa,
No por eso yo soy del grande Atrida
Mujer forzada, pero soy forzosa.

Ruégote por tu amor y por tu vida
Que no enciendas mi pecho en vivas llamas
Con esa tu retórica fingida.

No me dañes, pues dices que me amas;
Deja que guarde sin mostrarme aleve
Mi triste suerte, que en tu carta infamas.

Ni por un gusto momentáneo y breve
Quieras robar con sumo desconcierto
Aquel despojo que á mi honor se debe.

Dirás que Venus hizo este concierto,
Cuando en el valle Ideo, que de rosas
Poblado estaba y de jazmín cubierto,

Te mostraron desnudos las tres Diosas
 Sus cuerpos bellos, por llevar sentencia
 De hermosura como más hermosas.

Prometió Juno reinos y opulencia,
 Palas saber, y Venus mi hermosura,
 Dándote á la Tindárida en tenencia.

Fábula me parece y gran locura
 Que sujetasen á tu pobre mente
 Su perfección las Diosas de la altura.

.

No creo que en su litis y juicio,
 Me pusiesen por precio á tu rudeza,
 Pues era en mí deshonra y perjuicio.

No estimo en tanto grado mi belleza,
 Que piense que por don ha de ser dada
 De una deidad de soberana alteza.

Contenta estoy con solo ver loada
 Mi gran beldad, que es harto desengaño
 Ser de todos los hombres aprobada.

Aunque recelo algún oprobio y daño
 En que Venus me alabe, porque veo
 Que de envidia me ordena algún engaño.

Mas no quiero negar, todo lo creo;
 Apruebo esta alabanza por posible,
 Que ¿cómo he de negar lo que deseo?

Ni te enciendas en cólera inflexible
Por verme tan incrédula y severa;
Que apenas lo que afirmas es creíble.

Es, pues, de mis grandezas la primera
Haber mi rostro á Venus agradado,
Siendo de mi belleza pregonera.

La segunda es haberme tú estimado
Por sumo precio para tu grandeza,
Y por corona y prez de tu reinado.

Preferiste de Elena la belleza
A los reinos de Juno y su privanza,
Y á Palas, á sus ciencias y riqueza.

Luego pues soy tu imperio y buena andanza,
Tu ciencia, tu virtud y tu provecho,
Todo tu honor y bienaventuranza,

Tendré de hierro y de diamante el pecho,
Si esa gran voluntad y amor del tuyo
No acepto, ó como ingrata lo deshecho.

Mas dudo, y como tímida rehuyo
De amar á aquel que apenas imagino
Poder ser mío, por tener ya cuyo.

¿De qué sirve intentar con desatino
Arar la playa, cultivar la arena,
Ni por las ondas señalar camino?

¿De qué sirve esperar en cosa ajena,
Ni pretender su fruto peligroso,
Pues el lugar y el tiempo nos condena?

Para el fruto de Venus amoroso
Inhábil soy, que nunca he hecho ofensa
(Los Dioses son testigos) á mi esposo.

También agora que tu amor dispensa,
Que te responda en esta carta breve
Lo tiene el alma á novedad inmensa.

La mano apenas del temor se mueve,
Y siente por notable pesadumbre
El nuevo oficio que á tu fe se debe.

¡Dichosa la que tiene de costumbre
Servirse de un amante y otro amante,
Rompiendo la aspereza de esta cumbre!

Yo, de amorosos gustos ignorante,
Tengo por muy difícil y pesado
El camino de culpa semejante.

Ya me ofende el temor de haber pecado,
Y antes de cometello me confundo;
Que es propia la inquietud del mal estado.

Ya pienso que me mira todo el mundo,
Y ve escritas mis culpas en la frente:
Que no hay secreto do hay amor inmundo.

Ni esto imagino temerariamente,
Que ciertas detracciones he sentido
Contra los dos de la plebeya gente.

Y Etra diversos chismes me ha traído
Que al vulgo oyó; que todo se revela,
Y piensa el amador que no es sentido.

Pero tú disimula con cautela,
La llama esconde de la vela que arde,
Sino es que gustas de apagar la vela.

Mas ¿por qué causa como vil cobarde
La has de apagar? Pues encubrilla puedes,
Disimula y espera, que no es tarde.

Ama, pretende, pídemme mercedes,
Pero secretamente y con prudencia,
Que á veces tienen ojos las paredes.

Por haber hecho Menelao ausencia,
Aunque nos dió ocasión, no es justa cosa
De aquí tomemos pública licencia.

Él se ausentó por ocasión forzosa;
Causa hubo justa en este apartamiento;
No te parezca, oh Paris, maliciosa.

Partióse, y con mi expreso mandamiento,
Porque dudando si ausentarse había,
Le dije:—Ve, mas vuélvete al momento.—

Él recibió por buen agüero y guía
Ir con mi gusto, y del contento ufano,
Mil ósculos me dió con alegría.

«Mi casa, dijo, fío de tu mano;
Guarda mis cajas de tesoro llenas,
Regala, y ten cuidado del Troyano.»

La risa pude contener apenas,
Y oprimiendo su fuerza insuperable,
Le respondí:—Haráse como ordenas.—

A Creta fué con viento favorable;
Mas no por eso te será decente
Todo lo que á tu gusto es agradable.

Si está de Esparta mi marido ausente,
No sabes. Que el Rey tiene largo el brazo,
Y me puede guardar como presente.

También la fama es carga y embarazo,
Y temiendo á mi puerta dé aldábadas
Alguna afrenta, huyo de su lazo.

Que cuanto más nosotras alabadas
Somos del mundo, tanto más recelan
Nuestros maridos de nos ver robadas.

Y aquella gloria en cuyas alas vuelan
Mi fama, mi opinión y mi contento,
Y agora en verme casta me consuelan;

Me estorba, daña, y me es impedimento
Para gozar de la amorosa llama
Que enciende en mí tu gran merecimiento.

Mejor me fuera defraudar mi fama
Que á mi deleite, y consentir se pase
Sin fruto el tiempo que á tu amor me llama.

Y no te admires porque se ausentase
Con tan poca prudencia mi marido,
Y que sola y contigo me dejase:

Fuése y dejóme por haber tenido
Satisfacción de mi inculpable vida
Y de la castidad con que he vivido.

Temió de la beldad que en mí se anida,
Mas hizo de mis obras confianza:
Que á la que es buena, á serlo más convida.

Mi bondad le asegura la bonanza,
Y en ser hermosa teme la tormenta,
Que el hombre de honra siempre está en balanza.

Dices no pierda ni perder consienta
La cómoda ocasión de nuestro enredo
Que mi simple marido nos presenta.

Yo temo y quiero, mas querer no puedo,
Por no estar á querer determinada,
Y así apetezco lo que estorba el miedo.

Yo duermo sola, porque fuí dejada
De mi esposo, y también tú duermes solo,
Y á tí y á mí la soledad no agrada.

Tú me tienes amor, porque en el Polo
Nuestro no has visto rostro como el mío,
Y yo te estimo como á nuevo Apolo.

Las noches son prolijas, grande el frío;
Departimos los dos nuestros decretos;
Si cantas, oigo; si te burlas, río.

Eres blando y suave en tus concetos;
Y una posada ¡ay mísera! un tejado
Nos cubre y nos encubre los secretos.

Todas las menudencias que he contado,
Si no me fuerzan á te dar contento,
Muera de triste fin arrebatado.

¡Ojalá, como puedes á tu intento
Persuadirme, de cierto tú pudieras
Obligarme á cumplir tu pensamiento!

De esta manera, sin dudar, vencieras,
Rompieras la rudeza de este pecho,
Y esta vergüenza y miedo deshicieras.

Es muchas veces el agravio hecho
De fuerza á una matrona provechoso,
Pues goza del deleite á su despecho.

Así, mi estado fuera venturoso
Si por fuerza escalaras este muro,
Quedando yo forzada y tú gozoso.

Pero de mi consejo es más seguro
Que resistamos al principio ciego
Del nuevo amor, pues es amor impuro.

Que cuando empieza á fomentarse el fuego,
Con poca cantidad de agua esparcida
Sobre él, se apaga y se aniquila luego.

Ni puede amor tener cierta cabida
Con huéspedes que yendo caminando
Ellos, también su amor va de corrida.

Y cuando está la dama imaginando
Que no hay torre más firme que su amante
Le ve partir y quédase llorando.

Es buen testigo Isífle Toante,
La Minoya Ariadna es buen testigo;
Bien es que tema caso semejante.

Ambas en soledad y sin abrigo
Lloran el fruto que les fué negado;
Que amor de forastero es de enemigo.

Tú también, desleal, has olvidado
A Enón la bella, un tiempo de tí amada,
Lo cual me otorga sin haber negado.

Toda tu vida tengo escudriñada
Con gran curiosidad y muchas veras,
Que en esta vida no se oculta nada.

Y dado caso que constante quieras
Permanecer en nuestro casamiento,
El tiempo falta, si en el tiempo esperas.

Porque ya presto alargarán al viento
Las velas tus soldados, deseando
Llegar á Troya, su paterno asiento.

Y en tanto que conmigo estás hablando,
Y mientras que la noche venturosa
Del justo premio se te va alargando,

Tendrás buen viento, y ocasión forzosa
Para sulcar el Reino Neptunino,
Y volver á tu Ténedo dichosa.

Y así dejando en medio del camino
Tu pretensión, tu gusto y mis pesares,
Habrá sido tu fe de peregrino.

Con los vientos irá por esos mares
Nuestro amor mal logrado, y las tormentas
Pasará que en el piélagos pasares.

¿Seguirte he, por ventura, como intentas?
¿Ni daré vista por tu gusto insano
De Troya á las murallas opulentas?

¿Iré á ser hija á Príamo el anciano,
Y á ser de Laumedón segunda nuera,
Con mengua inmensa del valor greciano?

Tengo en mucho el pregón de la ligera
Fama, y no quiero por el mundo vaya
A ser de mi ignominia pregonera.

Esparta ¿qué dirá? ¿qué dirá Acaya?
¿Qué dirá la Asia? ¿qué dirá tu Troya?
Esto neutral me pone y tiene á raya.

Príamo el grave, do el saber se apoya,
Y su mujer ¿qué sentirán de Elena?
¿En qué valor estimarán la joya?

De una cuñada hermosa, mas no buena,
Tus cuñadas y hermanos ¿qué alegría
Recibirán, sino es afrenta y pena?

Y tú, con te agradar mi compañía,
¿Cómo podrás tener de mí esperanza,
Que no te ofendo y hago alevosía?

¿Cómo tu pecho no estará en balanza
Con el ejemplo tuyo? Pues es cierto
Que quien dijo mujer, dijo mudanza.

Cualquier varón famoso que en tu puerto
Ilíaco surgiere, ha de causarte
Temor, pensando es Paris encubierto.

Que como á Menelao en esta parte
Hiciste agravio, es fuerza que irritado
Has de temer que vienen á agraviarte.

¡Oh, cuántas veces en estando airado
Me has de llamar adúltera, alevosa,
Sin ver que el adulterio has tu causado!

Así que de una culpa criminosa
Serás autor y corrector severo;
Que es propio de la culpa el ser odiosa.

Antes de verme en tránsito tan fiero,
La tierra se abra y sorba mi belleza,
O trágueme el trifauce can Cerbero.

Pero dirás que toda la riqueza
Del Imperio Troyano será mío,
Con que será aumentada mi grandeza.

Y que así como excede el mar al río,
Excederán los dones que han de darme
A tu promesa y á mi señorío.

La púrpura será para adornarme,
Las perlas, los aljófares, el oro,
Todo se me ha de dar para agradarme.

Perdona si me aclaro; tu tesoro
No bastará, ni cuanto el mundo tiene,
A sacarme de Esparta, á quien adoro.

No sé con qué hechizos me detiene;
En fin es patria, y siendo aquí nacida
Y aquí casada, aquí morir conviene.

Si ultrajada me viese y ofendida
En Troya, como sola y extranjera,
¿De quién seré ayudada y socorrida?

Y aunque llorara, y aunque gritos diera,
¿Qué padre tengo allí que me dé ayuda?
¿Qué hermano que me evite que no muera?

Cuanto prometes, prometió sin duda
Jasón á su Medea; mas fué escasa
Su promesa falaz, de fe desnuda.

Vióse expelida de la Esonia casa,
Sin Aëtes su padre y sin Ipsea
Su madre ilustre, que le amó sin tasa.

Hallóse sin su hermana Calciopea;
Pero no es bien temer de tí este daño;
Mas ¡ay, que menos lo temió Medea!

Nuestro esperar susténtase en su engaño,
Alimentado de un agüero incierto,
Hasta que llega claro el desengaño.

Verás todas las naves en el puerto
Gozar bonanza, y en saliendo afuera
Tener naufragio, que en el mar es cierto.

También me espanta aquella hacha fiera
Que soñaba tu madre que paría
Por mal de muchos antes que pariera.

Y temo aquella antigua profecía
Que dice que la griega llama odiosa
De Troya ha de abrasar la Monarquía.

Que si te da favor Venus la Diosa
Porque venció, ganando en su sentencia
Corona y lauro de la más hermosa;

Así las otras dos en competencia
Temo te han de ofender como á enemigo,
Por el agravio hecho á su excelencia.

Ni menos dudo que si voy contigo,
Las armas tomará mi esposo airado,
Para volverme y para tu castigo.

Así irá ¡ay triste! nuestro amor mezclado
De sangre, de furor, de armas violentas,
Y al fin tendrá el remate desastrado.

Bien sabes tú las guerras turbulentas
Que entre Tesalia y los Centauros hubo,
Por vengar de Hipodamia las afrentas.

¿Tan poco brío Menelao mantuvo,
Tan poca fuerza en mis hermanos hallas,
Tíndaro no ha el valor que siempre tuvo,

Para que armados de lucientes mallas
En razón de mi robo, con su gente
Te den en campo abierto mil batallas?

Bien puedes tú preciarte de valiente,
Mas no tienes el talle ni el gobierno;
Tu rostro es de tus obras diferente:

Tu cuerpo lindo, delicado y tierno,
Mejor á Venus seguirá que á Marte:
Teme á mi padre, pues le basta un yerno.

Los bravos sigan la Mavorcia parte,
Tú, Paris, ama; vuélvete á tu Janto,
Sigue el amor, procura regalarte.

Ruégale á Héctor, pues le alabas tanto,
Por tí pelee, y mientras tú en la cama,
El riña y ponga al enemigo espanto.

Otra milicia es digna de tu fama,
Otra guerra, otra lucha, otro ejercicio,
Que resulte en provecho de tu dama.

Yo usara de esta guerra, si juicio
Libre tuviera ó más atrevimiento;
Mas temo de mi honor el perjuicio.

Y podrá ser que mude pensamiento,
Y deje el miedo y la vergüenza á un lado,
Y que de mí te otorgue el vencimiento.

También has con instancia demandado
Que en mi aposento te conceda audiencia,
Donde hablemos más largo de lo hablado.

Bien sé lo que pretendes, ten paciencia;
Lo que decirme intentas no lo ignoro:
Haz á tu fuego alguna resistencia.

Mucha priesa te das; guarda el decoro,
Que está tu sementera en hierba; aguarda,
Que no se gana en breve gran tesoro.

Y aunque parece que se alarga y tarda,
Quizá en esta tardanza está el efeto;
Espera, sufre, y lo que escribo guarda.

Mas cierre aquí mi carta su conceto,
Que la mano se cansa, y ella tiene,
Como nuncia de la alma, mi secreto.

Lo que nos resta de tratar, conviene,
Por ser de más momento y de más veras,
Lo tratemos por Etra y por Climene,
Mis secretarias dos y camareras.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMASEPTIMA.

Por ser vulgar y muy trillada la historia de los dos amantes Leandro y Ero, no cansaré al lector con explicarla: lo que conviene saber, para la inteligencia de esta epístola, es, que acostumbrando todas las noches ir Leandro desde la ciudad de Abido, su patria, nadando por el estrecho Helespontico, á Sesto, una villeta fuerte que es en Europa, á verse con la hermosa Ero, sucedió que por siete días corrió tan grande tormenta, que no pudo el animoso nadador hacer su acostumbrado viaje; y como saliese un navío de Abido para Sesto, por ser su piloto atrevido, escribió el amoroso Leandro esta regalada carta á su Ero, donde se excusa con el mar, y promete, si durare la tormenta, de ponerse á todo riesgo por ir á gozar de su presencia, como lo cumplió á costa de su vida.

EPÍSTOLA DECIMASEPTIMA.

LEANDRO Á ERO.

Dama de Sesto, el amador de Abido
Te envía la salud, que él más holgara
Llevar, si el mar se hubiera reprimido.

Si próspero algún Dios se me mostrara,
Tú leyeras con ojos mal contentos
Las excusas que en ésta te enviara.

Mas ningún Dios ayuda á mis intentos,
Pues todos ellos son y han sido parte
De alborotar las ondas y los vientos.

Los votos que voté por agradarte,
Hacen tardíos, y en el vítreo suelo
No me dejan correr á visitarte.

Tú misma ves más turbio y negro el cielo
Que la pez, y á Vultarno tan airado,
Que á la nave más firme da recelo.

Solo un piloto, y éste muy osado,
Sale de Abido á Sesto en este día,
Con quien te escribo de dolor cercado.

No voy en su navío, porque había
(Cuando levó las anclas) todo Abido
Salido por le ver á la bahía.

Y porque nuestro amor fuera entendido
De mis celosos padres y parientes,
Quedé entre amor y miedo dividido.

Cuando escribiendo estaba, con ardientes
Suspiros dije:—¡Oh carta venturosa!
Vé donde siempre van mis accidentes;

Vé, que ella te dará su mano hermosa,
Mano de nieve y grana matizada,
Mano donde mi vida y sér reposa.

Y quizá con la boca azucarada
Te tocará con su marfil, queriendo
Cortar la cuerda con que vas atada.—

Tales conceptos entre mí diciendo,
Mi diestra en escribirte placentera
Fué en su escritura ó carta prosiguiendo.

¡Ay triste y solo! ¡cuánto más quisiera
Que ella nadara á vista de tu lumbre,
Y no que á lumbre ajena te escribiera?

Fuérame mayor gloria y dulcedumbre
Que por el mar, pues ya le conocemos,
Me llevara do tiene de costumbre.

Mejor hiciera de mis brazos remos
Y azotara ese piélago espantable,
Que no verse en la ausencia en que nos vemos.

Mas pues lo estorba el hado inexorable,
Secretaria será de mi tormento,
Y ministra de un pecho miserable.

Ya ha siete noches (y en mi pensamiento
Ha más de un año) que se ve oprimido
El mar, y brama con resaca y viento.

Si en todas siete noches he dormido,
Tengan las ondas mi esperanza á raya
Y estése el mar insano embravecido.

Siéntome en un peñasco de esta playa,
Y miro tu ribera y patrio suelo,
Y entristézcome en ver que allá no vaya.

Mas ya que con el cuerpo estorba el cielo
A Sesto pase, el pensamiento corre,
Y lleva al alma, adonde estás, de un vuelo.

También en lo más alto de la torre
(Si no es que se me antoja) he divisado
La antorcha que me guía y me socorre.

Tres veces los vestidos he arrojado
En la arena, y tres veces ya desnudo
El sabroso viáje he comenzado.

Mas el rabioso mar hinchado y crudo
Mi juvenil ardor quiebra y aplaca,
Aunque mudarme ni podrá ni pudo.

Comenzando á nadar, la fuerza flaca
Vencida de las ondas, quedé puesto
En tierra con favor de la resaca.

Mas tú, Bóreas cruel, bravo, molesto,
El menos manso de los vientos leves,
Y el más airado, insano y descompuesto:

¿Por qué tu rabia y cólera remueves
Adrede contra mí? ¿con qué licencia
Contra un amante, como tú, te atreves?

No empleas (si lo ignoras) tu violencia
Contra Neptuno ni sus ondas fieras;
Contra mí solo es toda tu potencia.

Si la fuerza de amor no conocieras,
Si esclavo del amor no hubieras sido,
Bóreas incontrastable, ¿qué hicieras?

Aunque eres frío, seco y desabrido,
No negarás, cruel, que antiguamente
Del Ateniense ardor fuiste oprimido.

Si al robar á tu Oritia, algún valiente
Te quisiera estorbar en tu jornada
Cerrándote el camino trasparente,

¿Cómo sufrieras cosa tan pesada?
¿Con qué moderación pena tan grande
De tu rabia y rencor fuera llevada?

Ruégote, pues, que tu crueldad se ablande;
Con más quietud y paz tu soplo envía,
Así cosas de amor tu Rey te mande.

Sin fruto ruego, en vano es mi porfía,
Pues con mis ruegos más el viento brama,
Y más conturba el mar y mi alegría.

¿Quién me diera las alas de la Fama?
¡Y ojalá las de Dédalo tuviera,
Para volar adonde está mi dama!

Que aunque de Ícaro el golfo y la ribera
(Que cerca está) refrene al pensamiento,
A trueque de te ver, no lo temiera.

Cualquier linaje ó suerte de tormento
Podré sufrir, con tal que me levante
Por la región del animoso viento.

Será mi cuerpo pájaro volante,
Aquel que ha sido por las aguas pece:
Que en todo se transforma el que es amante.

Mas entretanto que de Bóreas crece
La furia y los estímulos extraños,
Y el iracundo mar se ensoberbece,

Contemplo, para alivio de mis daños,
De nuestros gustos la primera historia,
Y aquel dulzor de mis primeros años.

Acuérdome (y deleita á mi memoria
Esta recordación) que anocheciendo
Aquella noche de mi luz y gloria,

En vivo fuego de tu amor ardiendo
Salí de casa y desnudéme apriesa,
El miedo y los vestidos sacudiendo.

Rompió el amor la tímida represa,
Mis brazos por las ondas extendía
Por conseguir la venturosa empresa.

Yendo cortando el mar, la luna pía,
Por dar favor á mi demanda honrosa,
Me dió su luz é hizo compañía.

Y alzando el rostro, dije:— ¡Oh blanca Diosa!
Dame favor, y que te acuerdes pido
De la cumbre de Latmio venturosa.

Bien sé que Endimión, que es tu querido,
Quiere que tengas ese pecho abierto
A la piedad, que agora te he pedido.

Muéstrame, pues, el rostro descubierto,
Dame la luz que en Latmio demostrabas,
Hasta que llegue á mi esperado puerto.

Del cielo en busca de un mortal bajabas
(Digamos la verdad, pues gustas de ella),
Y por amor de un hombre te humillabas.

Mas por quien nado el mar, es Diosa bella;
Si corto yo las ondas neptuninas
Es por una deidad, que es más que estrella.

Y por callar las santas y divinas
Costumbres tuyas, vengo á su hermosura,
Que en breve pintaré, si no te indinas.

Es tan perfecta, que en mortal criatura
No cabe su beldad, y tanta alteza
Sólo conviene á Diosas de la altura.

Después de Venus y de tu grandeza,
Con su esplendor es toda luz vislumbre;
Si no me crees, contempla su belleza.

Cuanto los astros de la eterna cumbre
Celeste de ventaja te conceden,
Cuando estás llena, con tu argéntea lumbre;

Tanto los rayos de mi Ninfa exceden
A las damas más bellas de la tierra,
Pues con sus sobras adornarse pueden.

Si de esto dudas, poca luz se encierra,
Cintia, en tu vista; ciega te imagino,
Si no es que ya de envidia le das guerra.—

Esto le dije á aquel farol divino;
Y yo ganando tierra en la mar llena
Las mismas ondas me hacían camino.

La agua serena, sesga , mansa y cana,
Cual si fuera cristal, repercutía
Los soberanos rayos de Diana.

La noche con la luz resplandecía,
De suerte que su título perdiendo,
Con propiedad se pudo llamar día.

Ninguna voz oí, ningún estruendo,
Sino era aquel murmurio, aquel ruido
Que iban mis brazos al nadar haciendo.

De cuando en cuando me hirió el oído,
De solas las Alcíones el canto,
Por Ceice, su amantísimo marido.

Cansado me sentí de nadar tanto,
Y sintiendo en los brazos pesadumbre,
Con ánimo en las aguas me levanto.

Ví desde lejos en la excelsa cumbre
De la torre tu luz, y con voz alta
Dije: Mi fuego está en aquella lumbre.

Aquella torre con mi ardor se esmalta,
Aquella playa, donde voy, contiene
La luz que me alborozó y sobresalta.—

Luego á mis brazos tímidos les viene
Tan grande esfuerzo que un delfín me ha hecho,
El mar me ayuda, nada me detiene.

Y porque el hielo del profundo lecho
No me pasmase, me encendió el vendado
Dios con el fuego que sobró en mi pecho.

Cuanto más cerca de la orilla nado,
Cuanto más la ribera me es cercana,
Cuanto menos me resta para el vado,

Tanto con más vigor mi cuerpo afana
Vencer las aguas y las ansias mías
Por llegar á tu vista soberana.

Cuando estuve en paraje que me vías,
Con sólo me mirar me diste aliento
Para poder nadar cuarenta días.

Entonces, pues, por darte algún contento
Hice nadando pruebas de valiente,
Que amor da industria, fuerza y ardimiento.

Cogiste la escalera prestamente
Para bajar al mar, y apenas pudo
El alma reprimir esta corriente.

Vílo muy bien, que aunque el anciano escudo
Se te puso delante, tú rompiste
El flaco resistir del pecho rudo.

No te pudo estorbar, que al fin saliste,
Y en el agua primera que pisaste
Tus celestiales pies humedeciste.

Salía yo del mar cuando llegaste,
Y con abrazos y ósculos sabrosos
Al nadador besaste y abrazaste.

Besos fueron los tuyos tan gloriosos,
Que Júpiter por uno diera el cielo,
Y nadara mil golfos peligrosos.

Y quitaste del hombro un blanco velo,
Limpiaste mi cabeza rociada,
Y mi cuerpo cubriste por el yelo.

Lo demás que pasó, la noche amada,
Nosotros y la torre lo sabemos,
Y la luz que es farol de mi jornada.

Con más facilidad numeraremos
Las ovas que el estrecho de Heles lava,
Que nuestros gozos numerar podemos.

Cuanto menos espacio se nos daba
De tiempo para gustos y dulzores,
Tanto más en deleites se ocupaba.

Ya la Aurora, dejando los amores
De Titón, las tinieblas ahuyenta,
Y el lucero mostró sus resplandores;

Cuando sin orden, número ni cuenta
Frutos de amor cogiendo, de la noche
Formamos queja porque de irse intenta.

Y va huyendo con su negro coche,
Y por temer la luz del claro día,
Quitaba al cielo tanta estrella y broche.

Y así, forzado de la vocería
De esa tu vieja (que éstas son crueles),
Dejé la torre y vine al agua fría.

Aquí nos dividimos hechos hieles;
Tú te volviste luego á tu ventana,
Y yo á las ondas de la virgen Heles.

Echéme al agua, y como de tí mana
Toda mi gloria, mientras fuí en potencia
De verte, ví tu vista soberana.

Y si se debe á la verdad creencia,
Créeme que yendo á tí no hay en el mundo
Quien me iguale en nadar con excelencia.

Mas cuando vuelvo de te ver me hundo,
Y peso en cantidad tan excesiva,
Que parezco bajar hasta el profundo.

Esto me cree, pues en verdad estriba,
Que yendo á tí, la mar me es cuesta abajo,
Y en tornando, la mar me es cuesta arriba.

Rodeo, si vuelvo; si á tí voy, atajo;
¿Quién me podrá dar crédito en mi pena
Que tenga el ir yo á Abido por trabajo?

Ved lo que puede amor y el mar ordena:
Que estoy en mi ciudad y estoy forzado,
Cual si estuviera preso en tierra ajena.

¡Ay de mí triste! ¿por qué el mar airado
Nuestros cuerpos divide y los destierra,
Si en una nuestras almas se han juntado?

Y si una voluntad sola se encierra
En dos, ¿por qué ya el cielo no ha propuesto
Que habitemos los dos en una tierra?

Para ir á Sesto siempre estoy dispuesto,
Y tú lo estás para venir á Abido;
A tí te agrada Abido, y á mí Sesto.

¿Por qué me turbo y quedo confundido
Siempre que el mar se turba y se confunde,
Como si de él yo fuese procedido?

¿Qué razón puede haber en que se funde,
Que los vientos me estorben en mis fines
Y que su fuerza en mi dolor redunde?

Ya saben nuestra historia los delfines,
Y duda ya á los peces no les queda
De nuestro amor, y temen no te indines.

Ya tengo por el mar hecha vereda,
El agua enseña mi trillada vía
Como carrizo hecho de la rueda.

Yo me quejaba porque no podía
Ir á gozar de tu glorioso gesto,
Sino nadando el mar y su agua fría;

Y agora me lamento porque aun esto
Se me ha vedado, porque el viento aspira
Contrario, bravo, rívido y molesto.

El piélago Atamántido se aira
Hinchéndose de canas y blancura,
Con sus soberbias ondas llenas de ira.

Es tanta su insolencia y desmesura,
Que apenas amarrada, ó de otra suerte,
Hay nave que en el puerto esté segura.

Yo entiendo que tan turbio, horrendo y fuerte
El mar estaba, cuando la doncella
Prestándole su nombre vió su muerte.

Aunque me deje el mar seguir mi estrella,
Asaz tiene de infamia con su nombre,
Por haber ahogado á Heles bella.

Envidia tengo, y con razón, al hombre
Que en el rico Vellón pasó seguro
Por este mar, y consiguió renombre.

Mas ni la ayuda ni el favor procuro
De Vellón, ni de nave contra el Noto,
Con tal que nadar pueda el golfo puro.

Como dejen las ondas que el devoto
Pecho las corte, el arte está segura;
Yo me seré la nave y el piloto.

Ni en mi navegación veré la altura
De la Osa mayor, Elice eterna,
Ni á la (que observa el Tirio) Cinosura.

Que nuestro firme amor no se gobierna
Por estrellas ni signos de la Zona,
Sino es por cierta luz de la alma interna.

Otros, á quien el piélagos abandona,
A Andrómeda la Egipcia consideren,
Y á la Gnosida estrella y su corona;

Tengan su firme confianza, esperen
En la Osa Parrasia de contino,
Y su septentrional lumbre venceren.

Que yo no quiero para mi camino
Por norte á las que amaron tiernamente
Baco, Perseo y Júpiter benino.

Tengo otra luz más cierta y excelente,
Con la cual no habrá noche, horror ni miedo
Que á mi amor escurezcan con su frente.

Siendo esta luz mi norte, nadar puedo
A Colcos, que es lo último del orbe,
Pues á la nave de Tesalia excedo.

No habrá triste Caribdis que me estorbe,
Ni habrá Cila furiosa que rabiando
Me trague y sorba, como á muchos sorbe.

Demás que puedo yo vencer nadando
A Melicerta, y al que fué Dios hecho
De cierta yerba la virtud gustando.

Siento en mis brazos el vigor deshecho
Tal vez, y de nadar hecho pedazos,
Apenas ganar puedo un breve trecho.

Mas en diciendo yo:—Nadad mis brazos,
Y os daré en galardón el premio hermoso
De Ero, porque le deis cien mil abrazos;—

En ese instante por el premio honroso
Cobran esfuerzo y fuerza tan entera,
Que nadaran el piélago espacioso,

Como el caballo puesto en la carrera
Elea, que en correr excede al viento,
Y á otra cosa que fuese más ligera.

Yo, pues, como á mi estrella, miro atento
Tu bello rostro, cuyo ardor me inflama
Y cuya vista es todo mi contento.

Sigo más tu beldad, oh bella dama,
Que á los planetas, pues tu hermoso velo
Del cielo es digno y de una eterna fama.

Digna eres, cierto, del sublime cielo;
Mas ruego que tu pecho alabastrino
Viva por gusto mío acá en el suelo.

Y si quieres trocar por el divino
Asiento este mortal, díme primero
Por dónde va á los cielos el camino.

De aquí procede mi tormento fiero,
De que tan raras veces de tu gloria
Me otorgues la visión que tanto quiero.

De aquí nace también que mi memoria
Se turbe, cuando el mar en esta parte
Se turba, interrumpiendo nuestra historia.

¿Qué me aprovecha á mí que no me aparte
De Sesto multitud de agua espantosa,
Sino un estrecho que la tierra parte,

Si la agua de este estrecho es poderosa
Para dañarme, como el golfo hinchado,
Donde el inmenso Océano reposa?

Dudo si por ventura desterrado
A lo último del orbe estar quisiera,
Teniendo allá mi pena y mi cuidado.

Que cuando tan remoto allá me viera,
El ver que estaba lejos mi esperanza,
Algún consuelo, algún solaz me diera.

Cuanto más cerca tu esplendor me alcanza,
Tanto me abraso más con el objeto,
Y crece viendo el bien la confianza.

Y es lo que más confirma mi conceto,
Que pobre esté teniendo á vista el oro,
Y que tenga la causa y no el efeto.

Tan cerca tengo la que siempre adoro,
Que la toco y la prendo con la mano,
Y esta proximidad causa mi lloro.

¿Qué otra cosa es querer, con el anciano
Tántalo, asir la fruta que provoca
Al apetito, y trabajar en vano?

¿Y qué otro mal que con sedienta boca
La agua buscar, que huye con presteza
Cuando la lengua se le arrima y toca?

¿Luego no gozaré de tu belleza
Sino queriendo el mar? pues su gobierno
Predomina en la fe de mi firmeza.

¿Ninguna tempestad, ningún invierno
Me ha de ver en tu torre y aposento,
Gozando de tu abrazo dulce y tierno?

Y no habiendo de menos fundamento
Cosa que el viento y mar, el gusto mío
Está fundado sobre el mar y el viento.

Y si se impide en medio del estío,
¿Qué será en aquel tiempo que bramando
El mar se muestre, y el invierno frío?

¿Cómo podré nadar el golfo, cuando
Las Pléyadas, Bootes y la Cabra
Olenia estén al mundo amenazando?

Entonces, pues, te empeño mi palabra
Que pienso ser tan loco y temerario,
Que aunque le pese al mar, le nade y abra.

Porque á pesar del viento mi contrario,
En él me arrojará mi amor furioso,
Porque es mi ardor ardor extraordinario.

No pienses que prometo lo dudoso,
Ni porque está el invierno ausente entiendas
Que me jacto de bravo y animoso.

Que presto te daré bastantes prendas
De esta firme palabra que te he dado,
Porque me quieras más y más te enciendas.

Si se mostrare el mar alborotado
Por algún tiempo y sin bonanza alguna,
Iré do estás á su pesar á nado.

Porque la muerte, ó me será importuna,
O en salvo me pondrá mi atrevimiento;
Que al atrevido ayuda la fortuna.

Si muero, habré salido con mi intento,
Pues me echará á tu playa el mar insano;
Que yendo á tí, aunque muerto, iré contento.

Mis exequias harás con inhumano
Llanto, que en fin habrás de enternecerte,
Y no huirá de me tocar tu mano.

Verás en mí un efecto de amor fuerte,
Y dirás con dolor acerbo y fiero:
«Yo sola fuí la causa de esta muerte.»

Si de mi mal suceso el triste agüero
Te ofende, y de esta breve carta mía
Aborreces el párrafo postrero,

Deja de lamentar, el ruego envía
Junto conmigo al cielo omnipotente
Porque amanse del mar la rebeldía.

No pido que esté manso eternamente,
Sino es en el espacio que gobierno
Mis brazos por el húmido tridente.

Llegando ahí, conjúrese el infierno,
Conturbe al mar y todo su partido;
Nunca se acabe el peligroso invierno.

Mi puerto está do estás, bien merecido
A mi nave, la cual no halla puerto
Mejor que Sesto, cuando allí ha surgido.

Téngame allí recluso y encubierto
Bóreas, donde mi cuerpo esté glorioso,
Donde mi premio esté seguro y cierto.

Seré á nadar entonces perezoso,
Seré sabio, sagaz en las tormentas,
Seré cauto, prudente y temeroso.

No infamaré las ondas con afrentas,
Ni me querellaré que hay embarazos
Para nadar las aguas turbulentas.

Los bravos vientos y los tiernos brazos
Me impidan, como tienen de costumbre,
Haya dos causas, huracán y abrazos.

Cuando aplacare el mar su pesadumbre,
Mis brazos fuertes le daré por remos;
Tú cada noche encenderás la lumbre.

Y entre tanto que el tiempo amado vemos,
Con este papel habla, que es mi amigo,
Y él sabe los secretos que sabemos.

Todo lo lee, acuéstale contigo,
Y advierte bien las cosas que dijere,
Y entiende que tras de él sus pasos sigo
Con la menor tardanza que pudiere.

EPISTOLA DECIMOCTAVA.

ERO Á LEANDRO.

Para que la salud que me enviaste
De palabras, con obras yo posea,
¡Oh dulce bien, que el alma me robaste!

Ven, nada el mar y ponte do te vea
Aquella que con sola tu esperanza
Se alienta, alegre, vive y se recrea.

Cualquier pequeño espacio de tardanza
Que en mi contento y gusto se atraviesa,
Tiene de eternidad la semejanza.

Perdona á quien su culpa te confiesa,
Que estoy de puro amor tan impaciente,
Que amo con impaciencia y hablo opresa.

Un fuego igual nos quema, y no igualmente,
Por ser de tí mis fuerzas desiguales;
Que en fin siempre el varón es más valiente.

Y así como los Dioses inmortales
Dieron cuerpo más tierno á las mujeres,
Así más sienten del amor los males.

Yo desfalleceré si no vinieres,
Y si tu ausencia fueres alargando,
Abreviarás mi vida y mis placeres.

Vosotros, ya las fieras acosando,
Ya labrando jardines y heredades,
La tardanza del tiempo vais pasando.

O con los tratos que hay en las ciudades,
En la audiencia, en la plaza, do se muestra
Variedad de diversas variedades.

También os ocupáis en la palestra
Luchando, por llevar premios honrosos
De más destreza ó más valiente diestra.

O reprimís los cursos presurosos
Con los frenos, bridones y jinetes
De los fuertes caballos animosos.

O cazáis aves ó buscáis sainetes
De engañar á los peces con anzuelo,
O entretenéis el tiempo con banquetes.

Mas yo, á quien ha privado el sacro cielo
De estos deportes, ¿qué haré en mi llanto?
Si no es amar, no tengo otro consuelo.

Eso que puedo, hago, y amo tanto,
Tanto te quiero, tanto el alma te ama,
Que es imposible encarecerte cuánto.

Otras veces platico con el ama,
Que tengo por custodia en mi aposento,
De este amoroso incendio que me inflama.

Y allá en mi combatido pensamiento
Me suspendo y admiro, contemplando
La causa de tu gran detenimiento.

O viendo al turbio piélagos bramando
Por la fuerza del viento, le maldigo,
Tus maldiciones mismas usurpando.

O en el tiempo que el mar se muestra amigo
Me quejo que no quieres, pues pudiendo
Venir no vienes donde está tu abrigo.

Y en tanto que me quejo van saliendo
Lágrimas de estos ojos, tus amantes,
Que al sordo viento están enterneciendo.

Las cuales, por salir tan abundantes,
Recoge mi nutriz y compañera
En sus manos decrepitas temblantes.

A menudo visito la ribera,
Por ver si en ella algunos pasos veo
De planta tuya, en me dejar ligera.

Gentil locura, inmenso devaneo,
Como si se pudiese en el arena
La huella conservar que yo deseo.

Muchas veces también amor ordena
Que, ó por saber de tí cual de perdido,
O para te escribir toda mi pena,

Procure de inquirir si parte á Abido
Alguna nave de mi patrio Sesto,
O si de Abido á Sesto haya venido.

¿Para qué contaré, pues te es molesto,
Los versos dulces y amorosas quejas
Que doy á los vestidos que te has puesto?

Los cuales cuando partes y te alejas
De mí y te vuelves, en la playa fría
Del Helesponto suspirando dejas.

Con esto paso el término del día,
Y después que la amiga noche viene
Cerrando al sol y abriendo mi alegría;

Después que el velo oscuro que contiene
Despliega sobre el orbe, y nos enseña
La mucha luz que en sus estrellas tiene,

Luego las dos ponemos (yo y mi dueña)
En la torre la lumbre vigilante,
De tu camino conocida seña.

Y en tanto que esperamos nuestro amante,
La rueca ejercitamos como es uso;
Que es nuestro y propio oficio semejante.

Por no tener el ánimo confuso,
Hilo, y el alma piensa en tu retrato
Las horas engañando con el huso.

Y si preguntas de quién hablo y trato
Mientras espero de te ver presente,
Respondo que de tí como de ingrato.

La lengua dice lo que está en la mente,
Y así repite, porque más me cuadre,
El nombre de Leandro solamente.

—Dime (le digo al ama) ¡oh dulce madre!
¿Si habrá mi sol su casa ya dejado,
O tiene miedo de su madre y padre?

¿Piensas si ya mi luz se ha desnudado?
¿Entiendes si sus carnes delicadas
Habrá con el licor Paladio untado? —

A mis preguntas, de ella mal notadas,
Me responde de sí con la cabeza,
Que con el sueño da de cabezadas.

Después de haber hilado una gran pieza,
Vuelvo á decir:—Amiga, entiendo cierto
Que mi Leandro á navegar empieza.

Ya entiendo que en el mar, dudoso, incierto,
Sus brazos tiende, y á este golfo loco
Divide y corta, y viene á nuestro puerto.—

A hilar vuelvo, y hilo poco á poco,
Tanto, que absorto en tí mi pensamiento,
Mil veces con el huso el suelo toco.

Y tornando del éxtasi, al momento
Digo:—¿Si á la mitad de esta agua cana
Mi bien habrá llegado en salvamento?—

Unas veces me pongo á la ventana
Por ver si vienes, y otras veces pido
Que el cielo te dé esfuerzo y la mar llana.

De cuando en cuando, con atento oído
Escucho si oigo voz, y se me antoja
Que es tu perfecta voz cualquier ruido.

Y así, después que en esta mi congoja
La mayor parte de la noche vuela,
Me rinde el sueño y mi vigor afloja.

Y por ventura, mientras duermo vela
Mi alma, y tú, cruel, duermes conmigo,
Sin que te valga toda tu cautela.

En sueños aquí estás, yo estoy contigo,
Vienes aunque rehuyes la venida;
Mira si debo al sueño esto que digo.

Alguna vez, estando así dormida,
Me ha parecido verte estar nadando
Cerca de la ribera conocida.

Y que al salir, tus brazos alargando,
Aunque humidos, con ellos me ceñías,
Con arcos tu venida celebrando.

También soñé que el lienzo te ponías
Que te acostumbro dar cuando en el hecho
No hay sueños ni dudosas fantasías.

Sintió regalo el uno y otro pecho
En sentirse tocar; mas esto basta,
Que en fin es sueño y no me da provecho.

Lo demás que soñé, la lengua casta
Es justo que lo calle aunque lo sienta,
Pues la vergüenza en la mujer se engasta.

Con haberlo soñado estoy contenta,
Que en obras do el amor sus gustos mueve,
El hecho agrada, y el decirlo afrenta.

¡Ay miserable! ¡cuán fingido y breve
Es este gozo que se da soñado,
Pues tú te ausentas con el sueño leve!

Permita el cielo que el rigor del hado,
Pues que somos tan firmes en amores,
Gocemos de más noble y firme estado.

Y que nuestros contentos y dulzores
No se queden sin fruto en seca rama,
O no se vayan cuando mucho en flores.

¿Por qué ha de estar en la desierta cama
Viuda tantas noches, sola y fría,
La que es tu amante, niña, bella y dama?

¿Por qué, pregunto un día y otro día,
Nadador perezoso, estás ausente,
Pues sabes que eres luz de la alma mía?

El mar está (confiésolo) insolente,
Y para le nadar poco tratable;
Mas el viento de ayer fué más clemente.

¿Por qué, pues todo estuvo favorable,
Perdiste la ocasión? ¿por qué no viste
Que se puede mudar el mar instable?

Y aunque otra vez te otorgue el golfo triste
Tan plácido su rostro y tan jocundo,
No le tendrás mejor que le tuviste.

Pero dirás que el piélago profundo
Trocó en muy pocas horas estos bienes,
Volviéndose de manso en iracundo.

Poco refugio en esta excusa tienes,
Pues cuando venir quieres á este puerto,
En menos tiempo, en menos horas vienes.

Pienso que si surgieras aquí en Sesto,
Nada de cuanto escribes te enojara,
Que aquí nada te puede ser molesto.

Ni á mí ninguna injuria me agraviara
De tiempo; que gozando á mi querido,
El mismo invierno y tiempo me ayudara.

Entonces ciertamente el estampido
De los vientos oyera con sereno
Rostro, por verte opreso y detenido.

Nunca quisiera ver al vítreo seno,
Manso, sereno, sesgo y sosegado,
Apacible, pacífico y ameno.

Pero ¿por qué ocasión te has demostrado
Más medroso del mar que cuando estabas
Menos cobarde y más enamorado?

¿Cuál es la causa que estas ondas bravas
Recelas, que otro tiempo de animoso
Con esfuerzo y valor menospreciabas?

Acuérdome nadaste el mar furioso
Una noche que estuvo el ronco estrecho
Tanto ó muy poco menos peligroso.

Cuando yo te decía:—El fuerte pecho
Sujeta á la razón, no nades tanto,
Que la temeridad no trae provecho.

Tanto te atreves, nada y osa cuanto
No obligues á esta triste y miserable
A que lo pague con eterno llanto.—

¿De adónde el nuevo efecto formidable
Procede? ¿Dónde está tu grande audacia?
¿Dó se fué el nadador insuperable?

Mas esto recibiendo en trisca y gracia,
Sé tal cual eres, no cual ser solías,
No venga á sucederte una desgracia.

No hagas indiscretas valentías;
Las ondas cortarás cuando las veas
Con más tranquilidad que en estos días.

Y esto con tal que el mismo que antes seas,
Con tal que nos amemos en la vida,
Así como lo escribes y deseas.

Con tal que aquella brasa, que encendida
De mi amor en tu pecho has sustentado,
No esté en ceniza helada convertida.

No temo tanto al viento alborotado,
Que mis gustos impide y mi contento,
Cuanto temo que esté tu amor trocado.

Recelo que tan poco fundamento
Tenga tu amor, que al fin se desvanezca,
Siendo mudable como el mar y el viento.

Temo también que yo no te parezca
De tanta calidad, de tanta estima,
Que tus peligros y tu amor merezca.

El riesgo temo que la causa oprima,
Y que se juzgue ser menor el fruto
Que tus trabajos, y esto me lastima.

Demás de estas razones, doy tributo
Al miedo, por haber aquí nacido
En pueblo en la nobleza poco instruto.

Causa quizá que estés arrepentido,
Juzgando que el casar es indecencia
Dama de Sesto con varón de Abido.

Todas las cosas llevaré en paciencia,
Con tal que estando en ocio, en nueva cama,
No me atormentes con el mal de ausencia.

Primero que en los brazos dé otra dama
Te entregues, y primero que otro fuego
Consuma el fuego que en mi amor te inflama;

Y antes que el celo furibundo y ciego
Me rasgue el corazón con tal herida,
Perezca, rabie yo, muérame luego

En fin arrebatado de mi vida,
Primero que tu enorme culpa venga,
Que más quiero ser muerta que ofendida.

No te escribo estas cosas porque tenga
Indicios del dolor, que me es terrible,
Ni aun barrunto que dama te detenga.

Mas temo todo aquello que es posible;
Que ¿quién jamás amó seguramente?
¿Qué amador no temió lo contingible?

También obliga el verte de mí ausente,
Y estar tu pueblo de este tan distante,
Que yo juzgue por cierto lo aparente.

¡Dichosa aquella dama que á su amante
Tiene en presencia y con su vista alcanza
Cuándo la ofende, ó si su fe es constante!

Con esto no vacila su esperanza,
La cual, como camina á descubierto,
No inclina á lo que es falso la balanza.

Tanto me ofende á mí lo que es incierto,
Cuanto me engaña el cometido agravio,
Y así dudando en todo, en nada acierto.

¡Oh, si algún Dios eterno, sumo y sabio
Te quisiera traer por mi contento,
Siendo mi amor tu norte y astrolabio!

O á lo menos hiciera que este viento
O tu padre la causa urgente fuese
De este largo y mortal apartamiento.

Porque si dama alguna yo supiese
Que impide nuestro gusto comenzado,
No dudes que el dolor me consumiese.

Gran culpa, gran delito, gran pecado
Cometes, si es tu intento de matarme
Con desamor, que es mal desesperado.

Pero ni pecarás en acabarme,
Que satisfecha estoy que este recelo
En vano ha pretendido atormentarme.

El viento insano y el rigor del cielo,
De haberte dado ayuda arrepentidos,
Estorban tu viaje y mi consuelo.

¡Ay mísera! ¡qué voces, qué gemidos
Dan las riberas viéndose azotadas
Del mar, que en su contorno da bramidos!

Las pardas nubes densas y preñadas
Encubren con su toldo al claro día,
Dejando sus bellezas eclipsadas.

Quizá ha venido al mar la madre pía
De Heles, y llora el agua que ahora llueve,
En prendas del amor que la tenía.

O su madrastra el piélagó remueve,
Que por le ser su nombre tan odioso,
Como su Diosa le alborota y mueve.

Siempre este golfo ha sido peligroso
Para mujeres, y la muerte intenta
Al femenino sexo temeroso.

A Heles ahogó con suma afrenta,
Y agora con su espuma y ondas fieras
Me aflige, martiriza y me atormenta.

Mas tú, oh Neptuno, con razón debieras
Tus amores tener en la memoria,
Para que los ajenos no impidieras.

No olvides á Amimone, ni á la historia
De Tito, perfectísima doncella,
Pues fué en el mundo pública y notoria.

Alcióné también, que ya es estrella,
Tu dama fué, y la Ninfa procreada
De Alémone y de Circe por ser bella.

No es falso que en un tiempo ha sido amada
De tí la serpentígera Medusa,
Cuando era por hermosa celebrada.

Menos es cuento, ó fábula confusa,
Que amaste á la troyana Laodicea,
Que cuanto fué más rubia más te excusa.

Celeno, que á los cielos hermosea,
Fué tuya, y otras muchas que he leído,
Cuyos nombres repito acá en mi idea.

Neptuno, pues si tantas has querido,
Si has hecho tantas veces la experiencia
Del brazo, fuego y arco de Cupido,

¿Por qué es tan poca y corta tu prudencia,
Que estorbes removiendo el turbio centro
Que venga mi Leandro á mi presencia?

Feroz reprime el animoso encuentro,
Estos tómulos bravos, estas guerras
Retira allá á tu mar, á lo más dentro.

Que esta agua, cuyo paso agora cierras,
Es incapaz de tus conflictos graves,
Pues solo sirve de apartar dos tierras.

A tí compete deshacer las naves,
O mostrarte cruel contra las flotas,
En cuyas proras su furor desbraves.

Que es afrenta decir que te alborotas
Contra un mozo que busca su fortuna
Cortando el mar sin mástiles ni escotas.

Y menor gloria, cuando venga alguna,
De aquí tendrás, que si turbado hubieras
Un arroyuelo, un charco, una laguna.

Si la nobleza y sangre consideras
De este mancebo ilustre cuanto hermoso,
Le vendrás á ayudar con muchas veras.

Es noble y su principio generoso,
Ni fué de aquel Ulises derivado,
A tí y á Troya para siempre odioso.

Aplaca tu semblante alborotado,
Conceda á dos la vida tu tridente,
Pues vivo yo en el pecho de mi amado.

Que aunque es verdad que él nada solamente
Estas tus ondas que propicias pido,
Su cuerpo y mi esperanza está pendiente.

Demás de esto, la luz dió un estallido
(Que esta te escribo á su esplendor y llama),
Señal que por felice hemos tenido.

Y echando vino sobre el fuego el ama,
Dijo: «Mañana tres aquí estaremos;
Aquí verás á quien te quiere y ama.»

El terno cumple convirtiendo en remos
Los fuertes brazos; cumple tu promesa
Porque al dicho del ama no faltemos.

¡Oh tú, cuya figura tengo impresa
Dentro del corazón; tú, enamorado,
No huyas de quien tuya se confiesa!

Si al Amor sigues, si eres su soldado,
Vuelve á su campo, ablanda el duro pecho,
Que estás de la bandera amotinado.

¿Por qué has de permitir que á mi despecho,
Por falta de tu dulce compañía,
Recline el cuerpo en medio de mi lecho?

No tienes que temer, cobra osadía;
Venus alentará tu atrevimiento,
Que nunca agrada á Amor la cobardía.

Y pues que fué en el mar su nacimiento,
Ella en el mar te allanará el camino,
Y amansará el rencor del sordo viento.

Muchas veces furiosa determino
Pasar el golfo, aunque este mar insano
Se muestra con los hombres más benino.

¿Por qué pasando Heles y su hermano
Fué más que Frixo Heles desdichada,
Quedando con su nombre el mar ufano?

Si has acaso temor que á la tornada
Será tu esfuerzo y ánimo perdido
No pudiendo sufrir carga doblada,

Haremos por tu gusto este partido:
Los dos á un tiempo el golfo nadaremos;
Desde mi Sesto yo, tú desde Abido.

En medio de estas ondas nos veremos,
Y habiéndonos besado y abrazado,
En paz á nuestras casas volveremos.

Pequeño bien es este que he pintado,
Pero más es que nada, y un tesoro
¿Qué vale si no puede ser gozado?

¡Ojalá que este honor, este decoro
Que nos obliga á amar ocultamente,
Se rindiese al amor de quien adoro!

¡Ó que el medroso amor, hecho valiente,
Despreciase el honor y la prudencia,
Dos fuertes frenos de la noble gente!

Dentro en mi pecho tienen competencia
Dos contrarios que luchan de continuo,
Calor y yelo, amor y reverencia.

No sé cuál senda elija, ó qué camino:
Si pierdo la vergüenza, es caso feo,
Y si dejo el amor, es desatino.

Una vez que Jasón el Pagaseo
Fué á Colcos, á la Fásida Medea
Llevó en su nave por dichoso empleo.

Y aquel que vino de la playa Idea
A Esparta, de una vez y con presteza
Robó á la dama que á Dardania afea.

Mas tú, con el vigor y ligereza
Que el golfo nadas, mi beldad buscando,
Con ese mesmo dejas mi belleza.

Huyendo, vas un piélago pasando
Que es grave de pasar á los navíos,
Con ir ellos á vela y tú nadando.

Pero ¡oh mancebo de invencibles bríos,
Vencedor de las aguas vencedoras,
Despreciador de mares y de ríos!

¿Procurarás en las nocturnas horas
Tratar al hondo mar con tal desprecio,
Que temas á sus ondas vengadoras?

Si hunde el mar las naves de gran precio,
Si su madera y hierros deja rotos,
¿Entiendes que eres tú más fuerte y recio?

Nadas un mar que es padre de alborotos,
Y pones en un golfo tus cuidados,
Que ha sido y es temido de pilotos.

Aquí suelen salir despedazados
Navíos, bergantines y galeras,
Y miserables cuerpos de ahogados.

¡Ay triste! que te quiero tan de veras,
Que á trueque de mirar tu rostro hermoso,
Holgara que estos miedos no creyeras.

No te vuelva esta epístola medroso;
Sé, yo te ruego, pues que sabes sello,
Más que mis persuaciones, animoso.

Ven, y en llegando cíñeme este cuello
Con esos brazos donde yo respiro,
Que á nadie de los dos pesará de ello.

Mas cuantas veces á las ondas miro,
De no sé qué temor, que quedo helada,
Y con recelo de mi mal, suspiro.

Ni estoy menos confusa y asombrada
Con la visión que anoche ví soñando,
Si puede ser visión la que es soñada.

Aunque á los Dioses, luego en despertando,
Víctimas ofrecí como amadora,
Mi sueño y sus agüeros anulando.

Era ya, pues, el tiempo de la aurora,
Y centellaba ya para apagarse
La luz que es tu piloto y protectora,

Cuando en los sueños suelen revelarse
Visiones importantes á la vida,
Que como ciertas deben estimarse:

Entonces, pues, del sueño convencida,
Cayéndoseme el huso de la mano,
Me recliné en la cama y fuí dormida.

Estando así (no es caso ó cuento vano),
Ví que un delfín con ímpetu nadaba
El mar, que estaba turbulento y cano.

Neptuno de esta parte le arrojaba,
Por otra el Aquilón le daba pena,
Y todo junto el mar le contrastaba.

Vencieron, y al delfín sobre la arena
Sacudieron de vida despojado:
Que quien se entrega al mar, él se condena.

Cualquiera mal ó bien que esté encerrado
En esta mi visión, temo y recelo,
Y tú no burles de esto que he soñado.

Si al mar tranquilo, si propicio el cielo
No vieres, y á los vientos en prisiones,
No des al mar tu barco pequeñuelo.

Quando á tu vida en esto no perdones,
Concédele perdón á tu querida,
No queriendo ahogar dos corazones.

Bien sabes que en tu vida está mi vida,
Bien sabes que mi bienaventuranza
De tí me es derivada y procedida.

Grandes señales hay, grande esperanza
Que el piélagó, que agora está intratable,
Con Bóreas hará paz, y habrá bonanza.

Entonces, cuando todo esté agradable,
Hiende esas ondas en mi amor deshecho,
Y ven donde te goce, mire y hable.

Y en tanto que este mar, á mi despecho,
Vedándote el nadar, de mí te aparta,
Regala el alma y entretiene el pecho
Con los regalos dulces de mi carta.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DÉCIMANONA.

Ceo (como dice Estrabón) fué una isla del mar Egeo, la cual contenía cuatro ciudades, por cuya causa fué llamada Tetrápolis: de aquí fué Aconcio, mancebo de loables costumbres, el cual, yendo á las fiestas que se hacían en la isla de Delo (de las Cicladas la más noble por las muchas vírgenes que en ella en servicio de la diosa Diana estaban) se enamoró de Cidipe, doncella hermosísima y de ilustre sangre, que con su madre á las mismas fiestas había venido. Pero como no se atreviese á pedirle por mujer, por ventura porque no era de tan noble linaje como ella, ordenó una galana y nunca oída astucia (que es amor muy ingenioso maestro), y fué escribir alrededor de una muy hermosa manzana estos versos latinos.

*Iuro tibi sané per mystica sacra Dianæ,
Me tibi venturam comitem, sponsamque futuram.*

Júrote por Diana, sacra Diosa,
De ser, oh Aconcio, tu mujer y esposa.

Escritos los versos, echó disimuladamente la manzana á los pies de Cidipe, estando en el templo delante de la imagen ó estatua de Diana: ella la alzó agradada de su vista, sin ver quién la hubiese arrojado, y leyó los cautelosos versos, y vió haberse prometido por mujer á Aconcio, por ser ley inviolable que lo que se decía delante de los Dioses en el templo de la Delia Diana, de cualquier suerte que se dijese se había de cumplir: tanto se hizo el demonio reverenciar de los idólatras miserables. Acabada la fiesta, que duraba algunos días, y vueltos á sus casas, el padre de Cidipe, no sabiendo lo sucedido, la prometió á otro en casamiento. Andando, pues, ya en términos de efectuarse y cumplir la palabra dada, ella, por la congoja y remordimiento que en sí tenía, cayó en una terrible enfermedad; lo cual siendo sabido por Aconcio, la escribe esta carta, donde con bizarro artificio y vivaces y concluyentes argumentos prueba ser aquella enfermedad enviada por Diana en castigo de haber intentado quebrantar el voto que le tenía hecho. Es una de las mejores y más elegantes cartas que nuestro poeta compuso, y más digna de ser leída y admirada.

EPÍSTOLA DÉCIMANONA.

ACONCIO Á CIDIPE.

No temas, pierde el miedo, que á tu amante
Aquí no jurarás con alboroto
De te casar, que ya no es importante.

Bien basta que una vez hicieses voto
De ser mi esposa; agora escucha atenta,
Y nota lo que en esta carta noto.

Lee hasta el cabo, así te veas exenta
Del mal que tienes, que sin yo tenello
Me affige, me lastima y atormenta.

¿Qué vergüenza te ocupa el rostro bello?
Sospecho que es la misma que tuviste
Cuando votabas sin mirar en ello.

Y como las mejillas encediste
Allá en el templo, agora las enciendes
Después que á leer mi carta te pusiste.

Si lo que pido aquí saber pretendes,
El sacro matrimonio es lo que pido,
No pido cosa con que tú te ofendes.

Amo con amor santo de marido,
No con amor lascivo y deshonesto
De adúltero, alevoso y fementido.

Holgara repitieses lo que puesto
Estaba en la manzana que á tus manos
Guié con puro y cándido pretexto.

Que allí verán tus ojos soberanos
Cómo juraste ser mi esposa amada,
Si ya los juramentos no son vanos.

Esto temí, y la Diosa siento airada:
¡Oh ilustre virgen! porque no es decente
Ser una virgen de otra despreciada.

Lo mismo temo agora de presente;
Y aunque temo ha cobrado la esperanza
Más fuerzas para amar más fuertemente,

Crece el fuego y ardor con la tardanza,
Y aquel amor que nunca fué pequeño,
Ni por un tiempo breve hizo mudanza;

Con aquel sacro y cauteloso empeño
Que de tu fe y palabra me hiciste,
Creció alentando á mí que era su dueño.

Esperanza, palabra y fe me diste;
Yo te creí, testigo me es Dïana:
¿Negarás lo que así me prometiste?

Presente fué del Sol la sacra hermana,
Tu juramento oyó, y por comprobarlo
Estremeció su frente soberana.

Con mi fraude te es lícito excusarlo,
Con tal que esta mi fraude al amor sea
Padrino, á que tú quieras aceptarlo.

Mi fraude ¿qué demanda? ¿qué desea
Sino es que estar en uno me consientas,
Como tu esposo que en te amar se emplea?

Por lo mismo que agora te lamentas,
Me debes elegir por dulce esposo,
Y obviar aquella que en mi daño intentas.

No soy astuto, cauto, malicioso
De mi cosecha propia, ni por uso;
Créeme que tú me has hecho cauteloso.

Y si algo de malicia aquí se puso,
Amor, que es sabio, te enlazó conmigo
Mediante las palabras que él compuso.

Él mismo dictó el verso, tu enemigo,
El puso las palabras en mi mente,
Que tú juraste uniéndome contigo.

Consultando al amor quedé prudente,
Quedé astuto, sagaz; en fin, soy hombre
Que te amo y te he de amar eternamente.

Agora á mi hazaña le des nombre
De engaño, de traición, de fraude ó trama,
Agora de embaidor me des renombre,

Yo me daré por tal cuando la fama
Por traidor condenare al que procura
Poder gozar de su discreta dama.

Ves vuelvo á presentarte otra escritura,
Y porque la pasión de amor me aqueja,
Reitero las palabras con fe pura.

¿Luego nueva traición se te apareja?
¿Ya tienes, por estarte persuadiendo,
Ocasión de formar contra mí queja?

Si por amarte, oh bello sol, te ofendo,
Sabrás que este inventor de ardidés grandes
Mientras viviere te estará ofendiendo.

Téngote de seguir hasta que ablandes,
Tengo de pretender tu casamiento
Aunque te pese y lo contrario mandes.

Procuran otros conseguir su intento
Y robar á sus damas con violencia
De fuego y sangre y bélico instrumento.

¿Y por ganarte yo con mi prudencia,
Como si fuere culpa horrenda y rara
Se me ha de dar de aleve la sentencia?

¡Ojalá tantos lazos yo hallara
Que reprimiera así tu rebeldía,
Que por ninguna parte se librara!

Pero no faltarán, que todavía
Mil fraudes, mil engaños me han quedado,
Que en los trazar trabajo noche y día.

Es tan grande el amor que me ha ocupado,
Que no hay remedio para conquistarte
Que no lo tenga visto y ventilado.

Y aunque hay dificultad para ganarte,
En fin te he de ganar, porque es mi seso
Capaz para engañarte y obligarte.

Bien sé que está en los Dioses el suceso,
Mas yo procuraré que así te enredes,
Que no salga mi lance y tiro avieso.

Y cuando evites parte de mis redes,
Son tantas las que tengo para asirte,
Que verte libre de prisión no puedes.

Más lazos tiene amor para rendirte
Que puedes tú evitar con fuerza humana,
Por más que de ellos quieras eximirte.

Y si mi industria y arte fuere vana,
La espada esgrimiré con tal presteza
Que robe tu persona soberana.

Como hay ardid, también habrá fiereza,
Ni dejaré las armas hasta tanto
Que tenga en mi poder á tu belleza.

No me tengas por tal que me dé espan to
Que Paris á su huésped a robase
Contra la ley del hospedaje santo.

Ni aquel condenaré que procurase
En estos hurtos ser osado y fuerte,
Y yo quizá... callemos esto, y pase.

Y aunque por pena se me dé la muerte,
La muerte me será menos dañosa
Que dejar de gozarte y poseerte.

Cidipe, si no fueras tan hermosa,
Fueras con más modestia apetejada,
Por ser la causa menos poderosa;

Pero tu perfección fuerza y convida
A la audacia, al furor, al movimiento,
A conquistarte á trueque de la vida.

Tú incitas á mi poco sufrimiento,
Tus garzos ojos causan tus querellas,
Alentando la fuerza á mi tormento.

Tus ojos digo, á cuyas lumbres bellas,
Por ser su resplandor tan excelente,
Reconocen ventaja las estrellas.

Tus ojos, cuyo fuego refulgente
Fué origen de mi fuego y de tu lloro,
Pues lloras porque te amo eternamente.

También fué causa tu cabello de oro
Y el cuello de marfil, á quien quisiera
Tener en mi poder por gran tesoro.

Tus blancas manos, más que blanca cera,
Me enamoran, las cuales, aunque indino,
Quisiese que me fuesen cabecera.

Fuézame á ser tu amante el cristalino
Semblante, de vergüenza matizado
Con el pincel de honestidad divino.

La huella de tu pie, y el pie me ha dado
Ocasión de te amar, pues en blancura
A los de Tetis han aventajado.

El resto de tu oculta hermosura,
Si yo alabar pudiera, me estimara
Por hombre de grandísima ventura.

Pero, según lo visto, es cosa clara
Que si es el todo en todo tan perfeto,
Que cada parte en sí será muy rara.

Si de tanta beldad puesto en aprieto
Me ví, no es maravilla que quisiera
Promesa en prendas del futuro efeto.

Finalmente serás mi prisionera,
En tanto que confiesas claramente
Que eres mi esposa, amante y compañera.

Envidia sufriré; pero al paciente
El justo premio es bien se le conceda,
Pues en sufrir y amar soy excelente.

¿Por qué el debido fruto se me veda
De mi traición? ¿por qué me eres negada,
Pues con tal fuerza mi afición te enreda?

De Telamón Hesíone es robada,
Y con la espada y bélicos furores
Fué Hipodamia de Aquiles conquistada.

Y con ser estos dos sus robadores,
Hesíone y Briseida fueron tales
Que amaron á sus mismos vencedores.

Dí contra mí ignominias, dí mil males,
Muéstrate grave, airada y desdenosa,
Acúsame á los Dioses inmortales.

Que como yo te gane por esposa
Y goce esa beldad que al cielo admira,
Cualquiera afrenta me será gloriosa.

Yo, el mismo que soy causa de tu ira,
La desharé, y aun pienso de agradarte,
Que solo á te agradar mi gusto aspira.

Concédaseme, pues, para aplacarte
Un breve espacio, dame alguna audiencia,
Y serás mi juez aunque eres parte.

Permíteme llorar en tu presencia,
Con ruegos estas lágrimas mezclando,
Señal de verdadera penitencia.

Y allí mi grande amor manifestando,
Inclinaré en el suelo la rodilla,
Mis manos á tus plantas humillando,

Como el esclavo con temor se humilla
A la voz del señor que siente airado,
Y tiembla y se estremece con oílla.

¿Ignoras el poder que en mí te he dado?
Cítame por qué causa estando ausente
Me arguyes y me dejas condenado.

Como señora y como presidente
Mándame parecer, usa de imperio,
Que en fin si tú me ves serás clemente.

Y aunque por ignominia y vituperio
Arranques mis cabellos y los daños,
Diciéndome palabras de improprio;

Y aunque en sangriento humor mi rostro bañes,
Y con uñas y cólera inhumana
Me maltrates, me ofendas y me arañes,

Todo lo sufriré de buena gana;
Solo que te lastimes tendré pena,
Cuando me des tu mano soberana.

Ni tienes que buscar cepo y cadena
Para mejor guardar el prisionero,
Ni oscura cárcel de custodia llena.

Mi firme amor será mi carcelero,
Y si de tu prisión yo me ausentare,
Acabe de morir del mal que muerdo.

Después que tu iracundia se hartare;
Después que el almacén de tu crudeza
En castigar mi culpa se gastare,

Tú misma te dirás:—;Con qué firmeza,
Con qué valor, constancia y sufrimiento
Este me adora y ama mi belleza!—

Cuando un tormento y otro descontento,
Cuando un desdén y otro desdén más grave
Me vieres tolerar por tu contento,

Tú misma te dirás:—Quien tan bien sabe
Servir, á mí me sirva, y por trofeo
De mis secretos se le dé la llave.—

Agora soy cual miserable y reo,
Convencido en ausencia y maltratado,
Juzgando mi proceso por más feo.

Mi causa, siendo justa, ha peligrado;
Lo que es virtud conviertes en delito
Por me faltar audiencia y abogado.

Mi injuria, mi maldad es el escrito
Que Amor mandó escribirte y enviarte,
Y así esta causa á Amor se la remito.

Esto solo tendrás de que agraviarte,
Y cuando de tu Aconcio te agraviaras,
¿Diana qué te debe en esta parte?

Quiero que de mi astucia te quejaras;
¿Delia qué mereció por que furiosa
El voto ante ella hecho quebrantaras?

Si el juramento y fe de ser mi esposa
No me quieres guardar, pase conmigo,
Pero, Cidipe, guárdalo á la Diosa.

Ella estuvo presente y fué testigo,
Y vió cómo tu rostro arrebolabas
Yendo jurando de me unir contigo.

Que como poco á poco celebrabas
La jura, iba guardando allá en su mente
Inescrutable cuanto pronunciabas.

Todo agüero de mal de tí se ausente;
Mas sabe que en el cielo, si está airada,
No hay Diosa más feroz, más inclemente.

Y esto cuando se ve menospreciada
De algún mortal sacrílego, alevoso
Despreciador de su deidad sagrada.

Es buen testigo el jabalí furioso
De Calidonia, por el cual he oído,
Que Altea dió á su hijo fin rabioso.

Testigo es Acteón, que fué tenido
Por ciervo de sus perros, de los cuales
Fué con rabiosa cólera comido.

Eslo también Niobe, cuyos males
Fueron de calidad, que siendo dama,
Fué vuelta en risco, asiento de animales.

Y desde entonces hasta agora es fama
Que, con estar en peña convertida,
Allá en Bitinia lágrimas derrama.

¡Ay Cidipe! mi mano va encogida,
Y no se atreve á te decir de hecho,
Que es la causa del riesgo de tu vida.

Temo no digas que por mi provecho
Esta opinión te escribo, siendo vana;
Mas tengo de escribilla á tu despecho.

Créeme, que porque ofendes á Diana,
Queriéndote casar, la calentura
Eclipsa tu belleza soberana.

La Diosa tu provecho y bien procura,
Y porque al voto y juramento excedes,
Trabaja el impedirte el ser perjura.

Quiere que con fe salva, salva quedes,
Y ya que en cuerpo y alma has enfermado,
En cuerpo y alma te hará mercedes.

Pruebo mi parecer por acertado,
Pues cuantas veces ofenderme intentas,
Tantas veces castiga tu pecado.

Deja ya de irritar con tus afrentas
Al arco de la virgen animosa;
Sus flechas teme, pues que son violentas.

En tiempo estás, queriendo ser mi esposa,
Que puedas ablandar su pecho interno,
Que en fin es virgen, y será piadosa.

No quieras que tu cuerpo amable y tierno
Se venga á consumir por tu esquivanza;
Que es malo competir con brazo eterno.

Harto mejor será que tu belleza
Se guarde para alivio á mis enojos,
Y para que enriquezca á mi pobreza.

Guarda esa luz radiante de tus ojos,
De adonde el fuego que me enciende mana,
Robando de mil almas mil despojos.

Guarda en tu rostro la perfecta grana,
Que mezclada con nieve quiere el cielo
Vestirse de esta mezcla soberana.

Calamidad eterna, inmenso duelo,
Y aquel martirio que en el alma siento,
Viendo tu enfermedad y desconsuelo,

Venga al que impide todo mi contento,
Y al que con pecho y pretensión dañada
Repugna nuestro santo ayuntamiento.

El alma tengo ¡ay triste! atormentada,
Pensando de dos males cuál escoja,
O verte enferma, ó verte mal casada.

Y auméntame la pena y la congoja
Ver que yo causo el daño y tu dolencia,
Y que sola mi fraude es quien te enoja.

Diosa ofendida, pase esta sentencia
En mí; yo pagaré, si ella es perjura;
Véngate de su error en mi inocencia.

No le quites al mundo su hermosura,
Que sin su luz el mundo estará feo;
Aconcio muera y quede ella segura.

Y como tanto escudriñar deseo
Tus obras, voy con gravedad fingida
Do vives, y en tu calle me paseo.

Sale tu esclava, y es de mí seguida;
Tus siervos sigo, á todos preguntando
Si te aprovecha el sueño y la comida.

¡Miserable de mí, que estoy rabiando
Porque no te administro aquellas cosas
Que el médico te ha estado recetando!

¡Desdichado de mí, que tus hermosas
Manos no aprieto, ni sentarme puedo
En esa cama donde tú reposas!

Aunque más triste y miserable quedo
Cuando por verme de tu vista ausente,
Te viene á visitar quien me da miedo.

Este tus manos trata dulcemente,
Y en tu cama se sienta, siendo odioso
A mí y á todo el cielo omnipotente.

Este, con tosco dedo y escabroso,
Te mira el pulso, no por tu provecho,
Mas por tocar tu brazo milagroso.

Este llega á besar tu blanco pecho,
Y aun la boca quizá, por paga entera
De la visita que en mi daño ha hecho.

Bestia atrevida, formidable fiera,
¿Quién te permite, cual ladrón astuto,
Hurtar y destruir mi sementera?

Adúltero, nefario, torpe, bruto,
Siendo de tanta gloria y premio indino,
¿Por qué de mi jardín coges el fruto?

Dí, ¿quién te hizo fácil el camino
De la esperanza ajena y premio ajeno,
Con menosprecio del poder divino?

Este brazo, estas manos, este seno,
Prendas son mías, que los Dioses sabios
La acción me han dado porque sufro y peno.

Abstente, aparta tus lascivos labios,
No hurtes con torpeza y desvarío
El justo galardón de mis agravios.

Prometido me está del cielo pío
Aquese cuerpo, quita de él tus manos,
Quita tus manos, que ese cuerpo es mío.

La que tocas con términos villanos,
Malvado, ha de ser mía, que dispuesto
Lo tienen ya los Dioses soberanos.

Y advierte y nota que informado de esto,
Si en usurpar mi esposa perseveras,
Adúltero serás y deshonesto.

Elige entre otras damas la que quieras,
Elige dama, esposa y amadora
Entre esa multitud de las solteras.

De mujer sin amante te enamora,
Y si dudabas de ello, ten por cierto
Que tiene poseedor esta señora.

Si no me crees, repítase el concierto;
Y porque no le acuses de falsía,
Haz que lo lea quien lo vuelve incierto.

Sal de la casa ajena, sal, que es mía;
Aquí ¿qué buscas? Sal de lo vedado,
Que esa cama que ves no está vacía.

Y si palabra, como á mí, te han dado,
Será promesa humana, y no forzosa,
Ni corre con la nuestra en igual grado.

Ella misma votó de ser mi esposa,
Y el padre, que es primero después de ella,
Te ha prometido dar mi prenda hermosa.

Más cerca está de sí la dama bella
Que el padre, y su beldad será más suya
Que de otro, y así pudo prometella.

De esta verdad, que es llana, se concluya
Que tiene mi demanda fundamento
Y que es injusta y pérfida la tuya.

Si el padre la promete en casamiento,
Ella primero su votar dispuso
De ser mi esposa, y fué con juramento.

Si ante los hombres su palabra puso
El padre, ella la puso ante Diana:
Mira si el pleito puede estar confuso.

El teme de incurrir en pena humana,
Digo en mentira, y ella en ser perjura
A la que es Diosa eterna y soberana.

De estos dos miedos, ¿dudas por ventura
Cuál es mayor, más digno de respeto,
Temor de Dios ó miedo de criatura?

En fin, pues que te precias de discreto,
Para que el riesgo de ambos fácilmente
Alcances, mira el fin, mira el efeto.

Mira á Cidipe mísera y doliente;
Mira á su padre, que en la edad que alcanza
Le sobra la salud y está valiente.

También hay entre nos desemejanza
Cuanto á los riesgos de este pleito oscuro,
Pues no es igual el miedo y la esperanza.

Juegas primeramente á lo seguro,
No arriesgas con la buena ó mala suerte,
Como quien mira al toro desde el muro.

A mí más grave que la misma muerte
Me será, si me fuere denegada,
Pues no podré sufrir dolor tan fuerte.

Lo segundo, esta dama es adorada
De mí por mucho tiempo, y ser podría
Que de tí no empezase á ser amada.

Si la justicia sacrosanta y pía,
Si aquella rectitud que al bueno inflama,
El alma te inflamara helada y fría,

Debieras de dar crédito á mi llama,
Cedieras á este fuego que me enciende,
Pues debes dar ventaja al que más ama.

Ahora, oh mi Cidipe, pues contiene
Este cruel tan sin razón conmigo,
Nota lo que mi epístola pretende.

Este mi contendor, este enemigo
Te tiene enferma, y hace que la Diosa
Esté enojada, y con razón, contigo.

Si los umbrales de tu alcázar osa
Pasar, sus pasos y visita evita;
No le des prendas ni favor de esposa.

Que por cuanto permites su visita,
Tus verdes años Atropos cercena,
Y tu edad floreciente se marchita.

El cielo quiera que quien esto ordena
Muera de aquese mal y que tú vivas,
Y si él viviere, viva siempre en pena.

Con solo que este infame no recibas,
Ni quieras á quien Delia así aborrece,
Te librarás de fiebres tan nocivas.

Luégo verás que en ese punto crece
Tu salud, tu vigor y mi riqueza,
Que enferma tú, mi vida se empobrece.

Virgen, deja el temor, que con presteza
Te verás con salud, sin riesgo y sana,
Y aumentada la luz de tu belleza,

Con tal que reverencias de Dïana
El templo, no con célebres oficios,
Con falsa pompa y apariencia vana:

Que no vuelven las víctimas propicios
A los Dioses, ni menos les agrada
La sangre que se vierte en sacrificios.

Lo que es más grato á su deidad sagrada,
Es guardarles la fe pura y sincera,
Sin les perder la reverencia en nada.

Otras para cobrar salud entera
El hierro prueban y la brasa ardiente:
Que nada teme quien vivir espera.

Otras para templar el accidente,
Brebajes beben, purgas y jarabes,
Que atormentando sanan al paciente.

Evita tú el perjurio, pues que sabes
Que con solo evitallo tendrás vida,
Por ser pecado grave entre los graves.

Guarda la fe á la Diosa prometida;
Guárdate á tí y á mí, pues te es ganancia
Que esté mi vida de la tuya asida.

No tengas en el mar perseverancia,
Que si te enmiendas de tu error notable,
Será justo descargo tu ignorancia.

Dirás que es la memoria deleznable,
Y que olvidaste lo que así te inculpa,
Y quedará tu mal menos culpable:

Si perseveras no tendrás disculpa,
Pues demás de avisarte por mi carta
La enfermedad, te advierte de tu culpa;

La cual, todas las veces que se aparta
Tu voluntad del gusto de la Diosa,
De tus médulas se alimenta y harta.

Y aun cuando evites esta fiebre odiosa,
Pedirás el socorro de Diana
En la hora del parto peligrosa.

Pedirás que su mano soberana
Saque el infante á luz, y que te alumbre
Con el mismo poder que te dió sana.

Ella oirá tu clamor desde su cumbre,
Y habiendo en la memoria repetido
Su antiguo enojo, agravio y pesadumbre,

Informarse querrá de qué marido
Pares, y quedarás allí burlada,
Por no haber de tu Aconcio concebido.

Mil votos le harás, y escarmentada
Entenderá que votas falsamente,
Del riesgo y del temor necesitada.

Si juras, sabe ya que es suficiente
Tu lengua á defraudar los Dioses santos:
Mira qué gana quien engaña y miente.

Mis ruegos, mis suspiros y mis llantos
No buscan mi interés ni mi provecho,
Que por mi propio bien no diera tantos.

Mayor cuidado me fatiga el pecho:
Que el miedo que tus años se desdoren,
Es quien me tiene el corazón deshecho.

¿Por qué permites que tus padres lloren,
Dudosos de este caso desastrado?
¿Por qué procuras que tu mal ignoren?

A lo menos hubiéraslo contado
A tu dichosa madre; no te creas
De quien en contra de esto te ha informado.

Cidipe mía (quiera Dios lo seas),
Cuenta por orden nuestro caso entero,
Pues que no tiene circunstancias feas.

Dirás, Cidipe amada, lo primero,
Que estando allá ofreciendo ante la Diosa
Su sacrificio con amor sincero,

Vieron mis ojos tu presencia hermosa,
Tu rostro bello, espléndido, elegante,
Tu luz inmensa, rara y milagrosa.

Y que viendo tu gloria en ese instante
(Si acaso lo notaste), en tu belleza
Fijé los ojos y quedé tu amante.

Y como me elevase en esta alteza,
Se me cayó la capa, demostrando
Del éxtasis mental la fortaleza.

Dirás después que en oración estando,
Una manzana rara y exquisita,
Sin ver de adónde, vino á tí rodando;

En cuya circuição estaba escrita
Una promesa, un voto nunca oído,
De astucia grande y frasis inaudita.

Siendo todo lo cual de tí leído
Delante de Dïana, conociste
Haberte en casamiento prometido.

Allí repetirás lo que dijiste,
Volverás á decir lo que pensaste,
Referirás la jura que tú hiciste.

Hija (dirá tu madre), el que juraste
Por esposo será mi amado yerno;
Acéptale por tal, pues te casaste.

Con él te casa, pues el cielo eterno
Con él te desposó; muéstrate ufana,
Pues se encarga el Amor de tu gobierno.

«A tí te agrade el que agradó á Diana;»
Esto dirá tu madre, si ella fuere
Tal madre, que gustare verte sana.

Si quién y cuál yo soy saber quisiere,
Vendrá á hallar que la triforme Diosa
Vuestro amor busca y vuestro gusto quiere.

La isla que otro tiempo fué gloriosa
A las coricias Ninfas, y es bañada
Del mar Egeo, es mi patria honrosa.

Si mi generación saber le agrada,
De nobles padres vengo, y mi nobleza
Es de sangre de reyes derivada.

Soy abundante y próspero en riqueza,
Amo virtud en obras y costumbres,
Que es el blasón más digno de grandeza.

Y cuando en mí no mires más vislumbres
De gloria que el amarte en sumo grado,
Es justo que me estimes y me encumbres.

Por ser yo tal merezco ser buscado
Para ser tu marido, y sin que hubiese
Tanto valor en mí como has hallado.

En sueños me mandó que te escribiese
Estas cosas la que es de Febo hermana,
Por honra suya y no por interese.

Después que dejé el sueño en la mañana.
Esto también mandó: que te escribiera
Amor con su potentia soberana.

De éste ya me hirió la flecha fiera;
 Guárdate, y mira con la flecha suya
 La Diosa mortalmente no te hiera.

Mi vida nace y pende de la tuya;
 Tu vida nace y pende de la mía;
 Procura que esta unión no se destruya.

A tí y á mí te muestra afable y pía;
 Tu voto cumple y cumple mi deseo:
 ¿Qué dudas, si es tu *sí* nuestra alegría?

Si el *sí* me das, si tanta gloria veo,
 Cuando otra vez las trompas resonaren
 En Delos, donde hice el rico empleo;

Quando sus aras santas se bañaren
 Con sangre del becerro y bravo toro,
 Que en honra de Diana se inmolarén,

Ante su imagen la manzana de oro
 Pondré, en memoria y en honor de aquella
 Que fué mi empleo y todo mi tesoro.

La causa y el intento de ponella
 Será en estos tres versos declarada
 A los devotos que quisieren vella:

«Con la manzana de oro aquí colgada,
 Afirma Aconcio que lo en ella escrito
 Se confirmó y cumplió sin faltar nada.»

Y porque más no aflija al cuerpo aflito
 Mi carta, antes le alivie y le regale,
 Cesó, no prosiguiendo en infinito.
 Adiós, Cidipe; mi Cidipe, vale.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA VIGÉSIMA.

Recibiendo Cidipe la carta de Aconcio, conociendo y recelando que la enfermedad que padecía era por estar la diosa Diana airada contra ella, determinó, por redimir esta vejación, de cumplir á Aconcio su juramento y no la voluntad de su padre. Y así, aunque muy enferma, le responde breve y compendiosamente en doce versos, que acaban en el pentámetro. *Quos vereor paucos ne velit esse mihi*. A los cuales añadió otro autor el cumplimiento de toda la respuesta, la cual no ser de Ovidio ni de Sabino consta por muchos ejemplares antiguos. Y así, todos los comentadores no comentan sino los doce versos, y es muy conforme á razón que una enferma no escribiese más de un billete en demostración que aceptaba la petición ó la desechaba. Pero por haberme agradado toda la epístola, la tengo traducida en el verso que comúnmente se dice ovillejo ó maraña; y por no enmarañar con diferente compostura esta obra, no la

pongo aquí, mas irá (queriendo Dios) en la segunda parte de este mi Parnaso Antártico, con otras curiosidades que tengo en ella. Y así, para cumplir con la obligación de este lugar, puse la breve respuesta de la afligida y enferma Cidipe.

EPÍSTOLA VIGÉSIMA.

CIDIPE Á ACONCIO.

Temí, y leí tu carta solamente
Con el turbado y presto pensamiento
Y con la vista mísera y doliente.

No tuve en pronunciarla atrevimiento,
Porque á los santos Dioses no votara
Nueva traición con nuevo juramento.

Y entiendo que tu astucia me engañara
Otra vez, si cual dices no te hubiera
Hecho la jura que me cuesta cara.

Romperla quise, y cierto la rompiera
Si (como en fin mujer y escarmentada)
La indignación del cielo no temiera.

Temí que por ventura acrecentada
Sería de la Diosa la violencia,
Y en mí con más rigor ejecutada.

Pues mientras con más culto y reverencia
Mi devoción en honra suya crece,
Quemando incienso sacro en su presencia;

Diana contra mí más se embravece,
Y á tí, por agradarte y por rendirme,
Más de lo que es justicia favorece.

Y como tú pretendes persuadirme,
Se venga de su injuria mi belleza,
Poniendo su potencia en afligirme.

Apenas acudió con tal presteza
A remediar de Hipólito los males,
Con ser quien fué y amalle con terneza.

Fuera mejor mis años virginales
Guardara la que es Diosa y virgen pura;
Mas temo que ella quiere por ser tales
Se abrevien en la breve sepultura.

ARGUMENTO
DE LA EPÍSTOLA ÚLTIMA.

De común consentimiento de todos los hombres sabios y de la poesía latina beneméritos, es esta epístola de Safo á Faón la más grave, más docta y de más artificio de todas las demás que Ovidio compuso, por resplandecer en ella (demás de sus retóricos colores de que abunda) muchas y admirables sentencias, habiendo aquí Ovidio juntado muchas de Homero y muchas de las obras que la misma Safo dejó escritas. Y así Mérula y Domicio Calderino, Asensio y otros muchos doctísimos varones procuraron esmerarse y remirarse en ella; y si en la frase castellana no fuere digna de tanta admiración, será por no haberla traducido otro que igualase al espíritu de Ovidio; y porque la propiedad, énfasis y el alma de una lengua es imposible traducirse en otra. Dicen, pues, Suidas y Eliano, con otros autores griegos, que hubo dos mujeres llamadas Safo, la una Etesia y poeta célebre, la cual fué famosa en los tiempos de Alceo y Pirtaco,

y de Prisco Tarquino. La otra fué natural de Mitilene, poeta ilustre, pero de vida deshonesta y lascivas costumbres: escribió muchas y muy famosas obras en metro, y fué inventora de los líricos versos, y de su nombre llamamos algunos sáficos; fué casada con Cerecla, Andrio de nación y riquísimo, de quien parió una hija dicha Cleis ó Clida, y enviudó, quedando moza en compañía de tres hermanos y de muchas discípulas que tuvo. La causa por que ésta vino á amar á Faón con tanta vehemencia, atribúyelo Plinio á una virtud de cierta hierba; mas el común parecer de los poetas afirma que Faón fué natural de la isla de Sicilia, y tan pobre, que se sustentaba en un río, pasando con un barco la gente de una ribera á otra. Sucedió que una vez llegó la diosa Venus, entre los demás pasajeros, y rogándole á Faón que la llevase en su barco sin interés, agradado él de su belleza, pero no conociendo quién era, la puso de la otra parte del río con mucha liberalidad y cortesía. Venus, agradecida al servicio hecho, en premio y paga le dió un vaso de preciosísimo unguento, con el cual, untándose Faón, quedó el más hermoso y dispuesto mancebo que hubo en aquel siglo. Gozando, pues, Faón de tanta belleza, acaso ó por necesidad, salió de Sicilia y vino á Lesbos, donde visto de las damas de la isla, fué de ellas querido y regalado; pero la que más le amó, y la que más fué cautiva de su gentileza, fué la milagrosa poeta Safo, que ya por este tiempo era llamada la décima Musa: gozó de él, aunque poco tiempo, porque después de algunos meses, sin comunicar con Safo su par-

tida, ocultamente se volvió á Sicilia, olvidándose totalmente de su dama, que por ser poco ó nada hermosa y muy deshonesta le vino á causar odio y aborrecimiento. Esta partida y desprecio hizo tanta impresión en la enamorada señora, que movida de un rabioso dolor, sin hallar ningún consuelo ni remedio á su desesperación, determinó de despeñarse en el mar desde un alto monte de Epiro, por consejo (como ella dice) de los Dioses, por librarse de aquel irremediable fuego que le abrasaba el alma. Pero antes de ejecutar el fiero intento escribió esta epístola á su Faón, por ver si con sus amorosas y artificiosas razones le podía traer á su antigua voluntad; en la cual le ruega que vuelva á Lesbos y la consuele con su presencia, ó que á lo menos le responda, y mande que se arroje por su amor en el mar, pues está ya determinada de darle gusto con su muerte.



EPÍSTOLA ÚLTIMA.

SAFO Á FAÓN.

¿Por ventura, Faón, luego que abriste
Mi carta, en ver su letra artificiosa,
Por mía la juzgaste y la tuviste?

¿Por ventura, mostrárase dudosa
Tu mente en vacilar quién te escribía,
Si no vieras mi firma dolorosa?

Preguntarás, que si la musa mía
Ha siempre versos líricos cantado,
Por qué la que te escribo es elegía.

¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
En tu pecho cruel, y en este punto
De mí ha de ser su tránsito llorado.

Y porque el verso al dolorido asunto
De hoy más responda, escojo el lamentable;
Que el lírico no es verso de difunto.

Abrásome en incendio irremediable,
Cual arde el campo donde el fuego prende,
Si sopla el sordo viento incontrastable.

La seca parva con furor se enciende,
La llama excede al resplandor Febeo:
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.

Allá habita Faón donde el Tifeo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo giganteo.

Pero con más ardor y más sin tasa
Que si estuviera en Etna y sus fogones,
El iracundo amor mi pecho abrasa.

No se me ofrecen versos ni canciones
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.

Que el componer y el entonar acentos,
Son ejercicios y obras virtuosas
De entendimientos libres y contentos.

Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Dríadas doncellas;
Sólo me ocupo en quejas amorosas.

Amithón, Cidno y Attis, mozas bellas,
Son viles á quien tanto las quería;
Ni las quiero ya hablar ni puedo vellas:

Y otras ciento que, cuando Dios quería,
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.

Mira, Faón, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado
Le he puesto en tu divina hermosura.

Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente,
¡Oh rostro que has mi vista emponzoñado!

Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te veremos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.

Ponte aquella señal * que á mi despecho
Me pones, serás Baco, y en belleza
Al uno y otro dejarás deshecho:

Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Gnosida Ariadna,
Siendo Dioses los dos de suma alteza.

Y aunque fué su belleza soberana,
No alcanzaron el don de la poesía,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana.

A mí la Pegásea compañía
Me dicta versos, yendo ya mi nombre
Por cuanto abrasa el sol, y el mar enfría.

Ni tiene más honor ni más renombre
Alceo el Mitileno y celebrado,
Aunque más con su verso al mundo asombre.

* Esta señal son los cuernos.

Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura,
No tengo culpa: yo no me he criado.

Yo suplo aquese yerro de natura
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud excede á la hermosura.

No altivo me desprecies, que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.

Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiopia,
Que no por ser moreno un rostro es feo.

Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.

También las tortolillas son amadas
De verdes papagayos: ni fortuna
Tiene á las damas negras olvidadas.

Si no te ha de gozar dama ninguna
Sino es la que igualare á tu belleza,
No te habrá de gozar mujer alguna.

Cuando tú me subiste á tanta alteza
Que me elegiste, hermosa me juzgaste;
No viste escoria, todo fué fineza.

Que á mí sola amarías me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.

Por tu gusto me acuerdo que cantaba
(Que nada al que és amante se le olvida),
Y con el dulce canto te elevaba.

Era de tí mi voz interrumpida
Por me besar, queriendo de mi boca
Hurtarme la canción aun no nacida.

Ahora ¡ay rabia! que me vuelvo loca,
Tienes por tuyas muchas damas bellas
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca.

¿Qué me detengo aquí sin ir á vellas?
Que desde Lesbos, si en Sicilia hay Diosas,
Siciliana quiero ser con ellas.

Señoras y matronas venturosas,
A quien el cielo da por patrio nido
De Nesa las ciudades poderosas,

No doréis el error que he cometido,
Diciendo que á un extraño de mi tierra
Le dí mi fe, no siendo conocido.

Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros
Que en la blandura de su lengua encierra.

Cuanto os dice y dirá por engañaros,
Tanto me dijo ¡ay mísera! primero,
Y como á mí me olvida, ha de olvidaros.

Tú, célebre Ericina, que el tercero
Círculo habitas, y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero,

Mira por tu poeta desdichada;
Dame consejo, Diosa, en esta pena;
Socorre á una alma triste enamorada.

Fortuna, que jamás me ha sido buena,
¿Prosigue por ventura aquel tormento
Que desde el punto que nací me ordena?

¿Ha de permanecer su duro intento?
¿Siempre en mi daño el tiempo está fijado,
Siendo su natural el movimiento?

A seis años de edad no hube llegado,
Cuando ya con mis lágrimas había
Las cenizas pateras rociado.

Mi hermano el patrimonio que tenía
Consumió, regalando á una ramera,
En cuyo amor el miserable ardía.

Mil daños, bien indignos de quien era,
Granjeó con afrenta miserable;
Que de servir al mundo esto se espera.

Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.

Con mal medio procura la riqueza
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.

Y á mí porque le dí, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amarle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.

Y como si faltase qué le duela
Al corazón, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.

Tú agora á mis tormentos y aficciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.

¿Por ventura mi nave, que es el alma,
No tendrá un viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?

Mira esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni orden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.

Ni mis dedos adorno como amante,
Por demostrar que un disfavor me agravia,
Con el rubí, crisólito ó diamante.

Vilmente visto; mi ornamento es rabia,
Ni enlace mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.

Mas ¿para quién sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? ¿y á quién ¡ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?

¿Qué galas me pondré, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?

Mi tierno corazón (que en fin soy dama)
Es herido y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.

Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,
Para penar y amar eternamente.

O fué que en mi infelice nacimiento
Las Parcas por su ley me condenaron
A amarte siempre y á sufrir tormento:

O el aspa donde el hilo devanaron
De mi vida (si es vida la que es muerte)
De dura pertinacia la formaron:

O la costumbre larga de quererte,
Descansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.

Hame Talía el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.

¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si cuando te apuntaba el primer bozo,
Me sujetó y robó tu gran belleza?

¿Qué maravilla me rindiese un mozo
Que á los varones sujetar pudiera
Con se adornar de femenil rebozo?

¡Oh tú que eres de Apolo mensajera!
¿Cuántas veces temí que me hurtaras
Este mancebo, porque yo muriera?

Y entiendo, bella Aurora, le robaras;
Mas á tu intento Céfalo repuna,
Cuyas conversaciones te son caras.

Faón, pues si te alcanza á ver la luna,
Querrá que siempre duermas por besarte;
Mas védálo su amante y la fortuna.

Venus también quisiera arrebatarte
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas ve que es justo complacer á Marte.

¡Oh tú que eres la gloria de este suelo,
Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo;

Tú que no eres varón de edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleites y dulzura!

Ven, torna, vuelve á mí, joven hermoso;
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.

No te quiero rogar, desamorado,
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que sólo consientas ser amado.

Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.

Contempla cuántas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable mía,
Pues tiene más que versos y dicciones.

Si queriendo dejar mi compañía
Estabas cierto de irte, bien hicieras
Si usaras de modestia y cortesía.

Fuera razón de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abominaras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dijeras.

Que en fin algunas lágrimas llevaras
Que derramara allí mi sentimiento,
Y algún abrazo y beso granjearas.

Yo nunca recelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.

Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosía
Que has hecho en me dejar como enemigo.

Ni menos tú llevaste prenda mía
Que en verla te sirviera de retrato
De esta que el tuyo adora noche y día.

Ninguna ley te dí, ningún mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidaras como ingrato.

Júrote, por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dejar procuro
Ni él se puede apartar de mi presencia;

Por las nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste
Y yo venero y agradar procuro,

Que cuando no sé quién me dijo ¡ay triste!
«Tu bien se va, tu gloria es eclipsada,
Hoy tu contento y tu Faón perdiste,»

Así quedé en peñasco transformada,
Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.

Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brío
Y al muerto paladar se quedó asida.

El amoroso ardor del pecho mío
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frío.

Mas después que el dolor se fué aplacando,
Después que el cuerpo helado más que roca
Fué su calor y espíritu cobrando,

Rasgué mi pecho á golpes como loca,
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.

Y esto no de otra suerte que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pía,
Del hijo recién muerto á la hoguera.

Mi mal hermano, viendo mi agonía,
Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.

Delante de mis ojos se pasea,
Que porque su presencia me es odiosa
Quiere que á mi pesar le hable y le vea.

Aquí miro una cueva, allí una gruta;
Ya me suspendo allí y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.

Andando estos boscajes montüosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos.

Y en muchas siestas, cuando el sol asombra,
Nos recogió con regocijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.

Mas aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es también el señor de la floresta.

Y así, me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.

Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordación de mi tormento.

La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.

Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.

Y la yerba que entonces fué agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.

Los árboles también, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto
Despidiendo de sí sus verdes hojas.

Las aves enmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,
Suspenden todas su apacible canto.

El ave Daulia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
A su marido pérfido, insolente.

A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y así está el bosque de dolor cubierto.

Tantos son los sollozos y clamores,
Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.

Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al río cuya linfa es rara.

Muchos en esta fuente cristalina,
Viendo su majestad y que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.

Hácele sombra, extiéndese sobre ella
El árbol que fué Ninfa y fué hermosa,
Y agora es tronco la que fué doncella.

Alrededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lirio y el jazmínpreciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.

Aquí, como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiese al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;

Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro, bello y agradable.

Dijome: «¡Oh Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir sin premio peleando,

»Conviene vayas á la Ambracia tierra,
Que es en Epiro, y busca el monte santo
Donde de Febo un templo la ara encierra:

»Desde su cumbre se divisa cuanto
El mar Atteo ó el Leucadio baña,
En sus faldas hiriendo con espanto.

»De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará, que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.

»De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalión, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.

»Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ajeno:
Que nada hay á los Dioses imposible.

»Luégo pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalión libre se vía
Del fuego de Cupido y su veneno.

»Esta es la misma ley que guarda hoy día
Este lugar; no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadía.»

Dijo, y diciendo con su voz se parte,
Y yo, asombrada de estas maravillas,
Me levante mirando á toda parte.

Mis lágrimas regaron mis mejillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras
Y á desecar las verdes florecillas.

¡Oh tú cualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado,
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!

Cualquier temor, cualquiera miedo helado
Huya de mí, si amedrentarme quiere;
Triunfe el insano amor desvariado.

Cualquier suceso ó fin que esto tuviere,
Será mejor que el insufrible exceso
Del mal que sufre la que pena y muere.

Yo volaré más leve que mi seso;
Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.

Tú, tierno amor, de cuantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas;

Siquiera porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.

Si esto consigo, en muestras de victoria
Será á Febo mi cítara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria:

«La poetisa Safo, agradecida
Te ofrece la vihuela, oh santo Febo,
Que á tí, y á sí, y á entrambos es debida.»

Pero ¿por qué razón, noble mancebo,
Quieres en ese mar precipitarme,
Donde seré quizá á los peces cebo?

Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva
Que ha sido tan veloz para dejarme.

Faón, si gustas que tu Safo viva,
Más saludable me serás, si quieres,
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.

Seráme tu presencia, si vinieres,
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mujeres.

Dí, más sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rígido, inhumano
Más que el furioso mar y su braveza;

Díme, ¿podrás si muero estar ufano
Con esta muerte? tan enorme hecho
¿Podráte dar renombre soberano?

¡Ay, cuánto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el tuyo, que con peñas,
De cuyo encuentro quedará deshecho!

El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, Faón, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas.

Los mismos miembros son que exagerabas,
La misma soy; mi ciencia es tan profunda
Como lo fué en el tiempo que me amabas.

Sólo quisiera agora ser facunda
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en odio y desamor se arraiga y funda.

Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,
Y el cielo me confunde y desbarata.

Las fuerzas de mi pluma no son tales;
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda,
Robando sus espíritus vitales.

En el instante que faltó tu ayuda,
Con el dolor el plectro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.

¡Oh isleñas damas! si os habéis casado,
O que no lo seáis, pues me escuchasteis,
Escuchadme en el fin desesperado.

Mozas de Lesbos, las que me incitasteis
A amar y á ser amada torpemente,
Oíd agora á la que tanto amasteis.

No vengáis á escuchar mi voz doliente,
Que en cuanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente.

Aquel Faón, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.

Aquel Faón, que ha poco ¡ay desdichada!
Que pude llamar mío, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada,

Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra poeta, mísera y marchita,
Volverá al metro, al canto y contrapunto.

Que como en mi Faón se deposita
Mi alma, y mi saber está en sus manos,
El da al ingenio fuerza y él la quita.

Mas ¿para qué me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazón de fiera?
¿Reina clemencia en pechos de villanos?

¿No echo, triste, de ver que la ligera
Y presta escuadra de veloces vientos
Llevan mis ruegos y tu fe primera?

Quisiera ya, pues llevan mis lamentos,
En retorno trujeran tu navío,
Para que diera fin á mis tormentos.

Y este retorno saludable y pío
Honroso te era, justo y conveniente,
Si supieras pesar el daño mío.

Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente,

¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazón que no reposa?
¿Por qué no vuelas convertido en ave?

Alza las anclas, que de amor la Diosa
Nació en el mar, y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.

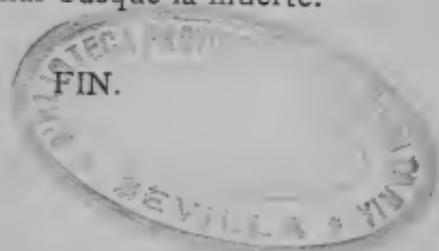
Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará; coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.

Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanda mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es más sano
Alejarte de mí, porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano

(Bien que yo no soy digna, ni merezco
De que huyas de mí ni que se parta
La unión que tanto busco y apetezco);

Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena que, pues ya la acerba suerte
De tus deleites con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.



ÍNDICE.

	Págs.
Advertencia del Traductor.	vii
Vida de Ovidio.	xvii
Epístola primera.—Penélope á Ulises.	1
Epístola segunda.—Filis á Demofonte.	13
Epístola tercera.—Hippodamia á Aquiles.	27
Epístola cuarta.—Fedra á Hipólito.	43
Epístola quinta.—Enone á Paris.	59
Epístola sexta.—Isipile á Jasón.	75
Epístola séptima.—Dido á Eneas.	97
Epístola octava.—Ermione á Orestes.	117
Epístola nona.—Deyanira á Hércules.	131
Epístola décima.—Ariadna á Teseo.	151
Epístola undécima.—Canace á Macareo.	167
Epístola duodécima.—Medea á Jasón.	181
Epístola décimatercia.—Laodamia á Protesilao.	203
Epístola décimacuarta.—Hipermmnestra á Linceo.	221
Epístola décimaquinta.—Paris á Elena.	237
Epístola décimasexta.—Elena á Paris.	263
Epístola décimaséptima.—Leandro á Ero.	289
Epístola décimoctava.—Ero á Leandro.	309
Epístola décimanona.—Aconcio á Cidipe.	329
Epístola vigésima.—Cidipe á Aconcio.	355
Epístola última.—Safo á Jasón.	359



500980116

BGU A 405/6/11

